

WILKIE COLLINS
**EL DINERO
DE MILADY**



Lectulandia

Ha tenido lugar un robo en la mansión de Lady Lydiard y todas las sospechas apuntan a Isabel Miller, su hija adoptiva. El Sr. Troy, abogado de Milady, va a ocuparse del caso, pero Robert Moody, administrador de la noble dama, prefiere contratar a un viejo y andrajoso timador. ¿Quién resolverá el misterio de la desaparición de las quinientas libras, el avisado abogado o el astuto y viejo Sharon? ¿Es realmente culpable Isabel Miller o solamente víctima de una serie de fatídicas circunstancias? ¿Se casará el honorable Alfred Hardyman o la boda fracasará a causa de su culpabilidad? ¿Saldrán vencedores al amor y la pasión? Maestro de la trama y auténtico padre de la novela policíaca, Wilkie Collins con *EL DINERO DE MILADY*, nos ha dejado una novelita cargada de frescura, intriga y típico humor inglés.

Lectulandia

Wilkie Collins

El dinero de Milady

ePub r1.2

Oxobuco 12.10.13

Título original: *Milady's Money*
Wilkie Collins, 1879
Traducción: Francisco Arellano Selma

Editor digital: Oxobuco
Colaboración especial: Dr.Doa
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

PERSONAJES DE LA HISTORIA

MUJERES

Lady Lydiard (viuda de Lord Lydiard)

Isabel Miller (su hija adoptiva)

La señorita Pink (de South Morden)

La Honorable señora Drumblade (hermana del Honorable Alfred Hardyman)

HOMBRES

El Honorable Alfred Hardyman (del criadero de caballos)

El señor Felix Sweetsir (sobrino de Lady Lydiard)

Robert Moody (factótum de Lady Lydiard)

El señor Troy (abogado de Lady Lydiard)

El Viejo Sharon (en un apartado de la Bohemia legal)

ANIMALES

Tommy (el perro de Lady Lydiard)

PRIMERA PARTE

LA DESAPARICIÓN

Capítulo I

La anciana Lady Lydiard estaba sentada, meditando, al lado de la chimenea, con tres cartas en el regazo.

El tiempo había descolorido el papel y desteñido la tinta hasta darles un tono ocre. Todas las cartas iban dirigidas a la misma persona: *Al Honorable Lord Lydiard*; y todas ellas firmadas de la misma forma: *Tu afectísimo primo James Tollmidge*. A juzgar por estos ejemplos de correspondencia, el señor Tollmidge debía de haber tenido un gran mérito como escritor de cartas: el mérito de la brevedad. Si se le hubiera dejado hablar, no hubiera alterado la paciencia de nadie. Permitámosle, pues, en su propia y exagerada forma, hablar por sí solo.

Primera carta. Mi exposición, como Su Señoría solicita, será breve y concreta. Me estaba desenvolviendo muy bien como pintor de retratos en el campo; tengo esposa e hijos en los que pensar. Bajo estas circunstancias, si hubiera tenido que decidir por mí mismo, ciertamente hubiese esperado hasta haber ahorrado un poco de dinero antes de aventurarme en unos gastos serios como tomar una casa y un estudio al oeste de Londres. Su Señoría, y declaro esto firmemente, me dio ánimos para probar suerte sin tener que esperar. Y aquí me encuentro, desconocido y desempleado, un artista sin esperanza perdido en Londres. Con una mujer enferma e hijos hambrientos y con la bancarrota a la vista. ¿En hombros de quién ha de caer esta terrible responsabilidad? ¡En los suyos, Su Señoría!

Segunda carta. Tras una semana de plazo, me favoreció usted, señor, con una corta respuesta. Por mi parte puedo ser igualmente brusco. Con indignación niego que tanto yo como mi mujer hayamos utilizado su nombre con fines de recomendación con los modelos sin su permiso. Algún enemigo nos ha calumniado. Y pido, acudiendo a mi derecho, conocer el nombre de este enemigo.

Tercera (y última) carta. Ha pasado otra semana y no he recibido ni una palabra de contestación de Su Señoría. No importa mucho. He pasado este intervalo haciendo averiguaciones y, finalmente, he descubierto la hostil influencia que me ha alejado de usted. Al parecer, he sido tan desdichado como para ofender a Lady Lydiard (cómo, no puedo imaginarlo) y toda la poderosa influencia de esta noble señora se utiliza ahora en contra de este esforzado artista, que está unido a usted por los sagrados lazos familiares. Que así sea. Puedo luchar solo, y triunfar, señor, al igual que otros hombres lo han hecho antes que yo. Puede que pronto llegue el día en que una inmensa fila de carruajes esté esperando haciendo cola a la puerta de un famoso retratista de moda, y que, en esa cola, se encuentre esperando el vehículo de su esposa para traerme sus disculpas y pesares. No me volveré a dirigir a usted hasta que ese día llegue.

Una vez leídas las formidables declaraciones del señor Tollmidge y, habiéndoselas vuelto a contar a sí misma por segunda vez, las meditaciones de Lady Lydiard llegaron a un brusco final. Se levantó, tomó las cartas con ambas manos para romperlas, pero dudó, y las volvió a lanzar al cajón del escritorio en el que las había descubierto entre otros papeles que no se habían ordenado desde la muerte de Lord Lydiard.

—¡El muy idiota! —dijo Lady Lydiard al pensar en el señor Tollmidge—. Nunca

oí hablar de él en vida de mi marido. Ni siquiera sabía que era familia de Lord Lydiard hasta que encontré sus cartas. Y, ahora, ¿qué debo hacer?

Miró, mientras se planteaba aquella pregunta, un periódico abierto encima de la mesa en el que se anunciaba la muerte de *este consumado artista, el señor Tollmidge, pariente, se dice, del conocidísimo experto Lord Lydiard, ya fallecido*. En la siguiente frase, el escritor de la nota necrológica deploraba la precaria situación de la señora Tollmidge, *abandonada sin esperanzas a merced del mundo*. Lady Lydiard permaneció de pie al lado de la mesa, con los ojos fijos en aquellas líneas, y vio claramente hacia dónde señalaban: hacia la chequera. Dándose la vuelta hacia la chimenea, llamó al timbre. *No puedo hacer nada en este asunto, pensó, hasta que no sepa con certeza si el informe sobre la señora Tollmidge y su familia era de tal dependencia*.

—¿Ha regresado Moody? —preguntó cuando el sirviente apareció en la puerta.

Moody (el administrador de Lady Lydiard) no había regresado. La anciana dama se negó a seguir pensando en el asunto de la viuda del artista hasta que su administrador hubiera regresado. Dedicó su pensamiento a otras cuestiones de interés doméstico que ocupaban un lugar en su corazón. Su perro favorito llevaba unos días enfermo y no le había llegado ningún informe durante aquella mañana. Abrió la puerta que había cerca de la chimenea y que conducía, a través de un pequeño pasillo encelado, a su tocador.

—¡Isabel! —gritó—. ¿Cómo está *Tommie*?

Una voz fresca y joven contestó desde detrás de la cortina que cerraba el otro extremo del corredor.

—No está mejor, milady.

Un tenue ladrido siguió a la joven voz, que añadió (en el lenguaje de los perros):

—¡Mucho peor, milady, mucho peor!

Lady Lydiard volvió a cerrar la puerta con muestras de compasión por *Tommie*, y paseó lentamente de un lado para otro por el espacioso salón, esperando la vuelta del administrador.

Correctamente descrita, la viuda de Lord Lydiard era baja y gorda, peligrosamente cerca de su sexagésimo aniversario. Pero puede decirse tranquilamente, y sin que sea un cumplido, que aparentaba ser más joven, como, por lo menos, unos diez años menos. Su complexión era de ese tipo de delicado tono rosado que se observa algunas veces en las ancianas que conservan bien sus facciones. Sus ojos (también excelentemente conservados) eran de ese azul claro y brillante que sienta tan bien y que no se descolora con la prueba de las lágrimas. A todo ello se le había de añadir una nariz pequeña, rellenas mejillas que desafiaban las arrugas. El blanco cabello iba peinado con duros y consistentes rizos pequeños; y, si una muñeca pudiera envejecer, Lady Lydiard hubiera sido la imagen viviente de la

misma, tomándose la vida con tranquilidad en su camino hacia la más bella de las tumbas, en un cementerio donde los mirtos y las rosas crecen todo el año.

Si aquéllas eran las virtudes personales de Su Señoría, la historia imparcial deberá reconocer la lista de sus defectos: una completa falta de tacto y gusto en el atavío. El lapso de tiempo transcurrido desde la muerte de Lord Lydiard le había dado la libertad para vestirse como le gustaba. Arreglaba su baja y regordeta figura con colores que resultaban demasiado chillones para una mujer de su edad. Sus vestidos, mal elegidos, al igual que su colorido, puede que no estuvieran mal confeccionados, pero, con certeza, estaban mal llevados. Moral y físicamente debe decirse que su aspecto exterior era el peor. Las anomalías en su vestimenta armonizaban con las de su carácter. Había momentos en los que se sentía y hablaba como corresponde a una dama de su rango; y había otros momentos en los que se comportaba y hablaba como si fuera una cocinera en la cocina. Tras estas superficiales inconsistencias, su grandeza de corazón y lo esencialmente sincero y generoso de la naturaleza de la mujer, sólo esperaban la ocasión precisa para que salieran por sí mismos.

El desarrollo trivial de la vida social se exponía al ridículo a su alrededor, pero, en caso de verdadera urgencia, se probaba el metal de que realmente estaba hecha. La gente que de una forma más exagerada se reía de ella se quedaba perpleja y meditando sobre lo que realmente era su familiar compañía de cada día.

El paseo se había retrasado un poco cuando un hombre vestido de negro se presentó, ruidosamente, en la puerta principal que daba a la escalera. Lady Lydiard le hizo señas impacientes para que entrara en la habitación.

—Le he estado esperando bastante tiempo —dijo—. Parece cansado. Tome una silla.

El hombre vestido de negro se inclinó respetuosamente y tomó asiento.

Capítulo II

Robert Moody tenía cerca de cuarenta años. Era una persona tímida, callada y gris, con el rostro pálido y muy afeitado, agradablemente animado por unos ojos negros y grandes, profundamente hundidos en las órbitas. La boca era quizá la mejor de sus facciones: tenía los labios firmes y bien marcados que a veces se dulcificaban, en raras ocasiones, con una particular sonrisa de triunfador. El aspecto general del hombre, a pesar de su habitual reserva, se mostraba eminentemente leal. Su puesto en casa de Lady Lydiard no era como para no tenerlo en consideración. Actuaba como su consejero y secretario y, al mismo tiempo, como su administrador: repartía sus obras de caridad, escribía las cartas de negocios, pagaba las cuentas, contrataba a los sirvientes, almacenaba la bodega, estaba autorizado para sacar libros de la biblioteca y las comidas se le servían en su habitación. Sus orígenes le daban derecho a aquellos favores especiales. Era, por nacimiento, todo un caballero. Su padre se había arruinado, pues era banquero en una época de crisis comercial. Había pagado buenos dividendos y murió fuera de casa con el corazón partido. Robert intentó tomar su mismo puesto en el mundo, pero la adversa fortuna le había hecho permanecer abajo. Desastres inesperados lo habían seguido de un empleo a otro hasta que abandonó la lucha, se despidió del orgullo de días pasados y aceptó el puesto que con consideración y delicadeza se le ofreció en casa de Lady Lydiard. No tenía ya ningún familiar vivo y nunca había tenido muchos amigos. En el intermedio de sus ocupaciones llevaba una solitaria existencia en su pequeña habitación. Era un secreto y una preocupación entre las mujeres del servicio el considerar las ventajas personales que él tenía y las oportunidades que había tenido en su camino, y que, sin embargo, nunca había intentado probar fortuna y convertirse en un hombre casado. Robert Moody no entraba en explicaciones sobre aquel tema. Seguía su triste y tranquila vida a su estilo, también triste y tranquilo. Todas las mujeres habían fracasado al tratar de impresionar a aquel guapo administrador, y se consolaban teniendo visiones proféticas de sus futuras relaciones con el sexo, y predecían victoriosas que *ya le llegaría su hora*.

—Bien —dijo Lady Lydiard—, ¿qué ha estado haciendo?

—Su Señoría parece bastante preocupada por el perro —contestó Moody con la voz baja que le era habitual—. Primero fui al veterinario. No estaba. Lo habían llamado del campo; y...

Lady Lydiard, con un movimiento de la mano, cortó el final de la frase.

—No me importa el veterinario. Hemos de buscar a otra persona. ¿Dónde fue

después?

—Fui a ver al abogado de Su Señoría. El señor Troy deseaba que le dijese que la espera...

—Acabemos con el abogado. Quiero saber algo sobre la viuda del pintor. ¿Es cierto que la señora Tollmidge y su familia están en una situación desesperada de pobreza?

—Eso no es del todo cierto, milady. He estado viendo al clérigo de la parroquia, que tiene un gran interés en el caso.

Lady Lydiard interrumpió a su administrador por tercera vez.

—¿No habrá mencionado mi nombre? —preguntó cortante.

—Por supuesto que no, milady. Seguí sus instrucciones, y la describí a usted como a una benevolente persona que buscaba casos de auténtica necesidad. Es completamente cierto que el señor Tollmidge ha fallecido sin dejar nada a su familia. Pero la viuda tiene una pequeña renta de setenta libras que le corresponden por derecho propio.

—Moody, ¿esa cantidad es suficiente para vivir? —preguntó milady.

—Suficiente, en este caso, para la viuda y su hija —contestó Moody—. La dificultad está en pagar unas pocas deudas que han quedado y que los dos hijos que tiene vayan a estudiar. Parecen ser muchachos despiertos y la familia es muy estimada en el vecindario. El clérigo pretende conseguir unos cuantos nombres influyentes para empezar y poder hacer una colecta.

—¡No habrá colecta! —protestó Lady Lydiard—. El señor Tollmidge era primo de Lord Lydiard; y la señora Tollmidge está emparentada con Su Señoría por matrimonio. Sería degradante para la memoria de mi marido tener una caja de colecta dando vueltas para el bien de sus familiares, sin que importe lo lejanos que puedan ser. ¡Primos! —exclamó Su Señoría, bajando bruscamente de los más altos sentimientos a los más bajos—. ¡Odio hasta el mismo nombre que tienen! Una persona que está lo suficientemente cerca de mí como para ser mi pariente, y lo suficientemente lejos como para que sean mis preferidos, es justo el tipo de persona que no me gusta. Volvamos a la viuda y a sus hijos. ¿Cuánto quieren?

—Un donativo de quinientas libras, milady, daría para todo, si pudiera reunirse.

—¡Se *conseguirá*, Moody! Pagaré yo el donativo de mi propio bolsillo. —Después de haberse expresado con aquellos nobles gestos, estropeó el efecto de su generosidad lanzando su sórdido punto de vista sobre el asunto con su siguiente frase—. Quinientas libras es un buen pellizco de dinero, por supuesto, ¿no es así, Moody?

—Ya lo creo que lo es, milady. —Pese a saber que Su Señoría era rica y generosa, su propuesta de pagar todo el donativo le cogió por sorpresa al administrador. La rápida perspicacia de Lady Lydiard detectó inmediatamente lo que pasaba por la mente de Moody.

—No entiende usted muy bien mi postura en este asunto —respondió—. Cuando leí en el periódico la noticia del fallecimiento del señor Tollmidge, busqué entre los papeles de Lord Lydiard para ver si realmente estaban emparentados. Descubrí algunas cartas del señor Tollmidge, que me demostraban que él y Lord Lydiard eran primos. Una de aquellas cartas contenía algunas frases muy dolorosas que reflejaban cosas inciertas e injustas sobre mi conducta; en resumen: mentiras... —Su Señoría se detuvo, perdiendo su inicial dignidad—. Mentiras, Moody, por las que el señor Tollmidge hubiera merecido ser azotado. Y lo hubiera hecho yo misma si Lord Lydiard me lo hubiera contado en su momento. No importa. Ahora ya no tiene importancia tratar este tema —y continuó, volviendo nuevamente a las formas de expresión con las que se convertía en una dama de alcurnia—. Este desgraciado me ha hecho una gran injusticia y mis motivos pueden malinterpretarse si aparezco personalmente para comunicarme con su familia. Y, si los libero de una forma anónima de su problema actual, les ahorraré el tenerse que exponer a una colecta pública; me limito a hacer lo que Lord Lydiard hubiera hecho de estar vivo. Mi escritorio está en la otra mesa. Acérquemelo, Moody. ¡Y déjeme devolver el bien por el mal mientras esté de buen humor!

Moody obedeció en silencio. Lady Lydiard extendió un cheque.

—Tome y lléveselo al banquero y tráigame a cambio una orden de pago de quinientas libras —dijo—. Se lo adjuntaré al cura como si fuera de *un amigo desconocido*. Hágalo de prisa. Soy sólo una débil mortal. Ni siquiera me deje tiempo para ver esas quinientas libras que tanto me duelen.

Moody salió con el cheque. No le llevaría mucho tiempo obtener el dinero; el banco estaba muy cerca, en la calle St. James. Una vez sola, Lady Lydiard decidió ocupar su mente en una generosa tarea, la de redactar la carta anónima para el cura. Acababa de tomar una hoja de papel del escritorio, cuando un sirviente apareció en la puerta para anunciar la llegada de una visita:

—¡El señor Felix Sweetsir!

Capítulo III

—¡Mi sobrino! —exclamó Lady Lydiard, con un tono que expresaba asombro, pero, por supuesto, no placer—. ¿Cuántos años han pasado desde la última vez que nos vimos? —preguntó Lady Lydiard de un modo brusco y directo, según se acercaba el señor Felix Sweetsir a su escritorio.

El visitante no era una de esas personas a las que se desanima fácilmente. Tomó la mano de Lady Lydiard y la besó con gracia y desenfado. Había un resquicio de ironía en sus modales, pero agradablemente mitigada por una chispa de alegre ternura.

—¿Años, mi querida tía? —contestó—. Mírate en el espejo y verás el tiempo que ha pasado desde que me viste por última vez. ¡Pero qué bien estás! ¿Cuándo celebraremos la aparición de tu primera arruga? Soy demasiado viejo, no llegaré a verlo.

Tomó un butacón para sentarse sin que se le invitara a hacerlo; se colocó muy cerca de su tía, y miró de arriba abajo el vestido mal elegido que llevaba con un aire de satírica admiración.

—¡Todo un éxito! —dijo con su acostumbrada insolencia—. ¡Qué variedad y viveza de colores!

—¿Qué quieres? —preguntó Su Señoría, en lo más mínimo tranquilizada por el cumplido.

—Presentar mis respetos a mi querida tía —respondió Felix, totalmente impasible a su mal recibimiento y muy cómodo en el butacón.

Ningún retrato a pluma haría falta para plasmar a Felix Sweetsir: su aspecto era fácilmente reconocible como el típico retrato de sociedad. El hombrecillo, con brillantes ojos que nunca descansaban, y un largo cabello gris acero que le caía rizado sobre los hombros; su aspecto era desenvuelto y sus maneras cordiales; su incierta edad, sus innumerables cumplidos y la desatada popularidad... ¿acaso no le harían sentirse como en casa en cualquier sitio y ser bienvenido en todas partes? ¡Qué graciosamente recibía, qué pródigamente devolvía el cordial aprecio del admirado mundo! Todos los hombres a quienes conocía eran *encantadores amigos*. Cada mujer que veía era *sencillamente preciosa*. ¡Qué picnics daba en las orillas del Támesis en el verano! ¡Qué merecidas y pequeñas ganancias sacaba de la mesa de *whist*! ¡Qué inestimable actor para las pequeñas obras privadas (bodas incluidas)! ¿Nunca han leído la novela de Sweetsir, rápidamente escrita en los intervalos de las curas de transpiración de algunos baños en Alemania? Entonces no pueden conocer la brillante

ficción que realmente es. Nunca escribió una segunda obra; hace de todo, y sólo lo hace una vez. Una canción... la desesperación de los compositores profesionales. Un cuadro... tan sólo para demostrar lo fácil que le resulta hacerlo a un caballero para luego dedicarse a otra cosa. Un hombre realmente multiforme, con toda la gracia y la delicadeza centelleando perpetuamente en las yemas de sus dedos. Si estas pobres páginas no sirvieran para nada, que al menos valgan para prestar un servicio a las personas que no se dedican a la vida social presentándoles a Sweetsir. La narrativa resplandece en su agradable compañía; y escritor y lector (ocultando el brillante reflejo) se comprenden al fin gracias a Sweetsir.

—Bien —dijo Lady Lydiard—, y ahora que estás aquí, ¿qué tienes que decir? Habrás estado en el extranjero, ¿verdad? ¿Dónde?

—Principalmente en París, mi querida tía. El único lugar donde es agradable vivir, por una excelente razón, que los franceses son el único pueblo que sabe cómo sacar lo mejor de la vida. Uno tiene relaciones y amigos en Inglaterra; de vez en cuando hay que volver a Londres...

—Cuando uno se ha gastado todo el dinero en París —le interrumpió Lady Lydiard—. Eso es lo que ibas a decir, ¿no es cierto?

Felix subestimó la interrupción con su delicioso buen humor.

—¡Eres una criatura brillante! —exclamó—. ¡Qué no daría por tu rapidez mental! Sí... uno gasta mucho en París, como bien dices. Los clubes, el mercado de cambios, las carreras de caballos: pruebas suerte aquí, allí y por todas partes; y pierdes y ganas, ganas y pierdes... y no tienes para quejarte ni un día aburrido. —Se detuvo, sin sonreír, mirando inquisitivamente a Lady Lydiard—. ¡Qué maravillosa existencia debes de llevar! —continuó—. La sempiterna pregunta de tus prójimos necesitados, *¿de dónde saco dinero?*, nunca ha asomado a tus labios. ¡Mujer envidiable! —Se detuvo una vez más... sorprendido y desconcertado—. ¿Qué importa, mi querida tía? Pareces estar sufriendo por algo que te intranquiliza.

—Estoy sufriendo por tu conversación —respondió Su Señoría cortantemente—. El dinero me resulta un tema de conversación doloroso en este momento —continuó, con los ojos fijos en su sobrino, observando el efecto de lo que decía—. Esta mañana he gastado quinientas libras con un solo trazo de la pluma. Y, hace una semana, cedí a la tentación de añadir algo más a mi galería de cuadros. —Miró, mientras decía aquellas palabras, hacia una arcada cerrada con cortinas de terciopelo púrpura en la parte más lejana de la habitación—. Realmente tiemblo cuando pienso en lo que me cuesta una pintura antes de poder decir que es verdaderamente mía. Un paisaje de Hobbema; y la Galería Nacional pujaba en mi contra. ¡No importa! —concluyó, consolándose, como de costumbre, con otro tipo de consideraciones—. El Hobbema puede venderse a mi muerte por una cifra bastante más elevada de lo que me ha costado a mí... ¡Eso es agradable! —Miró a Felix nuevamente; una sonrisa de

traviesa satisfacción empezó a aparecer en su rostro—. ¿Te pasa algo con el reloj? —preguntó.

Felix, jugando ausentemente con la cadena del reloj, se sobresaltó como si su tía lo hubiera despertado bruscamente. Mientras Lady Lydiard iba hablando, su vivacidad había ido cediendo poco a poco, y había acabado estando tan serio y tan viejo que ni su más íntimo amigo lo había visto nunca en tal estado. Sacudido por la súbita pregunta que le hacían, pareció buscar en su mente la primera excusa que le viniera a la cabeza antes que permanecer en silencio.

—Me estaba preguntando —empezó— qué sería lo que eché en falta cuando entré en esta maravillosa habitación; algo familiar, ya sabes, algo que esperaba encontrar aquí.

—¿*Tommie*? —sugirió Lady Lydiard sin dejar de observar a su sobrino y tan maliciosa como siempre.

—¡Eso es! —gritó Felix, encontrando la excusa y despertando de nuevo—. ¿Por qué no he oído a *Tommie* ladrar detrás mío?, ¿por qué no siento los dientes de *Tommie* en los fondillos del pantalón?

La sonrisa se desvaneció del rostro de Lady Lydiard; el tono empleado por su sobrino para hablar de su perro era irrespetuoso en extremo. Le mostró claramente cuánto lo desaprobaba. Felix siguió, sin que le importase, impenetrable al silencio.

—¡Querido y pequeño *Tommie*! Tan deliciosamente gordo, y con un temperamento tan infernal. No sé si lo amo o si lo odio. ¿Dónde está?

—Enfermó en la cama —respondió Su Señoría con una gravedad que desconcertó al propio Felix—. Quisiera hablar contigo acerca de *Tommie*. Conoces a todo el mundo. ¿Sabes de algún buen doctor? La persona que tengo contratada no me satisface mucho.

—¿Alguien profesional?

—Sí.

—Todo mentiras, mi querida tía. Cuanto peor esté el perro, más alta será la factura, ¿lo entiendes? Tengo al hombre que necesitas, un caballero. Sabe más sobre caballos y perros que todos los veterinarios juntos. Me encontré con él en el barco, cruzando el Canal. Quieres saber su nombre, por supuesto. El hijo más joven de Lord Rotherfield, Alfred Hardyman.

—¿El propietario de las cuadras? ¿El criador de los famosos caballos de carreras? —gritó Lady Lydiard—. Mi querido Felix, ¿cómo voy a atreverme a molestar a un personaje como ése por mi perro?

Felix estalló con su genial sonrisa.

—¡Nunca he visto la modestia más fuera de lugar! —replicó—. Hardyman se muere porque le presenten a Su Señoría. Ha oído, como todo el mundo, hablar de la magnífica decoración de tu casa, y está ansioso por verla. Vive muy cerca de aquí, en

Pall-mall. Si está en casa, volveré con él en cinco minutos. ¿Quizá haría mejor en ver antes al perro?

Lady Lydiard sacudió la cabeza.

—Isabel dice que es mejor no molestarlo —respondió—. Isabel lo entiende mejor que nadie.

Felix levantó las enérgicas cejas con una mezcla de curiosidad y sorpresa.

—¿Quién es Isabel?

A Lady Lydiard le fastidiaba su falta de cuidado por haber mencionado el nombre de Isabel en presencia de su sobrino. Felix no era la clase de persona ante la que se desease admitir en asuntos domésticos de tipo confidencial.

—Isabel entró a mi servicio desde tu última visita —respondió brevemente.

—¿Joven y bella? —preguntó Felix—. ¡Ah! Pareces seria, y no me contestas. Joven y bella, evidentemente. ¿Podría ver antes a tu nuevo servicio o la galería de cuadros? Miras hacia la galería... De nuevo me has contestado. —Se acercó a la arcada y se detuvo en cuanto dio un paso—. Una dulce joven es una pesada responsabilidad, tía —siguió, con una irónica apariencia de gravedad—. No me sorprendería que Isabel, a la larga, te saliera más cara que el Hobbema. ¿Quién está a la puerta?

La persona de la puerta era Robert Moody, recién vuelto del banco. El señor Felix Sweetsir, desde tan cerca, tuvo que ponerse las gafas antes de reconocer al primer ministro del servicio de Lady Lydiard.

—¡Ah! Nuestro respetable Moody. ¡Qué bien se conserva! No tiene ni una cana... ¡Míreme a mí! ¿Qué tinte usa, Moody? Si tuviera mi misma abierta disposición, lo diría. Tal y como están las cosas, parece algo que no se puede decir y controla la lengua. ¡Ay! Si yo hubiera podido controlar *mi* lengua cuando estuve en el servicio diplomático, ya sabes, ¡qué puesto ocuparía ahora! No me deje que lo interrumpa, Moody, si tiene algo que decirle a Lady Lydiard.

Tras agradecer el entusiasmo del señor Sweetsir con una formal reverencia, y una grave mirada de sorpresa que repelió respetuosamente el flujo humorístico del audaz caballero, Moody se volvió hacia Su Señoría.

—¿Tienes la orden de pago? —preguntó Lady Lydiard. Moody dejó la orden de pago sobre la mesa.

—¿Molesto? —preguntó Felix.

—No —le dijo su tía—. Tengo que escribir una carta; me ocuparé tan sólo unos minutos. Puedes quedarte aquí, o irte a ver el Hobbema, lo que prefieras.

Felix hizo un segundo intento por llegar a la galería. A pocos pasos de la entrada, se detuvo nuevamente, atraído por un abierto gabinete de artesanía italiana lleno de raras cerámicas de China. Como aficionado cultivado, el señor Sweetsir se detuvo para rendir tributo de admiración ante el contenido del gabinete.

—¡Encantador! ¡Encantador! —se dijo a sí mismo, moviendo ligeramente la cabeza de uno a otro lado. Lady Lydiard y Moody lo dejaron tranquilo para que contemplara la china, y se dedicaron a sus asuntos con la orden de pago.

—¿Anotamos el número de la orden por si hay algún accidente? —preguntó Su Señoría.

Moody sacó un trozo de papel del bolsillo interior.

—Ya anoté el número, milady, en el banco.

—Muy bien. Guárdelo. Mientras escribo la carta, haga el favor de rellenar el sobre. ¿Cuál es el nombre del clérigo?

Moody dijo el nombre y rellenó el sobre. Felix, que había apartado la cabeza mientras Lady Lydiard y el administrador se dedicaban a escribir, volvió súbitamente a la mente como si le hubiera asaltado alguna nueva idea.

—¿Hay una tercera pluma? —preguntó—. ¿Por qué no le escribo a Hardyman un par de líneas, tía? Cuando antes se le pida su opinión sobre *Tommie*, mejor será... ¿no piensas así?

Lady Lydiard señaló el plumero con una sonrisa. Mostrarse considerado con el perro era la mejor manera de ganarse irresistiblemente sus favores. Felix se puso a trabajar con su carta, con picuda letra manuscrita llena de tinta y ruidos de la pluma.

—Somos como oficinistas —declaró alegremente—. ¡Las narices pegadas al papel, escribiendo como si viviéramos de ello! Aquí está, Moody. Haga que uno de los sirvientes la acerque a casa del señor Hardyman.

El mensajero salió. Moody volvió, y esperó junto a milady, con el sobre del clérigo en la mano. Felix volvió a pasear lentamente hacia la galería por tercera vez. Un momento más tarde, Lady Lydiard acababa la carta, la dobló y metió dentro la orden de pago. Acababa de tomar el sobre con la dirección de manos de Moody, y colocado dentro la carta, cuando un grito de una de las habitaciones interiores, en la que Isabel cuidaba del perro enfermo, hizo que todos se estremecieran:

—¡Milady! ¡Milady! —gritó la chica enloquecidamente—. ¡A *Tommie* le ha dado un ataque! ¡*Tommie* se muere!

Lady Lydiard dejó sobre la mesa el sobre sin cerrar y echó a correr... Sí, baja y gorda como era, corrió, hacia la habitación. Los dos hombres, dejados en compañía, se miraron.

—Moody —dijo Felix con su habitual tono de perezoso cinismo—, ¿piensa que Su Señoría correría así por usted o por mí? ¡Bah! Esas son las cosas que hacen que uno pierda la fe en la naturaleza humana. Me siento infernalmente mal. Ese maldito cruce del Canal... Me tiembla el estómago cuando lo pienso. Deme algo, Moody.

—¿Qué, señor? —preguntó Moody fríamente.

—Un poco de curaçao seco y una galleta. Llévemelo a la galería de cuadros. ¡Maldito perro! Me voy a ver el Hobbema.

Aquella vez consiguió alcanzar la arcada y desapareció tras las cortinas de la galería.

Capítulo IV

Una vez solo en el salón. Moody miró el sobre sin cerrar que había sobre la mesa.

Considerando el valor del contenido, ¿estaría justificado que chupase la goma y cerrara el sobre por cuestiones de seguridad? Después de pensarlo, Moody decidió que no habría ninguna justificación para que interfiriese con la carta. Quizá Su Señoría, le dijo su reflexión, tuviera que hacer cambios en la carta o añadir un comentario final a lo que ya había escrito. Aparte de aquellas consideraciones, era razonable actuar como si la casa de Lady Lydiard fuese un hotel, perpetuamente abierto a la intromisión de los desconocidos. Había objetos de doscientas veinticinco libras repartidos por toda la casa, encima de las mesas y en habitaciones sin cerrar. Moody se retiró para disponer, sin más dilación, los ligeros remedios encargados por el señor Sweetsir. La carta sin cerrar se quedó encima de la mesa.

Se bebió el curaçao mecánicamente, vaciando la copa de un trago, y se la devolvió para que se la llenara por segunda vez.

El sirviente que llevó el curaçao a la galería encontró a Felix tendido en un sofá con toda la apariencia de estar tan por completo absorto en el Hobbema que fuera incapaz de ver otra cosa.

—No me interrumpas —dijo malhumoradamente, pillando al sirviente justo cuando éste lo miraba—. Deja la botella y vete.

Como le había sido prohibido mirar al señor Sweetsir, los ojos del hombre, cuando salía de la galería, se volvieron para contemplar el famoso paisaje. ¿Y qué es lo que vio? Vio una enorme nube en el cielo, amenazando lluvia, dos caobas blanquecinas profundamente necesitadas de lluvia, un embarrado camino que prometía empeorar con la lluvia, y un muchacho vagabundo que corría hacia su casa por temor a la lluvia. A los ojos del sirviente, el cuadro era más o menos así. Dio una lastimera idea del estado mental del señor Sweetsir cuando llegó a las habitaciones de los sirvientes.

—¡Un caso perdido, pobre diablo! —Tal fue el informe del sirviente acerca del brillante Felix.

Hubo un intervalo de varios minutos y, al fin, el silencio de la galería fue roto por unas voces que penetraron en ella desde el salón. Felix se levantó de su tendida posición en el sofá. Había reconocido la voz de Alfred Hardyman diciendo:

—No molesten a Lady Lydiard.

Y la voz de Moody respondiendo:

—Acabo de tocar en la puerta del cuarto de Su Señoría, señor; encontrará al señor Sweetsir en la galería de cuadros.

Las cortinas de la arcada se separaron y dejaron ver la figura de un hombre delgado y alto, con una cabeza con el pelo muy corto que se ajustaba un tanto rígidamente sobre los hombros. La inamovible gravedad de cara y costumbre de todos los ingleses que viven constantemente en la sociedad de los caballos, era la gravedad que mostraba aquel caballero cuando entró en la galería. Era atractivo, nervudo, con las facciones regulares y muy marcadas. Si no hubiera estado tan afectado del cerebro por los caballos, habría resultado personalmente muy popular entre las mujeres. De todas formas, la serena e hípica melancolía del apuesto criador de caballos desalentaba a las hijas de Eva, y se equivocaban al considerar su valor exacto, socialmente hablando. Alfred Hardyman era, no obstante, a su modo, un hombre notable. Le habían ofrecido las acostumbradas alternativas que se solían plantear a los hijos más jóvenes de la nobleza —la iglesia o el servicio diplomático— y había rechazado tanto la una como la otra.

—Me gustan los caballos —había dicho—, y eso significa no vivir sin ellos. No me habléis de mi posición en el mundo. Decídselo a mi hermano mayor, que es quien se llevará el dinero y el título.

Al empezar en la vida con aquel sensible punto de vista y objetivos, y con un pequeño capital de quinientas libras, Hardyman se abrió paso en la esfera a que se veía destinado. En el período de tiempo que cubre esta historia, ya era un hombre rico, y una de las mayores autoridades de Inglaterra en lo que a la cría de caballos se refiere. Su prosperidad no lo alteró. Siempre fue igual de grave, tranquilo y obstinadamente resuelto; era sincero con los pocos amigos a los que admitía en su intimidad, y sincero, igualmente, hasta el insulto, con aquellos en quienes no confiaba o que no le gustaban. Cuando entró en la galería, se detuvo un instante para mirar a Felix, en el sofá, con sus grandes, fríos y expresivos ojos grises plantados en el hombrecillo con una indiferencia que bordeaba el desprecio. Felix, por su parte, saltó para ponerse en pie con una cortesía alerta y agradeciendo la presencia de su amigo con una exuberante y súbita cordialidad.

—¡Querido muchacho! Es tan amable por su parte —empezó—. Lo siento... ¡Le aseguro que lo siento!

—No lo sienta —fue la tranquila y cáustica respuesta—. Lady Lydiard me ha invitado. He venido a ver la casa... y el perro. —Miró la galería con su habitual mirada circunspecta—. No entiendo de cuadros —observó resignadamente—. Volveré al salón.

Tras una consideración de un momento, Felix lo siguió al salón con el aire de un hombre que no está dispuesto a que lo rechacen.

—¿Bien? —preguntó Hardyman—. ¿Qué pasa?

—¿Con qué? —dijo Felix, indagatoriamente.

—Oh, ya sabe. ¿Qué hará la próxima semana?

—La próxima semana no haré *nada*.

El señor Felix Sweetsir echó una mirada a su amigo. Su amigo estaba demasiado ocupado con la decoración del salón para notarla.

—¿Lo hará mañana? —continuó Felix tras un intervalo.

—Sí.

—¿A qué hora?

—Entre las doce y la una del mediodía.

—Entre las doce y la una del mediodía —repitió Felix. Miró de nuevo a Hardyman y recogió el sombrero—. Presente mis excusas a mi tía —dijo—. Puede presentarse solo a Su Señoría. No puedo esperar más tiempo. —Salió de la sala, devolviendo la despectiva indiferencia de Hardyman con la suya propia.

Una vez solo, Hardyman se sentó en una silla y empezó a mirar la puerta que conducía al tocador. El administrador que había tocado en ella, desapareció tras la misma y aún no había reaparecido. ¿Cuánto tiempo tendría que estar el invitado en casa de Lady Lydiard sin que nadie le hiciese caso alguno? Justo cuando la pregunta le pasaba por la cabeza, la puerta del tocador se abrió. Por una vez en su vida, la compostura de Alfred Hardyman lo abandonó. Se puso en pie como un mortal ordinario al que se hubiera cogido completamente por sorpresa.

En vez de ser Moody, en vez de ser Lady Lydiard, en la abierta puerta había una joven con aspecto de embarazo, que aceleró el corazón de Hardyman en cuanto plantó los ojos en ella. ¿Era la persona la que le producía aquella impresión al primer vistazo a una persona de importancia? Nada de eso. Sólo era *Isabel*, apellidada *Miller*. Incluso su nombre no tenía nada más. Sólo *Isabel Miller*.

¿Tenía pretensiones de distinción en virtud de su apariencia personal?

No es fácil responder a esa pregunta. Las mujeres (citemos primero a los más duros jueces) habían descubierto hacía ya tiempo que ella deseaba esa indispensable elegancia de la figura que se deriva de una cintura estrecha y miembros largos. Los hombres (que estaban más familiarizados con el tema) miraban su figura desde su propio punto de vista; y la encontraban esencialmente adorable, sin pedir nada más. Puede que fuese su viva expresión, o el intrépido resplandor de sus ojos (como lo consideraban las mujeres) lo que deslumbraba a los señores de la creación generalmente, y que los hacía totalmente incompetentes para detectar los defectos de la joven. Además, Isabel tenía compensatorios atractivos que ninguna crítica, ni aun la más severa, podía disputar. Su sonrisa, empezando en sus labios, se expandía brillante e instantáneamente por todo el rostro. Una deliciosa atmósfera de salud, frescura y buen humor parecía irradiar de ella fuera donde fuese e hiciera lo que

hiciese. Por lo demás, su cabello castaño le caía como una cascada por encima de la blanca frente y se remataba con un lacito apretado con cintas de color violeta. Un liso collar y lisas pulseras rodeaban su sedoso y redondo cuello y sus manos rellenas y delicadas. El traje de lana cubría, pero no ocultaba, la encantadora silueta de su pecho, acentuando el color de las cintas de la cofia, y estaba iluminada por un blanco delantal de muselina coquetamente cortado en los bolsillos, un regalo de Lady Lydiard. Ruborizada y sonriente, salió de la puerta que había a sus espaldas, y se acercó tímidamente al extranjero para decirle, con su voz clara y baja:

—Por favor, señor, ¿es usted el señor Hardyman?

La gravedad del gran criador de caballos lo abandonó con aquella primera pregunta. Sonrió para reconocer que era el *señor Hardyman*... y sonrió para ofrecer una silla a Isabel.

—No, gracias, señor —dijo, con una educada inclinación de cabeza—. Sólo he venido para presentarle las excusas de Su Señoría. Ha metido al pobre perro en un baño caliente, y no quiere dejarlo. El señor Moody no puede venir en mi lugar porque está demasiado asustado para poder hacer nada, y además porque tiene que sujetar al perro. Eso es todo. Estamos muy preocupados, señor, por saber si el baño caliente es el remedio adecuado. Haga el favor de venir al baño con nosotros y díganoslo allí todo.

Echó a andar hacia la puerta. Hardyman, naturalmente, fue un poco reacio a seguirla. Cuando un hombre se siente fascinado por el encanto de la belleza y la juventud, no le hace mucha gracia transferir su atención a un animal enfermo al que están dando un baño. Hardyman se inventó la primera excusa que pudo para quedarse solo con Isabel. Lo que queremos decir es que quería que ella se quedase en el salón.

—Pienso que seré de mucha más ayuda —dijo—, si me cuenta antes algunas cosas de ese perro.

Incluso el acento de su voz se había alterado en cierto grado. El quieto y monótono tono de voz que empleaba usualmente se aceleró un poco por la excitación del momento. En cuanto a Isabel, estaba demasiado preocupada por la salud de *Tommie* como para darse cuenta de que iba a ser víctima de una estratagema. Dejó la puerta y se volvió junto a Hardyman con los ojos llenos de ansiedad.

—¿Qué puedo decirle, señor? —preguntó inocentemente.

Hardyman aprovechó su ventaja sin merced.

—¿Puede decirme de qué clase de perro se trata?

—Sí, señor.

—¿Cómo es de viejo?

—Sí, señor.

—¿Su nombre? ¿Su temperamento? ¿Qué enfermedad tiene? ¿Las enfermedades de su padre y su madre? ¿Qué...?

Isabel empezaba a sentir una sensación de mareo.

—¡Una cosa cada vez, señor! —lo interrumpió con un gesto de súplica—. El perro duerme en mi cama, y hemos pasado una mala noche, me ha molestado y me temo que estoy muy estúpida esta mañana. Se llama *Tommie*. Nos vemos obligados a llamarlo así porque no responde más que a ese nombre, que es el que tenía cuando mi ama lo recibió. Le cambiamos la «y» del final por una «i» y una «e» porque nos parecía menos vulgar. Lo siento mucho, señor... He olvidado qué más quería saber. Venga conmigo y Su Señoría le dirá todo lo demás.

Intentó traspasar nuevamente la puerta del tocador. Hardyman, festejando los ojos en la bella y cambiante cara que lo miraba con alguna inocente confianza en su propia autoridad, la detuvo de nuevo por el único medio de que disponía. Volvió a las preguntas sobre *Tommie*.

—Sólo un momento, por favor. ¿Qué clase de perro es?

Isabel se volvió de nuevo desde la puerta. Describir a *Tommie* fue un acto de amor.

—¡Es el perro más bonito del mundo! —dijo la chica con la mirada encendida—. Tiene el pelo de un exquisito blanco rizado y dos manchas marrones en el lomo y, oh, unos preciosos ojos oscuros. Dicen que es un Scotch terrier. Cuando tiene apetito es realmente maravilloso. Nada le viene mal, de foie gras a patatas. Tiene enemigos, pobrecito, aunque usted no lo crea. La gente que se queja de que puede morderles (cosa que me enfada muchísimo, ¡puede creerlo!) lo llama chucho. ¿No es una vergüenza? Por favor, venga conmigo y véalo, señor; milady se cansará de esperar.

Otro viaje hasta la puerta siguió a aquellas palabras, interrumpido inmediatamente por una seria objeción.

—¡Un minuto! Debe decirme que carácter tiene, porque, si no, no podré hacer nada por él.

Isabel volvió una vez, convencida de que en aquella ocasión el asunto era realmente importante. Su gravedad fue, una vez más, más encantadora que su alegría. Mientras volvía el rostro hacia Hardyman, con sus enormes ojos solemnes, expresivos de su sentido de la responsabilidad, el hombre deseó a cambio de todos los caballos de sus establos haber tenido el privilegio de tomarla en sus brazos y besarla.

—*Tommie* tiene el mismo carácter de un ángel con la gente que le gusta —dijo—. Cuando muerde, generalmente quiere decir que no le gusta algún desconocido. Quiere a milady, y al señor Moody, y a mí, y... y creo que a todo el mundo. Por aquí, señor, por favor; me parece que he oído que me llamaba milady.

—No —dijo Hardyman con su habitual tono de inamovible obstinación—. Nadie la ha llamado. Sobre el temperamento del perro, ¿muerde a cualquier desconocido? ¿A qué tipo de personas muerde habitualmente?

Los adorables labios de Isabel empezaron a curvarse hacia arriba con una

pintoresca sonrisa. La imbecilidad de la última pregunta de Hardyman había abierto sus ojos a la verdadera naturaleza del caso. Pero, como el destino de *Tommie* estaba en manos de aquel caballero, se detuvo un momento para considerarlo. Y, más aún, no era algo corriente, en la experiencia de Isabel, fascinar a un famoso personaje que además era un individuo magnífico y perfectamente vestido. Corrió el riesgo de malgastar uno o dos minutos y empezó a contarle a Hardyman las memorias de *Tommie*.

—Debo reconocer, señor —empezó—, que se comporta un tanto desagradecidamente incluso con los desconocidos que se toman por él cierto interés. Cuando se encuentra perdido en las calles (cosa que sucede muy a menudo), se sienta y empieza a aullar hasta que reúne a su alrededor una buena concurrencia. Y cuando intentan leer su nombre y dirección en el collar, tira dentelladas. Los sirvientes, generalmente, lo encuentran y lo vuelven a traer; en cuanto llega a casa se da la vuelta en la misma puerta y empieza a lanzar dentelladas a los sirvientes. Pienso que debe de resultarle divertido. Debería verlo sentado en su silla a la hora de la cena, esperando a que lo ayuden, con las patas delanteras en el borde de la mesa, como las manos de un caballero en una cena de gala dando un discurso. Pero ¡oh! —gritó Isabel, deteniéndose, con lágrimas en los ojos—. ¡Cómo puedo hablar de él de ese modo cuando está tan enfermo! Hay quien dice que es bronquitis, y otros que es algo del hígado. Ayer mismo, lo llevé a la puerta delantera para que le diera algo de aire, y se inmovilizó en la calzada, totalmente estupefacto. Por primera vez en su vida, no ladró a nadie; y, oh, querido, ni siquiera tuvo corazón para acercarse a olisquear una farola.

Apenas había Isabel narrado aquella penosa circunstancia de las memorias de *Tommie* cuando fue súbitamente interrumpida por la voz de Lady Lydiard —que realmente la llamaba en aquella ocasión— desde la sala del interior de la casa.

—¡Isabel! ¡Isabel! —gritó Su Señoría—. ¿Qué pasa?

Isabel corrió a la puerta del tocador y consiguió abrirla.

—¡Vaya, señor! ¡Por favor, vaya! —dijo.

—¿Sin usted? —preguntó Hardyman.

—Lo seguiré señor. Primero tengo que hacer algo por Su Señoría.

Sostuvo abierta la puerta y señaló suplicantemente la puerta del tocador.

—Me sentiría culpable si no fuese, señor —dijo.

Aquella declaración dejó a Hardyman sin alternativas. Se presentaría a Lady Lydiard sin más momentos de retraso.

Tras cerrar la puerta del salón, Isabel esperó un poco, absorta en sus propios pensamientos.

No era totalmente consciente del efecto que había producido en Hardyman. Su vanidad, cosa que no puede negarse, se halagaba por su admiración por ella —era tan

fuerte y tan alto, y con unos ojos tan grandes y bonitos—. La chica pareció más bella que nunca, con la cabeza baja y las mejillas ruborizadas, sonriendo para sí misma. El reloj de la chimenea dando la media la sacó de su sueño. Echó una mirada al espejo, mientras pasaba, y fue a la mesa en la que Lady Lydiard había estado escribiendo.

El metódico señor Moody, obligado como estaba a ayudar en el baño de *Tommie*, no había olvidado los intereses de milady. Le recordó a Su Señoría que había dejado una carta, con una orden de pago de quinientas libras, sin cerrar. Absorta en el perro, la respuesta de Lady Lydiard fue:

—Ya que Isabel no está haciendo nada, que vaya ella a cerrarla. Dile al señor Hardyman cómo venir —continuó, volviéndose hacia Isabel—, y luego sella la carta que encontrarás encima de la mesa.

—Y cuando la hayas sellado —añadió el precavido señor Moody—, vuelve a dejarla en la mesa; me ocuparé de ella cuando ya no le sea de utilidad a Su Señoría.

Aquellas eran las instrucciones especiales que retenían a Isabel en el salón. Encendió una vela, y cerró y selló el sobre abierto, sin sentir curiosidad siquiera por saber de quién eran las señas. El señor Hardyman era el tema principal de sus pensamientos. Tras dejar la carta sellada en la mesa, volvió a la chimenea y estudió su encantadora cara en el espejo. Pasó el tiempo y la imagen de Isabel era todavía el tema de contemplación de la propia Isabel.

Debe de haber visto a muchas damas hermosas, pensó, titubeando entre el orgullo y la humildad. *Me pregunto qué verá en mí.*

El reloj dio la hora. Casi en el mismo momento, la puerta del tocador se abrió, y Robert Moody, libre al fin de sus atenciones hacia *Tommie*, entró en el salón.

Capítulo V

—¿Bien? —preguntó Isabel ansiosamente—. ¿Qué dice el señor Hardyman? ¿Piensa que puede curar a *Tommie*?

Moody respondió un poco fría y envaradamente. Sus oscuros y profundos ojos se clavaron en Isabel con una mirada de desconsuelo.

—El señor Hardyman parece que no entiende a los animales —dijo—. Le ha levantado un párpado al perro, lo ha mirado y ha dicho que el baño no valía para nada.

—¡Más! —dijo Isabel impacientemente—. Supongo que habrá hecho algo antes de decir que el baño no valía para nada.

—Ha sacado un cuchillo del bolsillo, con una lanceta.

Isabel dio una palmada y lanzó un horrorizado grito.

—¡Oh, señor Moody! ¿No habrá herido a *Tommie*?

—¿Herirlo? —respondió Moody, indignado por el interés que sentía la joven por el animal y por la indiferencia que mostraba hacia el hombre (representado por él mismo)—. ¡Herirlo, efectivamente! El señor Hardyman hizo sangrar a la bestia...

—¿Bestia? —reiteró Isabel con mirada resplandeciente—. Conozco a algunas personas, señor Moody, que realmente merecerían ser llamadas con esa horrible palabra. Si no quiere decir *Tommie*, cuando hable de él en mi presencia, refiérase *al perro*.

Moody estuvo de acuerdo con la peor gracia posible.

—¡Oh, muy bien! El señor Hardyman hizo sangrar al perro, y consiguió reanimarle inmediatamente. Me han encargado que le diga... —Se detuvo, como si el mensaje que le habían pedido que entregara fuera lo más desagradable que tuviera que hacer.

—Bien, ¿qué me tiene que decir?

—Tenía que decir que el señor Hardyman tiene instrucciones para usted acerca del modo en que ha de tratarse al perro en lo sucesivo.

Isabel se apresuró hacia la puerta, ansiosa por recibir sus instrucciones. Moody la detuvo al tiempo que la abría.

—Se da mucha prisa para ir a ver al señor Hardyman.

Isabel se volvió para mirarlo, sorprendida.

—Me acaba usted de decir que el señor Hardyman estaba esperándome para decirme cómo había que cuidar a *Tommie*.

—Déjelo esperar —replicó Moody severamente—. Cuando lo dejé, estaba

bastante ocupado en expresar su favorable opinión de usted a Su Señoría.

El pálido rostro del administrador se volvió aún más pálido cuando pronunció aquellas palabras. Con la llegada de Isabel a casa de Lady Lydiard, *había llegado el momento...* por decirlo con las mismas palabras que preferían las mujeres del servicio. Finalmente, el impenetrable hombre había sentido la influencia del sexo; al fin conocía la pasión del amor por una mujer que era lo suficientemente joven como para poder ser su hija. Había hablado a Isabel en más de una ocasión en términos que traicionaban su secreto claramente. Pero el ardiente fuego de los celos del hombre, convertido en llamas por la presencia de Hardyman, aparecía por primera vez. Su mirada, más incluso que sus palabras, hubieran advertido a cualquier mujer con el más elemental conocimiento de la naturaleza del hombre que había que ser cuidadosa con la respuesta. Joven, atolondrada e inexperta, Isabel siguió el súbito impulso del momento sin pensar en sus posibles consecuencias.

—Estoy segura de que es muy amable por parte del señor Hardyman hablar favorablemente de mí —dijo, con una impertinente sonrisa—. Espero que eso no le ponga celoso, señor Moody.

Moody no estaba de humor para celebrar la desenfadada alegría y contento de la juventud.

—¡Odio a cualquier hombre que la admire —exclamó apasionadamente—, sea quien sea!

Isabel miró a su extraño amante con una sorpresa sin afecto. ¿Cómo no le iba a gustar el señor Hardyman, que la había tratado como una dama del principio al fin?

—¡Es usted un hombre muy raro! —dijo—. No sabe aceptar una broma. Puedo garantizarle que no he dicho nada para ofenderlo.

—No me ha ofendido, sino algo peor: me desprecia.

A Isabel se le subieron los colores. La alegría desapareció de su rostro; miró a Moody gravemente.

—No me gusta que me acusen de despreciar a la gente que no se lo merece —dijo—. Haré mejor en dejarlo. Déjeme ir, por favor.

Tras cometer un error al ofenderla, Moody cometió otro al intentar hacer las paces. Actuando por miedo a que realmente lo dejase, la tomó del brazo ardientemente.

—Siempre está intentando apartarse de mí —dijo—. Me gustaría saber qué puedo hacer para gustarle, Isabel.

—¡No puedo permitirle que me llame Isabel! —replicó, forcejeando para librarse de su presa—. Suélteme el brazo. Me hace daño.

Moody le soltó el brazo con un amargo suspiro.

—No sé cómo portarme con usted. ¡Tenga piedad de mí!

Si el administrador hubiera sabido algo de las mujeres (de la edad de Isabel),

nunca habría apelado a su merced en aquellos términos tan claros y en un momento tan inoportuno.

—¿Tener piedad de usted? —repitió ella despectivamente—. ¿Eso es todo lo que tiene que decir después de haberme hecho daño en el brazo? ¿Cómo se atreve? —Se encogió de hombros y metió las manos, coquetamente, en los bolsillos del mandil. ¡Así es como se apiadaba de él! El rostro de Moody palideció cada vez más... El hombre estaba cada vez más angustiado.

—¡Por amor de Dios, no haga que todo lo que digo parezca una ridiculez! —gritó—. Sabe que la amo con todo mi corazón y con toda mi alma. Una y otra vez le he pedido que sea mi esposa... y por su risa me ha parecido que siempre se lo tomaba a broma. No hay que tratarme de un modo tan cruel. Me enloquece... ¡No puedo seguir soportándolo!

Isabel bajó la vista al suelo, y siguió las líneas del dibujo de la alfombra con la puntera del pequeño zapato que calzaba. No entendía a Moody, era como si éste hablase en hebreo. Estaba en parte interesada, en parte sorprendida, por las fuertes emociones que ella misma había despertado.

—¡Oh, querido! —dijo Isabel—. ¿Por qué no habla de otra cosa? ¿Por qué no podemos ser amigos? Perdóneme por mencionarlo —prosiguió la joven con una descarada sonrisa—, pero tiene usted años suficientes como para poder ser mi padre.

Moody escondió la cabeza.

—Lo reconozco —respondió humildemente—. Pero yo también tengo algo que decir. Hombres mayores que yo han sido muy buenos maridos antes de ahora. Dedicaría toda mi vida a hacerla feliz. No hay ni uno solo de sus deseos que no estuviera orgulloso de cumplir. No debe juzgarme por mis años. Mi juventud no se ha malgastado con una vida disipada. Puedo ser más sincero y cariñoso con usted que muchos hombres más jóvenes. Mi corazón no es indigno de usted, pues siempre ha sido suyo. He vivido solo y miserablemente... ¡Y usted puede solucionar todo eso fácilmente! Usted se porta amablemente con todo el mundo, Isabel. Dígame, querida, ¿por qué se porta tan duramente conmigo?

Le temblaba la voz al dirigirse a ella con aquellas sencillas palabras. Al fin había encauzado el camino correcto para impresionarla. Isabel lo sentía realmente por él. Todo lo que había de tierno y sincero en su naturaleza empezó a desbordarse en el interior de la joven para ponerla de parte de Moody. Desgraciadamente, también sentía, profunda y fuertemente, ser demasiado paciente, y había de tomarse su tiempo. Moody interpretó incorrectamente su silencio equivocando por completo el motivo que la hacía ponerse de su parte momentáneamente, mientras reunía la compostura suficiente para contestarle.

¡Ah! —se quejó amargamente Moody, apartándose de su lado—. ¡No tiene usted corazón!

Isabel lamentó instantáneamente aquellas injustas palabras. En aquel momento, la hirieron profundamente.

—Debe usted saber —dijo Isabel—, que no dudo que tenga razón. Sin embargo, recuerde una cosa: pienso que no tiene corazón. Nunca lo he alentado, señor Moody. He declarado una y otra vez que no puedo ser otra cosa que su amiga. Haga el favor de acordarse en el futuro. Hay muchísimas mujeres que estarían encantadas de casarse con usted, no me cabe duda. Siempre tendrá mis mejores deseos para su bienestar. Buenas tardes. Su Señoría se estará preguntando qué me ha pasado. Sea amable y déjeme pasar.

Torturado por la pasión que lo consumía, Moody se quedó obstinadamente en el sitio que ocupaba entre Isabel y la puerta. La indigna sospecha sobre la joven, que había estado presente durante toda la entrevista, lo forzó a expresar su última opinión.

—Ninguna mujer ha utilizado a un hombre como me utiliza usted a mí sin tener una razón —dijo Moody—. Ha tenido su secreto muy bien guardado, pero, antes o después, todos los secretos se descubren. Sé lo que pasa por su mente tan bien como lo sabe usted misma. Está usted enamorada de otro hombre.

El rostro de Isabel se ruborizó profundamente; el defensivo orgullo de su sexo estaba en pie de guerra. Lanzó a Moody una desdeñosa mirada, sin preocuparse de que el desprecio apareciese en sus palabras.

—¡Apártese de mi camino, señor! —aquello fue todo lo que le dijo.

—Está usted enamorada de otro hombre —reiteró Moody apasionadamente—. ¡Niéguelo si puede!

—¿Negarlo? —repitió ella con la mirada incandescente—. ¿Qué derecho tiene usted a hacerme esa pregunta? ¿Acaso no tengo derecho a hacer lo que me plazca?

Moody se quedó mirándola, pensando sus próximas palabras, con un súbito y siniestro cambio en el dominio de sí mismo. Había rabia contenida en su mirada, rabia contenida en la mano que alzó enfáticamente mientras lanzaba su siguiente parrafada.

—Tengo que decir una cosa más —siguió Moody—, y habré terminado. Si yo no soy su marido, no lo será nadie más. Piénselo bien, Isabel. Si hay otro hombre entre nosotros, ¡descubrirá que no es tan fácil robármela!

Isabel palideció, aunque sólo por unos momentos. El ánimo que había en ella se alzó y resplandeció en sus ojos, y se enfrentó a él sin amilanarse.

—¿Amenazas? —dijo, con tranquilo desdén—. Cuando se enamora usted, señor Moody, lo hace de un modo muy extraño. Mi conciencia está tranquila. Puede intentar asustarme, pero no lo conseguirá. Cuando haya recobrado los buenos modales, aceptaré sus excusas. —Se detuvo y señaló hacia la mesa—. Allí está la carta que me pidieron que sellara —siguió—. Supongo que tendrá usted órdenes de Su Señoría. ¿No es tiempo de que empiece a obedecerlas?

La despectiva compostura de su tono y modales parecieron actuar en Moody de un modo aplastante. Sin una palabra de respuesta, el desafortunado administrador tomó la carta de encima de la mesa. Sin una palabra de respuesta, caminó mecánicamente hacia la puerta principal que daba a las escaleras —esperó durante un momento, pálido y tranquilo— y salió de la habitación.

Aquella silenciosa despedida, aquella sumisión sin esperanza, impresionaron a Isabel a su pesar. El sostenido sentido de la injuria y el insulto saltaron, no obstante, sobre ella en cuanto se quedó sola. No había pasado ni un minuto antes de que empezara a lamentarlo por él. La entrevista no le había enseñado nada. No era ni lo suficientemente mayor ni lo suficientemente experimentada para comprender la demoledora revolución producida en el carácter de un hombre cuando éste siente la pasión del amor, por primera vez en su vida, en la madurez. Si Moody le hubiera robado un beso en la primera oportunidad, ella habría lamentado la libertad que se tomaba; pero lo habría entendido perfectamente. Su terrible seriedad, su incontrolada agitación, su abrupta violencia —todas aquellas evidencias de una pasión que para él mismo eran un misterio— a Isabel, sencillamente, la desconcertaban.

—Estoy segura de no haber herido sus sentimientos —sus reflexiones adoptaban aquel formato en su penitente interior—, pero ¿por qué me provoca? Es una falta de vergüenza decirme que amo a otro hombre cuando no hay otro hombre. Empiezo a odiar a los hombres, sobre todo si son como el señor Moody. Me pregunto si me habrá perdonado cuando vuelva a verme. Por mi parte, estoy segura de que podré olvidar y perdonar, especialmente si no insiste en que sea cariñosa con él porque él es cariñoso conmigo. ¡Oh, querido! Me gustaría que volviera para darnos la mano. Hay que tener la paciencia de un santo para ser tratada de este modo. ¡Me gustaría ser fea! Las feas están más tranquilas y los hombres las dejan en paz. ¡Señor Moody! ¡Señor Moody!

Salió al descansillo y lo llamó en voz baja. No hubo respuesta. Ya no debía de estar en la casa. Se quedó durante unos momentos en silenciosa vejación.

—Volveré con *Tommie* —decidió—. Estoy segura de que es la mejor compañía de los dos. Y, ¡oh, gracias a Dios!, ¡el señor Hardyman me espera para darme instrucciones! ¿Qué tal me veo?

Consultó una vez más con el espejo —dándose un par de toques correctivos en el pelo y en la cofia— y se apresuró hacia el tocador.

Capítulo VI

El salón permaneció vacío durante un cuarto de hora. Al acabar este período de tiempo, el consejo del tocador se disolvió. Lady Lydiard guió el camino de vuelta hasta el salón, seguida por Hardyman; Isabel se quedó para echar una mirada al perro. Antes de que la puerta se cerrara tras ellos, Hardyman se volvió en redondo para reiterar sus últimos consejos médicos, o, en palabras más claras, para mirar a Isabel por última vez.

—Bastante agua, señorita Isabel, para que el perro beba, y alguna galleta si quiere algo de comer. Nada más, por favor, hasta que vuelva mañana.

—Gracias, señor. Pondré el mayor cuidado.

En aquel punto, Lady Lydiard cortó el intercambio de instrucciones y cumplidos.

—Cierre la puerta, si hace el favor, señor Hardyman. Me molesta la corriente. ¡Muchas gracias! No sabe usted cuánto le agradezco su amabilidad. Si no llega a ser por usted, mi pobre perro podría estar muerto en este momento.

Hardyman respondió con el tono de monótona y tranquila melancolía que le era habitual.

—Su Señoría no tiene por qué preocuparse por el perro. Sólo hay que tener cuidado con no darle mucho de comer. Estará muy bien atendido por la señorita Isabel. Por cierto, su apellido es Miller, ¿verdad? ¿Está emparentada con los Miller de Warwickshire, de Duxborough House?

Lady Lydiard lo miró con una expresión de satírica sorpresa.

—Señor Hardyman —dijo—, ésta es la cuarta vez que me pregunta usted sobre Isabel. Parece estar muy interesado en mi compañera. ¡No me dé excusas, por favor! Eso es un cumplido para ella; y, como le tengo mucho cariño, agradezco cuando alguien la admira. Al mismo tiempo —añadió, con una de sus bruscas alteraciones de lenguaje—, no le he quitado ojo a usted, ni le he quitado ojo a ella, cuando estaban hablando en la habitación; y no puedo consentirle que haga una locura con la chica. Ella no es de linaje, y cuanto antes lo sepa mejor. Me hizo usted reír cuando me preguntó si estaba emparentada con la nobleza. Es la huérfana de un farmacéutico de provincias. Sus familiares no tienen ni un penique con el que bendecirla, si se exceptúa a su tía, que vive en un pueblo con una renta de doscientas o trescientas libras al año. Oí hablar de la chica accidentalmente. Cuando perdió a sus padres, su tía se ofreció a llevársela. Isabel dijo: «*No, gracias; no quiero ser una carga para alguien que tiene lo justo para sí misma. Una chica puede ganarse la vida honestamente si lo intenta... y quiero decir intentarlo en serio*». Eso es lo que dijo.

Admiro su independencia —prosiguió Su Señoría, ascendiendo nuevamente a las más altas regiones del pensamiento y la expresión—. El matrimonio de mi sobrina, precisamente entonces, me dejó sola en esta casona. Le propuse a Isabel que se viniera conmigo como compañera y lectora durante unas semanas, y que decidiera por sí misma si le gustaba este tipo de vida o no. No nos hemos separado desde entonces. He sido tan cariñosa con ella como si se tratase de mi propia hija; y me corresponde con todo su afecto de todo corazón. Tiene excelentes cualidades: prudente, modosa, de buen temperamento; con un sentido para comprender cuál es su sitio en el mundo, por distinguida que sea su presencia para mí. Me he ocupado, por su propia seguridad, de no dejar ninguna duda al respecto. Sería una cruel falta de atención engañarla acerca de su futura condición para cuando se case. Me ocuparé de que el hombre que la quiera por esposa sea de su mismo rango social. También conozco muy bien, en el caso de uno de mis propios familiares, las miserias que aportan los matrimonios desiguales. Perdóneme por molestarle con estos asuntos domésticos. Tengo mucho aprecio por Isabel, y ya sabe que las chicas son un poco atolondradas. Ahora que ya sabe usted cuál es realmente la posición de la joven, sabrá también qué límites ha de poner a la expresión de su interés por ella. Estoy segura de que nos comprendemos; y de que no hay nada más que decir.

Hardyman escuchó aquella larga arenga con la inamovible gravedad que era parte fundamental de su carácter —excepto cuando Isabel lo tomó por sorpresa—. Cuando Su Señoría le dio oportunidad de expresarse, tuvo muy poco que decir, y lo poco que dijo no indicó que le hubiera aprovechado en exceso lo que acababa de oír. Su mente estaba absorta en Isabel cuando milady empezó a hablar; y seguía tan absorta en ella, y del mismo modo, cuando Su Señoría hubo concluido.

—Sí —observó tranquilamente—. Como usted dice, la señorita Isabel es una joven excepcionalmente agradable. Muy bonita, y tan sincera, con unos modales tan poco amanerados. No puedo negar que siento cierto interés por ella. Las jóvenes que suelen encontrarse en sociedad no acaban de ser de mi gusto.

El rostro de Lady Lydiard asumió un aspecto de clara consternación.

—Me temo que no he conseguido que me entendiera —dijo.

Hardyman declaró gravemente que la entendía a la perfección.

—¡Perfectamente! —repitió con su impenetrable obstinación—. Su Señoría ha expresado exactamente mi opinión sobre la señorita Isabel. Prudente, y alegre, y de buen carácter, como usted dice... Todas las cualidades que admiro en una mujer. Y de buen aspecto, de muy buen aspecto. Será un auténtico tesoro (como usted misma ha observado) para el hombre que se case con ella. Tengo algo que declarar al respecto. He escapado en dos ocasiones, por los pelos, de casarme; y, aunque no puedo explicarlo exactamente, me hice bastante duro en consecuencia. La señorita Isabel me gusta. Creo que lo he dicho antes. Perdóneme por repetirlo. Llamaré mañana por la

mañana para ver al perro, a eso de las once, si me lo permite. Me tengo que ir un poco más tarde a Francia a una subasta de caballos. Encantado de haberle servido de algo a Su Señoría, se lo aseguro. Buenos días.

Lady Lydiard lo despidió, sabiamente resignada a cualquier futuro intento de establecer una relación comprensible entre su visitante y ella misma.

—O es una persona de limitada inteligencia cuando se le saca de los establos —pensó—, o deliberadamente se niega a aceptar una indirecta. No puedo negar su capacidad en el asunto de *Tommie*. La única alternativa es poner a Isabel fuera de su alcance. Mi pobre niña no se verá en un mal trance mientras yo viva para vigilar por ella. Cuando el señor Hardyman llame mañana, la enviaré a hacer un recado. Cuando la llame a la vuelta, Isabel subirá las escaleras con un terrible dolor de cabeza. Y si el señor Hardyman lo intenta de nuevo, la enviaré a mi casa del campo. Si hace cualquier observación en su ausencia..., bien, podrá comprobar que puedo ser muy certera y fría cuando la situación lo requiere.

Tras llegar a aquella satisfactoria solución de la dificultad, Lady Lydiard fue consciente de un irresistible impulso de convocar a Isabel a su presencia para acariciarla. En la naturaleza de una mujer afectuosa, aquélla era la única reacción inevitable tras el apaciguamiento de la ansiedad por la joven, cuando la propia ansiedad diera paso al descanso. Abrió la puerta e hizo una de sus súbitas entradas en el tocador. Incluso en la ferviente demostración de su afecto, aún quedaba la inherente brusquedad de costumbre que tan fuertemente marcaba el carácter de Lady Lydiard en todas las relaciones que mantenía en la vida.

—¿Te he dado un beso esta mañana? —preguntó cuando Isabel se levantó para recibirla.

—Sí, milady —dijo la joven, con una encantadora sonrisa.

—Pues ven a darme tú uno. ¿Me quieres? Muy bien, entonces, trátame como si fuera tu madre. Olvídate esta vez del milady. ¡Dame un buen abrazo!

Algo, en aquellas familiares palabras, o algo, quizás, en la mirada que las acompañó, pintó las simpatías de Isabel de un modo que raramente mostraba de un modo superficial. Sus sonrientes labios temblaron, resplandecientes lágrimas asomaron en sus ojos.

—Es tan buena conmigo —susurró cuando apoyó la cabeza en el pecho de Lady Lydiard—. ¿Cómo podría quererlos tanto?

Lady Lydiard acarició la hermosa cabeza que se apoyaba en ella con cierta ternura filial.

—¡Ya! ¡Ya! —dijo—. Vete a jugar con *Tommie*, querida. Podemos ser tan cariñosas entre nosotras como queramos, pero no debemos llorar. ¡Dios te bendiga! ¡Ve!, ¡ve!

Se apartó rápidamente; sus propios ojos estaban húmedos, y era contrario a su

carácter el permitir que Isabel lo viera.

¿Por qué me porté como una loca? —se preguntó mientras se acercaba a la puerta del salón—. No importa. Ha sido lo mejor. ¡Es raro, pero el señor Hardyman ha hecho que me portase más cariñosa que nunca con Isabel!

Con aquellas reflexiones en mente, entró de nuevo en el salón... y súbitamente se detuvo en seco.

—¡Santo Cielo! —exclamó irritada—. ¡Cómo me ha asustado! ¿Por qué no me ha dicho que estaba aquí?

Tras dejar el salón en completa soledad, Lady Lydiard, al volver, se vio frente a un caballero, misteriosamente plantado en el centro de la alfombra. El nuevo visitante podría describirse perfectamente como un hombre gris. Tenía cabello, cejas y bigote grises; chaqueta, chaleco, pantalones y guantes grises. Por lo demás, su apariencia era eminentemente sugestiva de salud y respetabilidad, y, en su caso, las apariencias eran totalmente ciertas. El hombre gris no era otro que el consejero legal de Lady Lydiard, el señor Troy.

—Siento, milady, haber sido tan inoportuno para molestarla —dijo con cierto embarazo oculto en sus modales—. Tuve el honor de decirle unas palabras al señor Moody acerca de que vendría a esta hora, para solucionar algunos asuntos relacionados con la casa de Su Señoría. Imaginé que esperaría encontrarme aquí, a su disposición...

Hasta aquel momento, Lady Lydiard había estado escuchando a su consejero legal, fijando sus ojos en su rostro con su franco y directo estilo habitual. Lo detuvo en medio de una frase con un cambio de expresión en su propio rostro, que denotaba claramente cierta alarma.

—No se disculpe, señor Troy —dijo Su Señoría—. Debo hacerlo yo por haberme olvidado de su cita y por no haber podido tener controlados estos dichosos nervios. —Se detuvo por un momento y se sentó antes de pronunciar sus siguientes palabras—. ¿Podría preguntarle —continuó— si hay algo insatisfactorio en los asuntos que lo han traído aquí?

—Nada importante, milady; meras formalidades que podemos solucionar mañana o pasado si lo cree oportuno.

Los dedos de Lady Lydiard tamborileaban impacientemente en la mesa.

—Me conoce desde hace tanto tiempo, señor Troy, que creo que ya sabe que no tolero el suspense. Tiene algo desagradable que decirme.

El abogado, respetuosamente, protestó:

—Realmente, Lady Lydiard... —empezó.

—¡Basta, señor Troy! Sé cómo me mira en las ocasiones ordinarias y sé cómo me mira ahora. Es usted un abogado bastante listo; pero, afortunadamente para mis intereses, también es usted un hombre bastante honrado. Después de veinte años de

experiencia a sus espaldas, no irá a *decepcionarme*. Deme ya las malas noticias. Hable de una vez, señor, y hable claramente.

El señor Troy cedió pulgada a pulgada.

—Mis noticias, me temo, pueden irritar a Su Señoría. —Se detuvo y avanzó otra pulgada—. Estas noticias las he conocido nada más entrar en esta casa. —Esperó nuevamente, y volvió a avanzar—. Me he encontrado en el vestíbulo con el administrador de Su Señoría, con el señor Moody.

—¿Dónde está? —preguntó Lady Lydiard, enfadada—. Puedo hacerle hablar claro, y es lo que deseo. Qué venga inmediatamente.

El abogado hizo un último esfuerzo para evitar la revelación inminente un poco más.

—El señor Moody me pidió que preparase a Su Señoría...

—¿Tocará usted la campanilla, señor Troy, o tendré que hacerlo yo misma?

Moody había estado, evidentemente, escuchando desde fuera del salón mientras hablaba el señor Troy. Ahorró al señor Troy la molestia de tocar la campanilla presentándose antes en la habitación. Los ojos de Lady Lydiard buscaron su rostro mientras el administrador se aproximaba. La brillante expresión de milady se oscureció súbitamente. Ni una palabra salió de sus labios. Lo miró, esperando.

Moody, silencioso, dejó sobre la mesa una hoja de papel. El papel se estremecía en su temblorosa mano. Lady Lydiard fue la primera en recuperarse.

—¿Es para mí? —preguntó.

—Sí, milady.

Su Señoría tomó el papel sin un momento de duda. Los dos hombres la observaron con ansiedad mientras lo leía.

La letra era desconocida. Las palabras eran las siguientes:

Certifico que el portador de estas líneas, llamado Robert Moody, me ha presentado una carta que se le había confiado, dirigida a mi persona y con los sellos intactos. Lamento tener que añadir que ha habido algún error. El anexo que se citaba en la mencionada carta, firmada por «un amigo necesitado», no ha llegado a mis manos. En la carta no había ninguna orden de pago de quinientas libras cuando la abrí. Mi esposa estaba presente cuando rompí el sello, y puede certificarlo si fuera necesario. Al no saber quién es mi caritativo corresponsal (o al haber olvidado decirlo el señor Moody), sólo puedo atestiguar el modo en que han pasado los hechos del modo más exacto posible, y ponerme a disposición de la persona que haya escrito la carta. Mi dirección particular se puede ver en el membrete de la carta. Samuel

Bradstock, Rector, Santa Ana, Deansbury, Londres.

Lady Lydiard dejó caer el papel encima de la mesa. Durante un momento, lamentando lo que decía la carta del Rector, pareció incapaz de comprenderlo.

—En nombre de Dios, ¿qué quiere decir esto? —preguntó.

El abogado y el administrador se miraron. ¿Cuál de los dos tenía que hablar primero? Lady Lydiard no les dio ocasión de decidir.

—Moody —dijo irritada—, usted estaba encargado de la carta. Le pido una explicación.

Los oscuros ojos de Moody centellearon. Respondió a Lady Lydiard sin preocuparse por ocultar que lamentaba el tono en que se había dirigido a él.

—Estaba encargado de entregar la carta en la dirección indicada —dijo—. La encontré, ya sellada, encima de la mesa. Su Señoría tiene el testimonio escrito del clérigo de que se le entregó sin que los sellos hubieran sido rotos. He cumplido con mi deber; y no tengo que dar más explicaciones.

Antes de que Lady Lydiard pudiera hablar de nuevo, el señor Troy intervino discretamente. Vio claramente que su experiencia era requerida para conducir las investigaciones por el camino correcto.

—Perdóneme, milady —dijo, con una afortunada mezcla de positivismo y cortesía, cosa de la que sólo los abogados poseen el secreto—. Sólo hay un modo de llegar a la verdad en asuntos tan penosos como éste. Debemos empezar por el principio. ¿Podría aventurarme a hacerle una pregunta a Su Señoría?

Lady Lydiard notó la compuesta influencia del señor Troy.

—Estoy a su disposición, señor —dijo tranquilamente.

—¿Está usted absolutamente segura de haber incluido en la carta la orden de pago de quinientas libras? —preguntó el abogado.

—Ciertamente, creo que la incluí —respondió Lady Lydiard—. Pero estaba tan preocupada por la súbita enfermedad de mi perro que no podría asegurarlo totalmente.

—¿Había alguien más con Su Señoría en la habitación cuando metió la orden de pago en la carta... como cree que hizo?

—Yo estaba en la habitación —dijo Moody—. Puedo asegurar que vi cómo Su Señoría metía la orden de pago en la carta, y la carta en el sobre.

—¿Y sellar la carta? —preguntó el señor Troy.

—No, señor. Su Señoría fue requerida a la habitación de al lado para que viera al perro antes de que tuviera ocasión de hacerlo.

El señor Troy volvió a dirigirse a Lady Lydiard.

—¿Se llevó Su Señoría la carta a la otra habitación?

—Estaba demasiado alarmada como para pensar en ello, señor Troy. La dejé aquí,

sobre la mesa.

—¿Con el sobre abierto?

—Sí.

—¿Cuánto tiempo estuvo ausente en la otra habitación?

—Media hora, quizá algo más.

—¡Ah! —exclamó el señor Troy, más para sí mismo que para los demás—. Esto lo complica un poco. —Reflexionó unos momentos y volvió a dirigirse a Moody—. ¿Sabía alguno de los sirvientes que la orden de pago se encontraba en poder de Lady Lydiard?

—Ninguno —respondió Moody.

—¿Sospecha de alguno de los sirvientes?

—Naturalmente que no, señor.

—¿Hay algún obrero trabajando en la casa?

—No, señor.

—¿Sabe de alguien que estuviera en la habitación mientras Lady Lydiard estaba ausente de la misma?

—Hubo dos visitantes, señor.

—¿Quiénes eran?

—El sobrino de Su Señoría, el señor Felix Sweetsir, y el Honorable Alfred Hardyman.

El señor Troy sacudió la cabeza de un modo que expresaba su irritación.

—No estoy hablando de caballeros con una buena reputación y elevada condición —dijo—. Es absurdo mencionar a los señores Sweetsir y Hardyman. Me refiero a desconocidos que pudieran haber tenido acceso al salón; gente que, por ejemplo, hubiera sido llamada por Su Señoría para asunto de donativos; o alguien que hubiese traído ropa o adornos para que los viese Su Señoría.

—No que yo sepa, no había nadie así en la casa —respondió Moody.

El señor Troy interrumpió la investigación y dio un apresurado paseo por la sala. La teoría en que basaba sus preguntas no conseguía producir ningún tipo de resultado. Su experiencia le advertía que no malgastase más tiempo en ello, y que volviera al punto de partida, en otras palabras, a la carta. Cambiando de punto de vista, se dirigió de nuevo a Su Señoría y lanzó sus preguntas en una nueva dirección.

—El señor Moody acaba de mencionar —dijo— que Su Señoría fue llamada para ir a la habitación contigua antes de poder sellar la carta. ¿La selló cuando volvió?

—Me preocupaba el perro —respondió Lady Lydiard—. Envié a Isabel Miller, que no era de utilidad en el tocador, para que la sellara por mí.

El señor Troy la miró fijamente. La nueva dirección por la que encauzaba sus preguntas parecía estar dando algunos frutos.

—La señorita Isabel Miller —prosiguió— creo que está bajo el techo de Su

Señoría desde hace poco tiempo, ¿verdad?

—Desde hace unos dos años, señor Troy.

—¿Es la compañera y lectora de Su Señoría?

—Es mi hija adoptiva —respondió Su Señoría con marcado énfasis.

La sabiduría del señor Troy interpretó correctamente el énfasis como una advertencia para que suspendiera el examen de Su Señoría, y éste prefirió dirigirse a Moody para hacer preguntas más serias.

—¿Estuvo en poder de alguien más la carta antes de que saliera de casa con ella? —le preguntó al administrador—. ¿O la cogió usted mismo?

—La tomé yo mismo de la mesa.

El abogado hizo una resignada reverencia y avanzó hacia la puerta.

—¿Estaba sellada?

—Sí.

—¿Había alguien presente cuando lo hizo?

—La señorita Isabel.

—¿La encontró sola en la habitación?

—Sí, señor.

Su Señoría abrió la boca para decir algo, pero no lo hizo. El señor Troy, tras aclarar el camino, hizo la fatal pregunta:

—Señor Moody —dijo—, cuando la señorita Isabel recibió instrucciones para sellar la carta, ¿sabía que en ella había una orden de pago?

En vez de replicar, Robert se volvió al abogado para mirarle con ojos de terror. Lady Lydiard se puso en pie, y se calló nuevamente, otra vez a punto de hablar.

—Respóndale, Moody —dijo milady, luchando ferozmente consigo misma.

Robert contestó de muy mala gana.

—Me tomé la libertad de recordarle a Su Señoría que había dejado la carta sin sellar —dijo—. Y me excuse por decir que... —se detuvo y se corrigió—. Creo que mencioné que en el sobre había algo valioso.

—¿Lo cree? —repitió el señor Troy—. ¿No puede ser más concreto sobre ese particular?

—Yo puedo ser más concreta —dijo Lady Lydiard, con los ojos fijos en el abogado—. Moody mencionó lo que contenía la carta e Isabel Miller lo oyó tan claramente como yo. —Se detuvo, intentando controlarse—. ¿Y qué, señor Troy? —preguntó firme y tranquilamente.

Por su parte, el señor Troy respondió también firme y tranquilamente.

—Me sorprende que Su Señoría haga esa pregunta —dijo—. Insisto en repetirla —replicó Lady Lydiard—. Digo que Isabel Miller sabía lo que contenía la carta, y vuelvo a preguntar, ¿y qué, señor Troy?

—Y yo respondo —prosiguió el impenetrable abogado—, que la sospecha de

robo recae en la hija adoptiva de Su Señoría, y en nadie más.

—¡Eso es falso! —gritó Robert Moody con un estallido de honesta indignación—. ¡Cuánto me gustaría no haber dicho nada del robo de la orden de pago! ¡Oh, milady! ¡Milady! ¡No se entristezca! ¿Qué sabe él de todo esto?

—¡Chitón! —dijo Lady Lydiard—. Contrólese y escuche lo que tengo que decir. —Puso una mano en el hombro de Moody, en parte para darle ánimos y en parte para apoyarse; clavando la mirada en los ojos del señor Troy, repitió sus últimas palabras —: «*la sospecha de robo recae en mi hija adoptiva, y en nadie más*». ¿Por qué en nadie más?

—¿Está dispuesta Su Señoría a acusar de malversación al Rector de Santa Ana, o a decir que alguno de sus familiares e iguales es un ladrón? —preguntó el señor Troy—. ¿No hay ni una sombra de duda sobre los sirvientes? No si creemos en la evidencia del señor Moody. ¿Quién, por todo lo que sabemos, tuvo acceso a la carta mientras estaba ésta sin cerrar? ¿Quién estuvo a solas con la carta? ¿Y quién sabía lo que encerraba? Dejo la respuesta en manos de Su Señoría.

—Isabel Miller es incapaz de robar nada. ¡Ésa es mi respuesta, señor Troy!

El abogado hizo una resignada reverencia y avanzó hacia la puerta.

—¿Debo tomar esta generosa aseveración de Su Señoría como la última disposición acerca de la orden de pago perdida? —preguntó.

Lady Lydiard aceptó el desafío sin amilanarse.

—¡No! —dijo—. La pérdida de la orden de pago es conocida fuera de mi casa. Podría haber otras personas que sospechasen de la joven lo mismo que ha hecho usted. Es un deber hacia la reputación de Isabel, ¡su intachable reputación, señor Troy!, que sepa lo que ha pasado y que tenga una oportunidad de defenderse. Está en la habitación de al lado, Moody. Tráigala aquí.

El valor de Robert desfalleció: temblaba ante la idea de plantear a Isabel la terrible ordalía que le esperaba.

—¡Oh, milady! —imploró—. Piénselo otra vez antes de decirle a la pobre chica que es sospechosa de robo. Manténgalo como un secreto ante ella. La vergüenza le partirá el corazón.

—¿Guardarlo como un secreto —dijo Lady Lydiard— cuando el Rector y su esposa lo saben? ¿Piensa que ellos dejarán las cosas como están y que me consentirán ocultarlo? Debo escribirles; y no puedo escribirles anónimamente después de lo que ha pasado. Póngase en el puesto de Isabel y dígame si agradecería que las personas que la creen inocente la dejarán en una posición sospechosa, y gravemente comprometida. ¡Vamos, Moody! Cuanto más tarde, peor será.

Con la cabeza hundida en el pecho, con la angustia escrita en cada línea de su rostro, Moody obedeció. Atravesó lentamente el corto pasillo que conectaba las dos habitaciones, y todavía amilanado por el penoso deber que le habían impuesto, se

detuvo y miró a través de las cortinas que se cernían en la entrada del tocador.

Capítulo VII

Lo que vio Moody le retorció el corazón.

Isabel y el perro estaban jugando juntos. Entre las muchas habilidades de *Tommie*, jugar al escondite era una de sus preferidas. Su compañero de juego le ponía un chal o un pañuelo envuelto alrededor de la cabeza, para impedirle ver, y luego escondía entre los muebles un monedero, o una caja de cigarros, o una bolsa, o cualquier otra cosa que estuviera a mano, dejando que el perro lo encontrase empleando su fino olfato. Doblemente aliviado por la cura y por la sangría, la mente de *Tommie* parecía haber renacido; el juego con Isabel acababa de empezar cuando Moody miró en la habitación, encargado de transmitir su terrible mensaje.

—¡Te quemas, *Tommie*! ¡Te quemas! —gritaba la chica, aplaudiendo y riendo. En cuanto echó una mirada a su alrededor, su mirada tropezó con Moody, que se encontraba entre las abiertas cortinas. Su rostro la advirtió inmediatamente de que pasaba algo serio. Avanzó unos pocos pasos, con los ojos fijos en él en silenciosa alarma. El propio Moody estaba tan dolido que no podía hablar. En la habitación contigua, ni el señor Troy ni Lady Lydiard pronunciaron palabra. En el completo silencio que se instaló en la estancia, se podía oír al perro olisqueando y arañando alrededor de los muebles.

Robert tomó a Isabel de la mano y la condujo al salón.

—¡Por amor de Dios, milady, dígaselo! —susurró Moody.

El abogado le oyó.

—¡No! —dijo el señor Troy—. ¡Sea piadoso y dígle la verdad!

Le hablaba a una mujer que no necesitaba su opinión. La inherente nobleza de la naturaleza de Lady Lydiard se sublevó: su gran corazón se ofreció pacientemente a cualquier sufrimiento, a cualquier sacrificio.

Tomando a Isabel con el brazo —medio acariciándola, medio sujetándola—, Lady Lydiard aceptó la total responsabilidad y contó toda la verdad.

Vacilando tras la primera impresión, la pobre chica se recobró con admirable coraje. Levantó la cabeza y miró al abogado sin pronunciar una sola palabra. Con aquel inconsciente aspecto de inocencia su apariencia no puede describirse con una palabra que no sea sublime. Dirigiéndose al señor Troy Lady Lydiard señaló a Isabel:

—¿Ve alguna culpabilidad en ella? —preguntó.

El señor Troy no respondió. En la melancólica experiencia de la humanidad a que su profesión le condenaba, había sido ya testigo de que la culpabilidad asoma al rostro del inocente, y que el inocente sin ayuda admite el enmascaramiento de la

culpabilidad: la observación más atinada, en ese caso, no es capaz nunca de detectar la verdad. Lady Lydiard interpretó erróneamente el silencio como la hosca afirmación de un hombre sin corazón. Se apartó de él, con aire desdeñoso, tendiendo la mano hacia Isabel.

—El señor Troy todavía no está satisfecho —dijo amargamente—. Amor mío, dame la mano y mírame a la cara como si fuéramos iguales; sé que en casos como éste no cuentan las diferencias de rango. Ante Dios, que nos escucha, dime si eres inocente de haber robado la orden de pago.

—Ante Dios que me escucha —respondió Isabel—, soy inocente.

Lady Lydiard miró al abogado una vez y esperó a ver *lo que* él creía.

El señor Troy buscó refugio en una muda diplomacia e hizo una breve reverencia. Puede que quisiera decir que creía a Isabel, o quizá indicaba que su modestia le impedía dar su sincera opinión. Lady Lydiard no condescendió a preguntárselo.

—Cuanto antes acabemos con esta penosa escena, mejor será —dijo Su Señoría—. Me alegra contar con su apoyo profesional, señor Troy, dentro de ciertos límites. Fuera de mi casa, sé que no reparará en menudencias para buscar el dinero perdido y a la persona que realmente lo robó. Dentro de mi casa, tengo que rogarle encarecidamente que no lo vuelva a mencionar hasta que, sea como sea, dé con el verdadero ladrón. Mientras tanto, la señora Tollmidge y su familia no deben sufrir la pérdida: pagaré nuevamente el dinero. —Se detuvo y apretó a Isabel con afectuoso fervor—. Hija mía —dijo—, una última cosa y habré acabado. Quédate aquí, con mi confianza en ti, con mi amor por ti, totalmente intactos. Eres más querida para mí ahora que nunca. ¡Nunca lo olvides!

Isabel inclinó la cabeza y besó con ternura la mano que aún la sujetaba. La bondad que había en ella, inspirada por el ejemplo de Lady Lydiard, le hizo superar la dolorosa situación en que se encontraba.

—No, milady —dijo tranquila y tristemente—. No puede ser. Lo que ha dicho este caballero no puede negarse. Las apariencias están en mi contra. La carta estaba abierta, y me quedé sola con ella en la habitación, y el señor Moody dijo que tenía un valioso contenido. ¡Querida y amable milady! No puedo seguir a su servicio, no soy digna de vivir entre gente honesta, mientras mi inocencia esté en tela de juicio. Para mí es suficiente que *usted* no dude de mí. Puedo esperar pacientemente a que llegue el día en que se limpie de nuevo mi buen nombre. ¡Oh, milady, no llore por eso! ¡Por favor, no llore!

El autocontrol de Lady Lydiard falló por vez primera. El valor de Isabel la hacía quererla más que nunca. Se derrumbó en una silla y se tapó el rostro con un pañuelo.

El señor Troy se dio la vuelta abruptamente y empezó a examinar un jarrón japonés, sin que tuviera ni idea de lo que estaba mirando. Lady Lydiard lo había juzgado equivocadamente al creer que era un hombre sin corazón.

Isabel siguió al abogado y le tocó gentilmente en el brazo para llamar su atención.

—Tengo un pariente, señor, una tía, que me acogerá si se lo pido —dijo simplemente—. ¿Hay algún problema en que vaya con ella? Lady Lydiard le dará mi dirección si lo necesita. Evite a Su Señoría, señor, todos los problemas y disgustos que pueda.

Al fin se impuso el corazón que había en el señor Troy.

—¡Es usted una criatura excelente! —dijo, súbitamente entusiasmado—. Reconozco con Su Señoría que yo también creo en su inocencia; y no ahorraré esfuerzos para llegar al fondo de todo esto. —Se volvió nuevamente y se puso a mirar otra vez el jarrón japonés.

Al tiempo que el abogado se sumía en sus observaciones, Moody se acercó a Isabel.

Hasta entonces se había mantenido aparte, observando... y escuchando en silencio. Ni una mirada había buscado la cara de la joven, ni le había dirigido una palabra. Inconscientemente por parte de ambos, Isabel forjaba la naturaleza de Robert con una purificada y ennoblecida influencia que animaba una nueva vida. Todo lo que había habido de egoísta y violento en su pasión por ella no volvería a repetirse. La inmensurable devoción que demostraría en los días que habían de seguir, el inflexible valor con que aceptaría Robert su propio sacrificio cuando los sucesos se lo exigiesen en un posterior período de su vida, arraigaron en él. Sin intentar contener las lágrimas que le corrían por las mejillas —esforzándose en vano por expresar aquellos pensamientos que estaban más allá del poder de las palabras— se presentó ante ella como el más fiel y servicial amigo que cualquier mujer pudiera desear.

—¡Oh, querida! ¡Mi corazón es suyo! Deje que la sirva y ayude. La amabilidad de Su Señoría lo permitirá, estoy seguro.

No pudo decir nada más. Con aquellas sencillas palabras, lanzaba el grito de su corazón hasta Isabel.

—Perdóneme, Robert —respondió Isabel, agradecida—, si dije algo que le pudiera herir cuando hablamos hace un rato. No sabía lo que decía. —Le tomó de la mano y miró tímidamente por encima del hombro hacia Lady Lydiard—. ¡Suélteme! —dijo con una voz baja y rota—. ¡Suélteme!

El señor Troy la escuchó, y se adelantó antes de que Lady Lydiard pudiera hablar. El hombre recobró el control y el abogado volvió a ocupar el puesto que le correspondía en la escena.

—No debe dejarnos, querida —le dijo a Isabel—, hasta que le haya hecho al señor Moody una pregunta concerniente a usted. ¿Tiene usted el número de la orden de pago perdida? —preguntó, volviéndose al administrador.

Moody mostró un trozo de papel con el número. El señor Troy hizo dos copias antes de devolvérselo. Una copia se la metió al bolsillo; la otra se la pasó a Isabel.

—Guárdela cuidadosamente —dijo—. Ni usted ni yo sabemos cuándo tendremos que emplearla.

Tomando la copia, buscó mecánicamente en el mandil su propio monedero. Lo había usado, para jugar con el perro, como un objeto para esconder; pero había sufrido tanto, y todavía sufría, que era incapaz de hacer el esfuerzo de recordarlo. Moody estaba ansioso por ayudarla aun en las cosas más insignificantes y adivinó lo que había pasado.

—Estaba jugando con *Tommie* —dijo— en la habitación de al lado.

El perro oyó que pronunciaban su nombre a través de la puerta abierta. Un momento más tarde, trotaba por el salón con el monedero de Isabel en la boca. Era un Scotch terrier fuerte, bien crecido, de buen tamaño, con ojos brillantes e inteligentes y una capa de pelo blanco y rizado bastante espesa, diversificada con dos ligeras manchas de color marrón en la espalda. Al llegar al centro de la sala, y al mirar uno por uno a todos los presentes, la fina simpatía de su raza le dijo que había problemas entre sus amigos humanos. Dejó caer el rabo; gimoteó suavemente al aproximarse a Isabel, y soltó el bolsillo a sus pies.

Isabel se arrodilló para recoger el monedero y levantó a su compañero de días más felices para despedirse de él. Al tiempo que el perro ponía las patas en los hombros de la muchacha, devolviendo las caricias, la primera lágrima se le escapó.

—Loca de mí —dijo desmayadamente—. Llorar por un perro. No puedo ayudarlo. ¡Adiós, *Tommie*!

Dejándole suavemente, avanzó hacia la puerta. El perro la siguió instantáneamente. Lo apartó de ella por segunda vez y lo dejó. No tenían derecho a rechazarle; la siguió nuevamente y empezó a tirarle de un trozo del vestido, como si quisiera hacerla volver. Robert obligó al perro, que se revolvió resistiendo con todas sus fuerzas, a que soltara.

—No se enfade con él —dijo Isabel—. Póngalo en el regazo de Su Señoría; se quedará quieto. —Robert obedeció. Le susurró algo a Su Señoría al tiempo que le entregaba el perro: la dama parecía incapaz de hablar y se limitó a asentir con la cabeza en un ausente silencio. Robert se apresuró a volver junto a Isabel antes de que ésta atravesase la puerta.

—¡Sola no! —dijo enérgicamente—. Si Su Señoría lo permite, yo mismo la acompañaré a casa de su tía para velar por su seguridad.

Isabel lo miró, lo sintió por él, y accedió.

—Sí —respondió en voz baja—, para reparar lo que le dije cuando estaba tranquila y feliz. —Esperó un poco a tranquilizarse antes de despedirse de Lady Lydiard—. Adiós, milady. Su amabilidad no ha sido malgastada con una chica desagradecida. La quiero y se lo agradezco con todo mi corazón.

Lady Lydiard se levantó, dejando al perro en la silla. Parecía haber envejecido

más que unos pocos minutos en el corto intervalo transcurrido en que había tenido oculto el rostro.

—¡No puedo permitirlo! —gritó con la voz ronca y desgarrada—. ¡Isabel! ¡Isabel! ¡Te prohíbo que me abandones!

Uno de los presentes se aventuró a resistirse a ella. Aquella persona fue el señor Troy, y el señor Troy sabía hacerlo.

—Contrólese —le dijo con un susurro—. La chica hace lo más oportuno en su actual posición, y lo hace con una paciencia y un valor dignos de verse. Se pone por sí sola bajo la protección de su pariente más próximo hasta que se haya reivindicado que su puesto en esta casa está más allá de toda duda. ¿Es momento de poner obstáculos en su camino? Por duro que le resulte, Lady Lydiard, ¡piense en el día en que volverá libre de toda sospecha!

No se podía discutir ante aquellos argumentos... todo era correcto y claro. Lady Lydiard se rindió; ocultó la tortura que su propia determinación le infligía con la resistencia, que, a pesar de todo, era la peor parte de su carácter. Tomando a Isabel en sus brazos, la besó con pasión de tristeza y amor.

—¡Pobrecilla! ¡Mi dulce niña! Te veré. Una y otra vez iré a verte a casa de tu tía.

Ante una señal del señor Troy, Moody tomó a Isabel del brazo y la condujo afuera. *Tommy*, observando desde la silla, levantó el pequeño hocico blanco cuando su compañera se volvió al atravesar el umbral. El largo y melancólico aullido del perro fue el último sonido que escuchó Isabel Miller antes de dejar la casa.

SEGUNDA PARTE

EL DESCUBRIMIENTO

Capítulo VIII

El día después de que Isabel dejase la casa de Lady Lydiard, el señor Troy se adelantó para ir a la Oficialía de Whitehall para consultar a la policía sobre la cuestión de la desaparición del dinero. Había enviado previamente información del robo al Banco de Inglaterra, y había informado, igualmente, a los diarios de la desaparición.

El aire era agradable y el sol brillaba; ambas cosas le determinaron a ir a pie. Estaba ya bastante lejos de su propia oficina cuando fue alcanzado por un amigo que también caminaba en dirección a Whitehall. Aquel caballero era persona de considerables conocimientos mundanos y gran experiencia; había estado oficialmente asociado con crímenes sorprendentes y notorios en los que el Gobierno había reclamado su asistencia para descubrir y castigar a los criminales. La opinión de una persona de su posición podría ser de gran valor para el señor Troy, cuya práctica como procurador nunca le había llevado a colisionar ni con ladrones ni con misterios. Consecuentemente, y en interés de Isabel, confiaría a su amigo la naturaleza de su asunto con la policía. Ocultando los nombres, pero sin ocultar nada más, contó cuanto había pasado el día anterior en casa de Lady Lydiard y, una vez concluyó, le preguntó claramente a su compañero:

—¿Usted qué haría en mi lugar?

—En su caso —contestó su amigo tranquilamente—, no gastaría ni tiempo ni dinero yendo a la policía.

—¡No consultar a la policía! —exclamó turbado el señor Troy—. Es posible que no le haya explicado todo claramente. Voy a la Oficialía, y llevo una carta de presentación para el inspector jefe del departamento de detectives. ¿Me olvidé de decírselo?

—Eso no hace diferentes las cosas —continuó el otro, tan fríamente como siempre—. Usted me ha pedido opinión, y yo se la doy. Haga pedazos la carta de presentación y no dé ni un paso más hacia Whitehall.

El señor Troy empezó a comprenderlo.

—¿Usted no confía en la policía? —dijo.

—¿Quién *puede* confiar en ellos? ¿Quién lee los periódicos y recuerda lo que lee? —siguió argumentando su compañero—. Afortunadamente para el departamento de detectives, el público, por lo general, olvida cuanto lee. Vaya a su club y, en los periódicos, busque una historia criminal, justo cuando se cometió. Cada crimen es, más o menos, un misterio. Verá que los misterios que la policía descubre, casi sin

excepción, son descifrables con un mínimo sentido común, a pesar de la extraordinaria estupidez que demuestran los que pretenden desentrañarlos. Por otro lado, considere que el culpable, hombre o mujer, sea una persona inteligente y resuelta, capaz de enfrentar sus propias astucias a las astucias de la policía; en otras palabras, que consiga que el misterio realmente sea un misterio, y cíteme un caso, si puede (un caso realmente difícil y complejo), en el que el criminal no haya escapado. ¡Cuidado! No digo que la policía sea negligente con su trabajo. No dudo de que lo hagan lo mejor que puedan, ni de que no se molesten en seguir la rutina para la que han sido entrenados. Su desgracia, no su defecto, es no contar entre ellos con hombres de inteligencia superior, lo que quiero decir es que ninguno es capaz, en caso de extrema emergencia, de colocarse a sí mismo por encima de los métodos convencionales y seguir un nuevo camino que sea suyo propio. Ha habido algunos hombres en la policía, hombres naturalmente dotados con la facultad del análisis mental, capacitados para resolver misterios a partir de sus piezas componentes, encontrando pistas y llegando hasta el final, sin importar lo alejado que pudiera estar todo ello de la observación tradicional. Pero esos hombres mueren, o son apartados del servicio. Uno de ellos sería el que necesita para el caso que me ha contado. Tal y como están las cosas, al menos si usted no se ha equivocado en lo concerniente a la inocencia de la joven dama, la persona que haya robado el billete no será alguien fácil de encontrar. En mi opinión, sólo hay un hombre en Londres en quien pueda encontrar usted una esperanza, y no pertenece a la policía.

—¿Quién es? —preguntó el señor Troy.

—Un viejo granuja que estuvo en mi misma rama de la profesión legal —contestó el amigo—. Puede que lo recuerde: le llamaban *Viejo Sharon*.

—¡Vaya! ¿El sinvergüenza que fue expulsado hace años del Colegio de Abogados? ¿Todavía está vivo?

—Vivo y trabajando. Vive en un patio de un callejón de mala muerte y ofrece su ayuda a cualquiera que esté interesado en recobrar objetos perdidos de cualquier clase. Si pierde usted a su mujer, o una caja de cigarrillos, el Viejo Sharon le será de la misma utilidad. Tiene una capacidad innata para resolver los acertijos del modo más acertado en los casos misteriosos, sean grandes o pequeños. Resumiendo, posee exactamente la capacidad analítica a que me refería hace un momento. Si piensa que valdría la pena acudir a él, tengo su dirección en mi oficina.

—¿Quién va a confiar en un hombre así? —objetó el señor Troy—. Posiblemente me decepcionará.

—Está usted completamente equivocado. Desde que fue expulsado del Colegio, el Viejo Sharon ha descubierto que el camino recto es el mejor camino, incluso para un hombre que sólo mira por sus intereses. Su consulta vale una guinea, y cobra una cantidad adelantada por los gastos que puedan producirse. Puedo decirle (de un modo

totalmente confidencial) que los jefes de mi compañía buscaron su ayuda en un caso gubernamental que tenía desconcertada a la policía. Nos acercamos a él, naturalmente, por mediación de personas que nos representaban, sin que éstas traicionaran las fuentes de las que procedían sus instrucciones; las opiniones del viejo tunante fueron tan buenas como para poder pagarse con dinero. Sería raro que no pasase lo mismo con su caso. Inténtelo con la policía, de todas formas; y, si fallase, entonces Sharon será su única oportunidad.

Aquel asunto satisfacía las precauciones profesionales del señor Troy. Fue a Whitehall y probó con los detectives de la policía. Optaron por la conclusión obvia para personas de capacidad ordinaria: la conclusión de que Isabel era la ladrona.

Actuando de acuerdo a aquella convicción, las autoridades enviaron a una experimentada a la oficina de la casa de Lady Lydiard para que examinara las ropas y adornos de la pobre chica antes de que los enviara a la de su tía. La búsqueda resultó infructuosa. Los únicos objetos de cierto valor que se descubrieron fueron los regalos de Lady Lydiard. Entre los papeles encontrados en el escritorio no había facturas ni de joyas ni de sombreros. Ni una señal de secreta extravagancia pudo detectarse en sus vestidos. Ampliamente vencida, la policía propuso como siguiente paso una investigación privada de Isabel. Quizá existiera, en el fondo, algún pródigo amante con la ruina pintada en el rostro hasta dar con quinientas libras. Lady Lydiard (quien sólo había accedido a las investigaciones ante los persuasivos argumentos del señor Troy) tomó aquella ingeniosa idea como un insulto. Declaró que, si la chica era seguida, Isabel lo sabría inmediatamente de sus propios labios. La policía la escuchó con perfecta resignación y decoro y, cortésmente, cambió de idea. Una cierta sospecha (anotaron) siempre recaía sobre los sirvientes en casos como aquél. ¿Objetaría Su Señoría sobre investigaciones privadas acerca de las personalidades y actividades de sus sirvientes? En los más positivos términos, Su Señoría objetó sobre ellas. Inmediatamente después, el Inspector le solicitó al señor Troy una charla privada sobre el asunto.

—El ladrón es, ciertamente, alguien que vive en casa de Lady Lydiard —observó el funcionario con su habitual tono cortés-positivo—. Si Su Señoría persiste en negarse a dejarnos seguir las pesquisas necesarias, estaremos con las manos atadas y el caso se cerrará sin que pueda achacársenos nada. Si Su Señoría cambia de opinión, escríbame unas líneas al respecto, señor. Buenos días.

De aquel modo, la consulta con la policía llegaba a un inesperado final. El único resultado obtenido había sido la expresión de ciega opinión demostrada por las autoridades del Departamento de Policía, que señalaba por Isabel, o a uno cualquiera de los sirvientes, como el ladrón sin identificar. Pensando en la cuestión en la soledad de su propia oficina —y sin olvidar la promesa hecha por Isabel de no dejar de intentar demostrar su inocencia por todos los medios—, el señor Troy vio que sólo le

quedaba una alternativa. Tomó la pluma y escribió a su amigo del Departamento Gubernamental. No podía hacer otra cosa que correr el riesgo y probar con el Viejo Sharon.

Capítulo IX

Al día siguiente, el señor Troy (llevando a Robert Moody como testigo cualificado) tocó la campanilla de la ruin y sucia casa de huéspedes en la que el Viejo Sharon recibía a los clientes que necesitaban su consejo.

Subieron las escaleras hasta un trastero situado en la segunda planta de la casa. Al entrar en la habitación descubrieron, a través de una espesa nube de humo de tabaco, a un bajo, gordo, calvo y sucio anciano en un sillón de orejas, ataviado con una andrajosa bata de franela, una corta pipa en la boca, un doguillo en el regazo y una novela francesa en las manos.

—¿Se trata de negocios? —preguntó el Viejo Sharon hablando con áspera y asmática voz y clavando atentamente un par de brillantes, desvergonzados y negros ojos en sus dos visitantes.

—Se *trata* de negocios —respondió el señor Troy, observando al viejo taimado que había deshonrado una honorable profesión como si estudiase a un reptil al que hubiera pillado reptando a sus pies—. ¿Cuál es la tarifa para una consulta?

—Usted me da una guinea y yo le doy a cambio media hora. —Con aquella respuesta, el Viejo Sharon extendió una mano sin lavar sobre la mesa, coja y manchada de tinta, a la que se hallaba sentado.

El señor Troy no se la habría tocado ni con la yema de los dedos por mil libras. Dejó la guinea sobre la mesa.

El Viejo Sharon estalló en una sonora carcajada, una carcajada extrañamente acompañada por una amenazadora contracción de las cejas y una terrible exhibición de la totalidad del interior de su boca.

—No estoy lo bastante limpio para usted, ¿eh? —dijo, aparentemente divirtiéndose mucho—. Un viejo al que se describe en este libro es un poco como yo. —Tomó la novela francesa—. ¿La ha leído? Es una gran historia, de las que hay pocas. ¡Oh, no la ha leído! Disfrutaría con ella. Una cosa: ¿les molesta el humo del tabaco? Pienso más deprisa si fumo, sólo lo digo por eso.

La respetable mano del señor Troy le concedió al humo un silencioso permiso, oculto bajo un movimiento de digna protesta.

—Muy bien —dijo el Viejo Sharon—. Adelante.

Se recostó en el respaldo del sillón y expulsó el humo, con los ojos perezosamente medio cerrados, como los ojos del pequeño dogo del regazo. En aquel momento, efectivamente, había entre los dos una curiosa semejanza. Ambos parecían prepararse, del mismo modo ocioso, para una confortable y conjunta siesta.

El señor Troy narró las circunstancias bajo las que había desaparecido la orden de pago de las quinientas libras, con una clara y concisa narración. Cuando lo hubo hecho, el Viejo Sharon, súbitamente, abrió los ojos. El dogo, súbitamente, abrió los ojos. El Viejo Sharon miró duramente al señor Troy. El dogo miró duramente al señor Troy. El Viejo Sharon habló. El dogo gruñó.

—Sé quién es usted. Usted es un abogado. ¡No se alarme! Nunca lo he visto antes; no sé su nombre. Lo he sabido porque su forma de contarle ha sido la misma que la de un abogado al plantear un caso. ¿Quién es? —El viejo Sharon miró inquisitivamente a Moody mientras formulaba la pregunta.

El señor Troy presentó a Moody como un competente testigo, perfectamente familiarizado con las circunstancias, que contestaría de buen grado a cualquiera de las preguntas que se hicieran sobre ellas. El Viejo Sharon esperó un poco, fumando y pensando rápidamente.

—¡Muy bien! —exclamó con la hostilidad que le era habitual y un súbito tono acalorado—. Llegaré al meollo de todo esto.

Apoyando los codos en la mesa, se echó hacia delante y empezó a examinar a Moody. Por mucho que el señor Troy despreciara y se sintiera disgustado por el viejo sinvergüenza, escuchó con sorpresa y admiración, llevado literalmente por la fuerza de la maravillosa habilidad con que la que las preguntas se adaptaban para llegar a un objetivo. En un cuarto de hora, el Viejo Sharon había sacado del testigo todo, literalmente todo hasta el menor detalle, lo que Moody podía contar. Habiendo llegado, según sus propias palabras, «*hasta el meollo de todo esto*», recogió la pipa con un gruñido de satisfacción y volvió a apoyarse en el respaldo del viejo sillón.

—Bien —dijo el señor Troy—. ¿Se ha formado usted ya una opinión?

—Sí; me he formado una opinión.

—¿Cuál es?

En vez de responder, el Viejo Sharon le hizo un guiño confidencia al señor Troy y le devolvió la pregunta.

—Dígame, ¿un cheque de diez libras es mucho para usted?

—Eso depende —respondió el señor Troy— de para lo que sea el dinero.

—Mire —dijo el Viejo Sharon—, puedo darle mi opinión de una guinea, pero, entiéndalo, es una opinión basada en rumores y, usted, como abogado, sabe lo que vale eso. Arriesgue diez libras —que en inglés llano quiere decir que me pague por mi tiempo y los problemas que origina un caso difícil y complicado— y le daré una opinión basada en mi propia experiencia.

—Explíquese un poco más claramente —dijo el señor Troy—. ¿Qué garantiza contarnos si le damos esas diez libras?

—Garantizo el nombre de la persona o personas en las que realmente recae la sospecha. Y, si siguen contratándome después de eso, garantizo (antes de que paguen

medio penique más) que demostraré que digo la verdad echando mano al ladrón.

—Denos primero la opinión de una guinea —dijo el señor Troy.

El Viejo Sharon hizo antes otra terrible exhibición del interior completo de su boca; su risa fue más grave y feroz que nunca.

—¡Le satisfaré —le dijo al señor Troy—, ya que está tan terriblemente atado a su dinero! ¡Señor, debe de ser usted muy rico! Ahora, escuche. Aquí está mi opinión de una guinea: Sospecho, en este caso, de la última persona de la que se podría sospechar.

Moody, escuchando atentamente, se sobresaltó y cambió de color con las últimas palabras. El señor Troy pareció completamente desconcertado, y no pareció intentar ocultarlo.

—¿Es eso todo?

—¿Todo? —replicó el cínico vagabundo—. ¡Usted es un buen abogado! Por cuanto sé, ignoro si el testigo que me ha traído me ha inducido al error o no. ¿Acaso he hablado con la chica para poder forjarme mi propia opinión? ¡No! ¿He sido quizá presentado a los sirvientes (como recadero o para limpiar las botas o los zapatos, o cualquier otra cosa) para que pueda *juzgarles* por mí mismo? ¡No! He tomado sus opiniones por verdaderas y he actuado como si fueran *mis* propias opiniones, ¡y eso es lo que vale una guinea, la endiablada guinea de un ricacho como usted!

A pesar de sus prejuicios, la lógica del Viejo Sharon produjo cierto efecto en el señor Troy. Desde su punto de vista, estaba astutamente elaborada. Era innegable.

—En caso de que accediera a su propuesta —dijo—, no me gustaría que importunase a la joven dama con preguntas impertinentes, ni que se portase como un espía en una casa respetable.

El Viejo Sharon cerró los sucios puños y tamborileó en la coja mesa con un gesto de fingida impaciencia mientras hablaba el señor Troy.

—¿Qué demonios sabe usted sobre el modo en que llevo mis negocios? —rezongó cuando el abogado hubo concluido—. Uno de nosotros dos está hablando como si fuera idiota de nacimiento, y... (compréndalo), no es ése mi caso. ¡Mire! Su joven dama sale a dar un paseo y se encuentra con un sucio y andrajoso mendigo... parezco un sucio y andrajoso mendigo, ¿verdad? Muy bien. El viejo andrajoso es un desgraciado que se queja y se lamenta y que cuenta su larga historia, y le pide seis peniques a la joven —conociéndola entretanto por dentro y por fuera, tanto como necesita—, y, ¡ojo!, sin hacer ni una sola pregunta, y, en vez de molestarla, la hace feliz por permitirle hacer una obra de caridad. ¡Un momento! No he acabado con esto todavía. ¿Quién le limpia las botas y los zapatos? ¡Mire aquí! —Empujó al perro del regazo, buceó bajo la mesa y apareció acto seguido con una vieja bota y un frasco de betún, poniéndose a frotar activamente—. A veces salgo a dar un paseo, ¿sabe?, y me gusta ponerme elegante. —Con aquella proclama, se puso a cantar mientras seguía

con su trabajo; era una canción sentimental, muy popular en la Inglaterra de primeros de siglo—. Ella es toda mi ilusión, maravillosa, divina; pero su corazón es de otro, ¡y nunca será mía! ¡Tu ru ru ru! Me gustan las canciones de amor. ¡Frota! Frotar hasta que se refleje la cara en el betún. ¡Eh! ¡Un simpático, inofensivo y alegre viejecillo! Canta y bromea mientras trabaja. ¿Qué está diciendo? Es un desconocido y no habla con él libremente. Se avergüenza de tener que hablar de ese modo con un pobre hombre que tiene un pie en el cementerio. Señorita, dele algo de comer en la trascocina y John Footman le devolverá el favor. Y, cuando haya oído todo lo que quería oír, y no vuelva al día siguiente al trabajo... ¿qué se pensará de él en las habitaciones de los sirvientes? Dirán, ¿hemos tenido un espía entre nosotros? ¡No, usted lo sabe muy bien! El viejecillo habrá vuelto a la calle, o habrá sufrido un nuevo ataque de fiebre, o habrá dado con sus zapatos en el cementerio de la parroquia... ¡Eso es lo que dirán en las habitaciones de los sirvientes! Póngame a prueba en la cocina y mire a ver si los lacayos me toman por un espía. ¡Vamos, vamos, señor Abogado! ¡Saque las diez libras y no malgaste más tiempo con todo esto!

—Lo consideraré y se lo haré saber —dijo el señor Troy.

El Viejo Sharon rió más fuerte que nunca y cojeó alrededor de la mesa a toda prisa hasta el lugar donde estaba sentado Moody. Dejó caer una mano sobre el hombro del administrador y señaló con la otra, burlonamente, al señor Troy.

—¡Insisto, señor Silencioso! ¡Apueste cinco libras y no volveré a ver de nuevo a ese abogado!

En el atento silencio de toda la entrevista (excepto cuando había tenido que contestar a las preguntas), Moody sólo contestó con las menos palabras posibles.

—No apuesto —fue todo lo que dijo. No parecía lamentar las familiaridades de Sharon, ni parecía encontrar divertido el extraordinario parlamento. ¡El viejo vagabundo, por el contrario, parecía impresionarlo enormemente! Cuando el señor Troy hizo ademán de levantarse para irse, siguió sentado, mirando al abogado, como si lamentase dejar la atmósfera llena de humo de la sucia habitación.

—¿Tiene algo que decirnos antes de que nos vayamos? —preguntó el señor Troy.

Moody se levantó lentamente, y miró al Viejo Sharon.

—Nada más, señor —replicó, apartando la mirada nuevamente tras un instante de reflexión.

El Viejo Sharon interpretó la mirada de Moody y la respuesta de Moody desde su peculiar punto de vista. Súbitamente, se llevó al administrador a un rincón de la habitación.

—¡Conteste! —empezó diciendo en un susurro—. Deme su palabra de honor... ¿Es usted tan rico como ese abogado?

—Ciertamente no.

—¡Mire! Para un hombre pobre, el precio es la mitad. Si se decide a pagarlo por

su cuenta, el precio será cinco libras. ¡Eso es! ¡Eso es! ¡Piénselo... piénselo!

—¿Vamos? —dijo el señor Troy, esperando a su compañero con la mano en el pomo de la puerta. Volvió a mirar a Sharon cuando Moody llegó junto a él. El viejo vagabundo había vuelto a sentarse en el sillón, con el perro en el regazo, la pipa en la boca y la novela francesa en las manos; mostraba exactamente la misma imagen de descuidado confort que había presentado a sus visitantes cuando éstos entraron por primera vez en la habitación.

—Buenos días —dijo el señor Troy con altanera condescendencia.

—¡No me interrumpen! —replicó el Viejo Sharon, absorto en la novela—. ¡Ya tiene su opinión de una guinea! ¡Señor! ¡Es un libro excelente! ¡No me interrumpen!

—¡Maldito canalla! —dijo el señor Troy cuando estuvo con Moody en la calle—. ¿Qué pretendía mi amigo cuando me lo recomendó? ¡Ha sido divertido cuando me ha dicho que le diera diez libras! ¡Incluso considero que he tirado una guinea!

—Le ruego me perdone, señor —dijo Moody—. No puedo estar de acuerdo con usted en eso.

—¿Cómo? ¿No se habrá creído su visionaria sentencia? «*Sospecho de la última persona de la que se podría sospechar*». ¡Basura!

—No he querido decir eso, señor. Sólo que me ha dejado pensando.

—¿Pensando en qué? ¿Sospecha quién es el ladrón?

—Discúlpeme, señor Troy, pero me gustaría esperar un poco antes de contestar a eso.

El señor Troy se detuvo súbitamente y miró a su compañero ligeramente confundido.

—No hay nada que no hiciese ni intentase para ayudar a la señorita Isabel en este asunto —respondió Moody firmemente—. He ahorrado unos pocos cientos de libras mientras he estado al servicio de Lady Lydiard y estoy dispuesto a gastarlas si con ello puedo descubrir al ladrón.

El señor Troy echó de nuevo a andar.

—La señorita Isabel parece contar con un amigo en su persona —dijo. Se sentía (quizá inconscientemente) un poco ofendido por el tono de independencia de las palabras del administrador, sobre todo después de haber tomado en sus manos la reivindicación de la inocencia de la joven.

—¡La señorita Isabel tiene en mí a un devoto sirviente y esclavo! —contestó Moody con apasionado entusiasmo.

—Muy elogioso; no puedo objetar nada —replicó el señor Troy—. Pero no olvide que la joven cuenta además con otros devotos amigos. Yo soy su devoto amigo. He prometido servirla, y pienso mantener mi palabra. Me perdonará si añado mi experiencia y discreción a su entusiasmo. Sé que todo el mundo se cuida bastante de confiar en extraños. No haría mal, señor Moody, en seguir mi ejemplo.

Moody aceptó la censura con paciencia y resignación.

—Si tiene algo que proponer, señor, que sea para el bien de Isabel —dijo—. Me alegraría ayudarlo con mi humilde capacidad.

—¿Y si no fuera así? —preguntó el señor Troy, consciente de no tener nada que proponer al tiempo que hacía la pregunta.

—En ese caso, señor, seguiré mi propio camino, y no culparé a nadie sino a mí mismo si me extravió.

El señor Troy no dijo nada más; se separó de Moody en la siguiente esquina.

Siguió pensando en el asunto y decidió que, en la primera oportunidad, iría a visitar a Isabel a casa de su tía para avisarla de que, en su futuro trato con Moody, no confiara en exceso en la discreción del administrador. *No tengo dudas, pensó el abogado, de lo que va a hacer ahora. ¡El loco insensato se ha ido a ver al Viejo Sharon!*

Capítulo X

Volviendo a su oficina, el señor Troy descubrió, entre su correo, una carta de la persona cuya salvaguardia era todavía la mayor preocupación de su mente. Isabel Miller le escribía en los siguientes términos:

Muy señor mío:

Mi tía, la señorita Pink, está muy deseosa de consultarle profesionalmente lo antes posible. Ya que Morden se halla a poco más de media hora de viaje en tren desde Londres, la señorita Pink no presupone que vaya usted a visitarla, pues es conocedora del valor de su tiempo. ¿Podría usted indicarme, como mejor le parezca, cuál sería el momento más conveniente para recibir a mi tía en su oficina de Londres? Respetuosamente suya,

Isabel Miller.

P.S. He recibido noticias posteriores de que el asunto a tratar es el lamentable suceso de casa de Lady Lydiard.

El Césped. South Morden. Jueves.

El señor Troy sonrió mientras leía la carta. *Demasiado formal para una joven*, se dijo para su fuero interno. *Cada palabra debe haber sido dictada por la señorita Pink*. No tardó en decidir lo que hacer. Tenía la urgente necesidad de avisar a Isabel, y allí estaba su oportunidad. Mandó llamar al jefe de pasantes y comprobó sus compromisos del día. No había nada en la agenda que no pudiera llevar el pasante tan bien como él mismo. El señor Troy consultó la guía de trenes, llamó un taxi y tomó el primer tren hacia South Morden.

South Morden era entonces (y aún lo es) una de esas poblaciones de agricultura primitiva, sobre las que no ha pasado el progreso moderno y que todavía pueden encontrarse en los alrededores de Londres. Sólo los trenes más lentos se detienen en su estación; hay allí tan poco que hacer que el jefe de estación y el mozo de maletas cultivan flores en el apeadero y amaestran loros en las ventanas de la sala de espera. Dando la espalda al ferrocarril, y caminando a lo largo de la calle principal de South Morden, uno se encuentra en la vieja Inglaterra de hace dos siglos. Granjas con

aguilones, con las contraventanas bien cerradas, y con mojones; cerdos y gallinería en silenciosa posesión de la calzada; la venerable iglesia rodeada por el sombreado cementerio; la tienda de ultramarinos en la que se vende de todo, y la carnicería donde no se vende de nada; los escasos habitantes que disfrutaban viendo a un forastero y los niños sin lavar que son como retratos de sucia salud; el tañido del candilón de la cadena de hierro del pozo público, y el golpeteo de los bolos al caer en la parte trasera de la alcaldía; el abrevadero que hay en un pequeño descampado, y el viejo olmo con un asiento circular de madera frente a él... éstos son algunos de los objetos que se ven, y de los ruidos que se oyen, cuando uno cruza South Morden de un lado a otro.

A cosa de media milla más allá de la última de las granjas, vuelve uno a encontrarse con la moderna Inglaterra bajo la forma de una hilera de pequeñas villas, construidas por un aventurado contratista londinense que compró los terrenos como una ganga. Cada villa está rodeada por un pequeño jardín, y más allá se ve un pedregoso sendero que se pierde entre las praderas y bosquecillos que se extienden en las lejanas colinas. Cada villa se alza frente a uno en el brillo del sol, con el antipático resplandor de sus nuevos ladrillos rojos, llamando la atención del paseante con sus nombres sin sentido pintados con brillante pintura en las maderas de los portales. Consultando los postes mientras avanzaba, el señor Troy llegó, dado el momento, a la villa llamada *El Césped*, cuyo nombre derivaba, aparentemente, de un parterre circular de hierba en la parte delantera de la casa. Al ver que la puerta se resistía a sus esfuerzos por abrirla, tocó la campanilla.

Admitido por una aseada, limpia y tímida doncella, el señor Troy miró a su alrededor con silenciosa sorpresa. Volviéndose cuanto pudo, se halló silenciosamente confrontado con un lote de instrucciones destinadas a los visitantes, prohibiendo y ordenando cuanto se podía hacer en cada uno de los pasos que conducían del portón a la casa. En un costado de la villa, una etiqueta informaba de que no podía pasarse por la hierba. Al otro lado, una mano apuntaba hacia una valla fronteriza con una inscripción que invitaba a seguir aquella ruta a los que tuvieran que ir a la cocina. En el paseo de gravilla que se hallaba a los pies de los labrados escalones de la mansión, claramente trazado con pequeñas conchas blancas, había un recordatorio: *NO OLVIDE QUITARSE EL BARRO*. En el umbral fue informado, con letras de molde, que era *¡BIENVENIDO!* En la estera del descansillo, unas negras palabras pintadas llamaron su atención, ordenándole que se *LIMPIE LOS ZAPATOS*. Incluso la sombrerera de la pared no dejó de hablar para él; vio sus *SOMBREROS Y ABRIGOS* inscritos en ella y la imperativa dirección del paraguas mojado marcada con un *¡PÓNGALO AQUÍ!*

Entregando a la aseada doncella su tarjeta de visita, el señor Troy fue introducido hasta una salida de recepción en la planta baja. Antes de que tuviera tiempo de echar un vistazo a su alrededor, la puerta se abrió nuevamente e Isabel penetró de puntillas

en la habitación. Parecía cansada y ansiosa. Cuando estrechó las manos del viejo abogado, la encantadora sonrisa que éste tan bien recordaba había desaparecido.

—¿Tiene usted algo que decirme? —susurró la joven—. No vendré a la habitación hasta que me llame mi tía. Dígame sólo dos cosas antes de que venga. ¿Cómo está Lady Lydiard? ¿Ha descubierto al ladrón?

—Ayer vi a Lady Lydiard y se encontraba perfectamente; y todavía no hemos conseguido dar con el ladrón. —Habiendo contestado a las preguntas en aquellos términos, el señor Troy decidió advertir a Isabel de las intenciones del administrador mientras tenía ocasión—. Quisiera hacerle una pregunta, por mi parte —dijo, apartando la espalda de Isabel de la puerta con el brazo—. ¿Espera que Moody la visite aquí?

—Estoy *segura* de que me visitará —contestó Isabel calmadamente—. Me prometió venir en cuanto se lo pidiera. No he tenido ocasión de conocer el corazón de Robert Moody hasta que esta desgracia ha caído sobre mí. Mi tía, que no suele tener muchas simpatías por los extraños, lo respeta y admira. No puedo decirle lo bueno que fue conmigo en mi viaje hasta aquí, ni lo amable y noblemente que habló conmigo al despedirse. —Se interrumpió y volvió la cabeza. Las lágrimas asomaron a sus ojos—. En mi situación —dijo desmayadamente—, la amabilidad se agradece profundamente.

El abogado esperó unos momentos a que se recuperase.

—Concuerdo plenamente, querida, en su opinión sobre Moody —dijo—. Pienso, no obstante, que mi deber es advertirla de que su celo por servirla afecte, posiblemente, su discreción. Puede que él intente confidencialmente discernir el misterio del dinero desaparecido; y, a menos que esté usted precavida, puede llegar a alimentar falsas esperanzas a partir de su próximo encuentro. De todos modos, escuche cualquier opinión que le dé. Pero, antes de decidirse a tomar por ciertas esas opiniones, consulte con mi vieja experiencia y escuche lo que tenga que decir al respecto. Ni se imagine que quiero intentar que desconfíe de un buen amigo —añadió al ver la mirada de desconcertada sorpresa de Isabel—. Esa idea no ha pasado por mi mente. Sólo quiero advertirla de que la impaciencia de Moody por prestarla sus servicios pudiera confundirle. Me gustaría que me entendiera.

—Sí, señor —respondió Isabel fríamente—. Lo entiendo. Lo siento, debo irme ya. Mi tía bajará inmediatamente; no debe encontrarme aquí. —Hizo una reverencia con distante respeto y dejó la habitación.

¡Es demasiado complicado intentar meter dos ideas juntas en la mente de una joven!, pensó el señor Troy cuando se volvió a quedar solo. *La tontuela debe pensar que siento celos por su afecto por Moody. ¡Bien! He cumplido con mi deber... y no puedo hacer más.*

Echó un vistazo a la habitación. No había ni una silla fuera de su sitio, ni se veía

una mota de polvo. El brillo perfecto de la mesa hirió sus ojos; los adornos brillaban como si nunca hubieran sido tocados por manos mortales; el piano era un objeto de distante admiración, no un instrumento para ser tocado; la alfombra hizo que el señor Troy se mirase nerviosamente la suela de los zapatos; y el sofá (protegido por respaldos de blancas puntillas) dijo tan claramente como si hablase: *Siéntate si te atreves*. El señor Troy se retiró a una librería en el lado más remoto del salón. Los libros se alineaban con tal absoluta perfección que le costó trabajo poder tomar uno de ellos. Cuando hubo triunfado en su empeño, se halló en posesión de un volumen de la Historia de Inglaterra. En las guardas vio otra advertencia: *Este libro es propiedad de la Academia de Jóvenes Damas de la señorita Pink, y no debe ser sacado de la biblioteca*. La fecha, que también se citaba, se refería a un período de diez años atrás. La señorita Pink se descubría así como una directora de escuela retirada; y el señor Troy empezó a comprender algunas de las peculiares características que lo sorprendieron de principio en la morada de la dama.

Había vuelto a triunfar colocando el libro en la repisa cuando la puerta se abrió una vez más y la tía de Isabel penetró en la sala.

Si la señorita Pink, por cualquier posible reunión de circunstancias, hubiese desaparecido misteriosamente de su casa y sus amigos, la policía se habría encontrado en serias dificultades para poder componer la necesaria descripción de la dama desaparecida. El observador más atento no habría detectado nada que fuese notorio o característico en su apariencia personal. La pluma del presente narrador sólo puede describirla desesperadamente mediante una serie de negaciones. No era joven, no era vieja; tampoco era alta, ni baja, ni gruesa, ni delgada; nadie podría decir que fuese atractiva, ni nadie podría llamarla fea; no había nada en su voz, expresión, maneras y ropa que la distinguiese en grado apreciable de la voz, expresión, maneras y ropa de otras quinientas mujeres de su misma edad y posición en el mundo. Si se la hubiera pedido que se describiera a sí misma, se habría limitado a contestar: *Soy una dama*, y de haberse insistido en cuál de sus numerosas virtudes tenía mayor rango para su propia estima, hubiera contestado: *Mi facilidad de conversación*. En cuanto a lo demás, era la señorita Pink, de South Morden; y dicho esto, queda todo dicho.

—Le ruego que se siente, señor. Después de una temporada húmeda, afortunadamente, volvemos a tener buen tiempo. Para mí, esta estación es especialmente desfavorable para los frutales. ¿Puedo ofrecerle algún refresco tras su viaje? —En aquellos términos, y con la más zalamera de las voces, la señorita Pink abrió la conversación.

El señor Troy declamó una cortés respuesta y añadió unas cuantas notas convencionales sobre la belleza del vecindario. Ni siquiera un abogado se sentaría en presencia de la señorita Pink, y oiría la conversación de la señorita Pink, sin sentirse como forzado a (según la frase del parvulario) *portarse del mejor modo posible*.

—Es extremadamente amable por su parte, señor Troy, favorecerme con su visita —continuó la señorita Pink—. Soy consciente de lo especialmente valioso que es el tiempo para los caballeros profesionales; le pediré, por eso mismo y anticipadamente, que me disculpe si voy abruptamente al tema sobre el que deseo consultar su experiencia.

En aquel punto, la dama se alisó la falda sobre las rodillas y el abogado hizo una ligera reverencia. La entrenadísima conversación de la señorita Pink quizá tenía un defecto: que no era, estrictamente hablando, una conversación. Efectivamente, su modo de hablar era bastante parecido al contenido fluido y convencional de una carta leída en voz alta.

—Las circunstancias bajo las que mi sobrina Isabel abandonó la casa de Lady Lydiard —siguió diciendo la señorita Pink—, son tan indescriptiblemente dolorosas (es más, yo diría que profundamente humillantes), que he prohibido que se refiera a ellas en mi presencia, o que las mencione en el futuro a criatura viviente que no sea yo. Usted conoce esas circunstancias, señor Troy, y comprenderá mi indignación cuando me enteré por primera vez de que la hija de mi hermana había sido acusada de robo. No tengo el honor de conocer a Lady Lydiard. Creo que no es ni siquiera condesa. Su esposo era sólo barón. No conozco a Lady Lydiard, y no puedo confiar en decirle lo que pienso de su conducta con mi sobrina.

—Discúlpeme, Madame —intervino el señor Troy—. Antes de que diga nada acerca de Lady Lydiard, creo que es mi deber observar...

—Discúlpeme usted a *mí* —interrumpió la señorita Pink—. Nunca hago juicios apresurados. La conducta de Lady Lydiard está más allá del alcance de cualquier defensa, no importa lo ingeniosa que ésta pueda ser. Puede que no se dé usted cuenta, señor, de que recibiendo a mi sobrina bajo el techo de Su Señoría, se recibía a una dama tanto por educación como por nacimiento. Mi difunta hermana era hija de un sacerdote de la Iglesia de Inglaterra. Tengo que insistir en ello ardientemente: por nacimiento, es una dama. Bajo circunstancias más favorables, el abuelo materno de Isabel podría haber sido arzobispo de Canterbury, e incluso haber tenido prelación sobre cualquier otro miembro de la Casa de los Pares, con la única excepción de los príncipes de sangre real. No puedo decir que mi sobrina estuviera tan bien relacionada por parte paterna. Mi hermana nos sorprendió —no añadiré que nos impresionó— casándose con un químico. Por lo menos, un químico no es un tendero. Es un caballero en uno de los extremos de los estudios de medicina, lo mismo que un físico es un caballero en el otro extremo. Eso es todo. Invitando a Isabel a residir con ella, Lady Lydiard, repito, tenía la obligación de recordar que estaba en presencia de una joven dama. No lo recordó, y eso es un insulto; y sospeché que la culpable del robo era mi sobrina, lo que constituye otro insulto.

La señorita Pink hizo una pausa para respirar. El señor Troy hizo un segundo

intento para poder ser escuchado.

—¿Sería tan amable, Madame, de dejarme decir dos palabras?

—¡No! —dijo la señorita Pink, confinando la más inamovible obstinación bajo la más suave de las cortesías—. ¡Su tiempo, señor Troy, es realmente demasiado valioso! Ni siquiera su entrenado intelecto podría excusar una conducta tan manifiestamente inexcusable como la que tiene delante. Ahora que ya sabe mi opinión sobre Lady Lydiard, no se sorprenderá si digo que desconfío de Su Señoría. Puede que haga, o puede que no, las indagaciones necesarias para la vindicación de mi sobrina. En una cuestión tan seria como ésta —incluso diría que se lo debo a la memoria de mi hermana y sus familiares—, nunca dejaría la responsabilidad en manos de Lady Lydiard. La tomaré yo misma. Permítame añadir que puedo hacer frente a todos los gastos necesarios. Pasé mis años jóvenes, señor Troy, dedicada a la tutoría de jóvenes damas. Fui muy feliz al recibir la confianza de sus padres; y fui muy estricta observando las más doradas reglas de la economía. He podido invertir, al retirarme, una modesta, muy modesta cantidad, en fondos públicos. Una parte de ella está al servicio de mi sobrina para que pueda recuperar su buen nombre; y deseo que la correspondiente investigación, de un modo confidencial, sea llevada por usted. Usted conoce el caso; creo que es cosa suya. No puedo vencer yo sola, de modo que he de dejar que lo haga un extraño. Éste es el asunto que quería consultarle. Por favor, no diga nada más sobre Lady Lydiard. El tema es muy desagradable para mí. Sólo quiero abusar de su amabilidad y que me diga si me he hecho entender.

La señorita Pink se recostó en el asiento, en el ángulo exacto permitido por las leyes de la cortesía; sujetaba el codo izquierdo en la palma de la mano derecha, y soportaba ligeramente el mentón entre los dedos pulgar e índice. Esperó en aquella posición la respuesta del señor Troy. Era, en la más respetable de las posturas, la viva imagen de la obstinación humana.

Si el señor Troy no hubiese sido abogado —en otras palabras, si no hubiera sido profesionalmente capaz de persistir en sus propias opiniones frente a cualquier concebible dificultad o desánimo—, la señorita Pink podría haberse quedado para siempre con la inamovible posesión de sus conclusiones. De aquel modo, el señor Troy sería oído; y no importaba lo obstinadamente que la señorita Pink cerrase sus ojos a ellos, pues estaba destinada a ver lo que la otra parte opinaba del caso.

—Estoy sinceramente agradecido, Madame, por la expresión de su confianza en mí —empezó el señor Troy—, pero, al mismo tiempo, debo pedir disculpas por tener que declinar la aceptación de su propuesta.

La señorita Pink no esperaba aquella respuesta. La breve negativa la dejó sorprendida y molesta.

—¿Por qué no quiere ayudarme? —preguntó.

—Porque —contestó el señor Troy— mis servicios ya están a disposición de

Isabel merced a un cliente al que llevo sirviendo durante más de veinte años. Mi cliente es...

La señorita Pink se anticipó a la revelación.

—No hace falta que se moleste, señor, revelando el nombre de su cliente —dijo.

—Mi cliente —insistió el señor Troy— aprecia a la señorita Isabel, cariñosamente...

—Eso es un asunto de opiniones —le interrumpió la señorita Pink.

—Y cree en la inocencia de la señorita Isabel —prosiguió el impasible abogado— tan firmemente como usted.

La señorita Pink (empezando a comportarse humanamente) mostró su temple; y el señor Troy había encontrado el camino para alcanzarlo.

—Si Lady Lydiard cree en la inocencia de mi sobrina —dijo la señorita Pink, irguiéndose súbitamente en el asiento—, ¿por qué ha sido obligada mi sobrina a abandonar la casa de Lady Lydiard?

—Debe usted admitir, Madame —respondió el señor Troy cortante—, que todos podemos ser, en este mundo malvado, víctimas de las apariencias. Su sobrina es una de las víctimas, una víctima inocente. Ella ha sido sabiamente apartada de casa de Lady Lydiard hasta que las apariencias demuestren ser falsas y su posición se aclare.

La señorita Pink tenía ya preparada la respuesta.

—Así que mi sobrina es sospechosa por simple agradecimiento. Sólo soy una mujer, señor Troy, pero no es tan fácil confundirme como parece usted suponer.

El temperamento del señor Troy estaba admirablemente entrenado. Pero empezaba a reconocer en la señorita Pink poderes de irritación que no podían sospecharse a simple vista.

—Ninguna intención de confundirla, Madame, pasó por mi mente —respondió vivamente—. Se lo diré, aunque sólo sea por su sobrina. En toda mi asistencia a Lady Lydiard, nunca la vi tan disgustada como cuando la señorita Isabel abandonó su casa.

—¿Efectivamente? —dijo la señorita Pink con una incrédula sonrisa—. Entre las personas de mi categoría social, cuando una se siente apenada por alguien, se hace lo mejor que se puede para la tranquilidad de esa persona, con una visita o una carta. Pero yo no soy una dama, al menos por título.

—Lady Lydiard prometió llamar a Isabel en mi presencia —dijo el señor Troy—. ¡Lady Lydiard es la mujer más generosa del mundo!

En el mismo momento, Isabel irrumpió en la habitación en un estado de excitación que le hizo olvidar la formidable presencia de la señorita Pink.

—¡Perdona, tía! Estaba por la escalera del mirador y vi que un carruaje se detenía frente a la puerta. ¡Y también ha venido *Tommy*! ¡Me ha visto por la ventana! —gritó la pobre chica, con los ojos brillantes por el deleite, en medio de una perfecta explosión de ladridos que se escuchó por encima del resonar de los cascos de los

caballos y el estrépito de las ruedas del carruaje.

La señorita Pink se levantó lentamente con una dignidad que parecía no sólo poder bastar para recibir a una dama, sino también hacerlo adecuadamente con todos los Pares de Inglaterra.

—Contrólate, querida Isabel —dijo—. No, la buena educación de una joven dama no debe permitirle permanecer excitada. Siéntate a mi lado, un poco más atrás que yo.

Isabel obedeció. El señor Troy se quedó en su sitio, disfrutando privadamente de su triunfo sobre la señorita Pink. Si Lady Lydiard hubiera estado confabulada con él, no podría haber elegido mejor momento para su llegada. Transcurrió un momentáneo intervalo. El carruaje se detuvo frente a la entrada; los caballos cocearon en la gravilla; la campana resonó locamente; el alboroto de *Tommy*, saltando del carruaje y clamando por entrar, redobló en furia. ¡Nunca antes tal cacofonía de ruidos había invadido la villa de la señorita Pink!

Capítulo XI

La pequeña y limpia doncella corrió escaleras arriba desde la modesta cocina, temblando ante la terrible perspectiva de tener que abrir la puerta. La señorita Pink, ensordecida por el griterío, tuvo el tiempo justo para decir:

—Es un perro muy mal educado. —En medio de un sonido de pequeños objetos que se derrumbaban en el vestíbulo y un correteo de furiosas uñas a través del cortinaje anunciando que *Tommie* había invadido la casa. Según apareció la sirvienta anunciando a Lady Lydiard, el perro irrumpió a la carrera. Dio un frenético salto hacia Isabel, que ciertamente se hubiera derrumbado de no haber sido por el respaldo de la butaca. Recibida en su regazo, la fiel criatura medio la sofocó con sus caricias. Ladró y chilló lleno de alegría al verla de nuevo. Saltó del regazo y corrió como loco por la habitación a toda la velocidad de que era capaz, y cada vez que pasaba junto a la señorita Pink enseñaba toda la dentadura y gruñía a sus tobillos. Agotada, finalmente, su superflua energía, saltó nuevamente al regazo de Isabel, con la lengua colgándole de las abiertas fauces, agitando la cola lentamente y mirando a la señorita Pink, ¡que no dejaba de preguntarse acerca de lo que hacía aquel perro en su recibidor!

—Espero que mi perro no la haya molestado, Madame —dijo Lady Lydiard, avanzando por encima de la esterilla de la entrada, en la que había esperado pacientemente a que el arrebató de *Tommie* cayera en el reposo.

La señorita Pink, temblando de dudas entre el temor y la indignación, agradeció la cortés petición de Lady Lydiard con una ceremoniosa reverencia y una respuesta que administraba implícitamente una digna reprimenda.

—El perro de Su Señoría no ha aparecido como un animal muy bien entrenado —anotó la ex profesora.

—¿Bien entrenado? —repitió Lady Lydiard como si aquella expresión fuese algo totalmente incomprensible para ella—. No creo que tenga usted mucha experiencia con los perros, Madame. —Se volvió hacia Isabel y la abrazó cariñosamente—. Dame un beso, querida. No sabes lo desgraciada que he sido en tu ausencia. —Miró de nuevo a la señorita Pink—. Posiblemente, usted no sepa lo devotamente unido que está mi perro a su sobrina. El amor de un perro ha sido considerado por muchos grandes hombres (cuyos nombres se me escapan en este momento) como el más fuerte y desinteresado de todos los afectos terrenales. —Miró hacia otra parte y descubrió al abogado—. ¿Cómo está usted, señor Troy? Es una agradable sorpresa encontrarlo aquí. La casa está tan apagada sin Isabel que no puedo realmente

aguantar más sin verla en ella. Cuando trate a *Tommie*, señorita Pink, lo entenderá y admirará. *Tú* lo entiendes y admiras, Isabel, ¿cierto? ¡Hija mía! No tienes muy buen aspecto. Volverás conmigo en cuanto los caballos hayan descansado. No estamos felices lejos una de la otra.

Habiendo expresado sus sentimientos, repartido saludos y defendido a su perro, todo ello, como se ha visto, en un suspiro, Lady Lydiard se sentó junto a Isabel y abrió un gran abanico verde que le colgaba del cinturón.

—No tiene usted idea, señorita Pink, de lo que sufre la gente obesa con el calor —dijo la anciana dama, utilizando el abanico vigorosamente.

La señorita Pink bajó los ojos al suelo modestamente... obesa no era la palabra adecuada para que una dama hablase de su propia carne.

—¿Puedo ofrecer algún refresco? —preguntó la señorita Pink remilgadamente—. ¿Una taza de té?

Lady Lydiard sacudió la cabeza.

—¿Un vaso de agua?

Lady Lydiard rechazó la hospitalaria propuesta con una exclamación de disgusto.

—¿Tiene usted una cerveza? —preguntó.

—Le pido perdón a Su Señoría —dijo la señorita Pink, dudando de la evidencia de lo que acababa de oír—. ¿Dice usted una... cerveza?

Lady Lydiard gesticuló violentamente con el abanico.

—¡Sí, seguro! ¡Cerveza! ¡Cerveza!

La señorita Pink se levantó, con una contenida expresión de gentil desagrado, y tocó la campanilla.

—Creo que tiene algo de cerveza abajo, Susan —dijo cuando la doncella apareció en la puerta.

—Sí, señorita.

—Un vaso de cerveza para Lady Lydiard —dijo la señorita Pink... a regañadientes.

—Mejor una jarra —gritó Su Señoría mientras la doncella salía de la habitación—. Me gusta servírmela yo misma —continuó, dirigiéndose a la señorita Pink—. Isabel, cuando está en casa, a veces lo hace por mí. ¿Verdad, querida?

La señorita Pink había esperado una oportunidad para reafirmar sus derechos sobre su sobrina desde que Lady Lydiard había declarado firmemente sus intenciones de llevársela con ella. La oportunidad se había presentado sola.

—Su Señoría me perdonará —dijo—, si digo que el hogar de mi sobrina está bajo mi propio techo. Soy plenamente consciente, creo, de su amabilidad con Isabel, pero, mientras siga siendo objeto de una desgraciada sospecha, seguirá quedándose conmigo.

Lady Lydiard cerró el abanico con un chasquido de irritación.

—Está usted completamente equivocada, señorita Pink. Puede que no quiera decirlo, pero habla usted muy injustamente si lo que viene a decir es que su sobrina es sospechosa, tanto por mi parte como por la de cualquiera que viva en mi casa.

El señor Troy, que había escuchado tranquilamente hasta entonces, se dispuso a detener la discusión antes de que degenerase en un duelo personal. Su aguda observación, unida al profundo conocimiento del carácter de su cliente, le había indicado dolorosamente lo que pasaba por la mente de Lady Lydiard. Había entrado en la casa sintiendo (quizá inconscientemente) los celos de la señorita Pink sobre sus anteriores afectos por Isabel, y como protectora natural de la joven bajo las circunstancias existentes. La recepción dada por la señorita Pink a su perro había aumentado su irritación. Lady Lydiard había sentido un placer mundano al alterar el sentido de la propiedad de la profesora... y estaba dispuesta a llegar a mayores extremos sobre la delicada cuestión de los motivos de Isabel para dejar su casa. Para Isabel era prioritario —por no citar otras razones— poner paz entre las dos mujeres urgentemente. Con aquel excelente objetivo a la vista, el señor Troy vio la oportunidad de meter baza en la conversación por vez primera.

—Discúlpeme, Lady Lydiard —dijo—, pero está hablando de un tema que ya ha sido largamente discutido por la señorita Pink y yo mismo. Pienso que lo mejor que podríamos hacer es no limitarnos inútilmente a hechos pasados, sino dirigir nuestra atención hacia el futuro. Estamos igualmente satisfechos con la completa rectitud de la conducta de la señorita Isabel, e interesados, del mismo modo, en la reivindicación de su buen nombre.

Que aquellas palabras pudieran por sí mismas ejercer la pacificadora influencia que el señor Troy esperaba, era algo dudoso. Pero, al mismo tiempo que dejaba de hablar, apareció un poderoso aliado en la jarra de cerveza. Lady Lydiard asió la jarra, y llenó el vaso con mano insegura. La señorita Pink, temblando por la integridad de su alfombra, y escandalizada al ver cómo uno de los pilares del reino bebía cerveza como una fregona, había olvidado la aguda respuesta que tenía preparada para salir de sus labios cuando el abogado la interrumpió.

—¡Regular! —dijo Lady Lydiard bajando el vacío cubilete y refiriéndose a la calidad de la cerveza—. Pero muy agradable y refrescante. ¿Cuál es el nombre de la sirvienta? ¿Susan? Bien, Susan; me estaba muriendo de sed y me has salvado la vida. Puedes dejar la jarra. Me atrevo a decir que la vaciaré antes de irme.

El señor Troy, observando el rostro de la señorita Pink, vio que, de nuevo, era hora de cambiar de tema.

—¿Ha visto usted, Lady Lydiard, la antigua aldea que hay en el camino? —preguntó—. Los artistas la consideran uno de los sitios más pintorescos de Inglaterra.

—He notado que era una población muy sucia —contestó Lady Lydiard, intentando aún ser desagradable con la señorita Pink—. Los artistas pueden decir lo

que quieran, pero no he visto nada admirable en las carcomidas granjas, los sucios desagües, ni en sus ignorantes habitantes. Puede que el vecindario tenga sus ventajas, pero, a mi entender, parece bastante monótono.

Isabel había limitado sus esfuerzos hasta aquel momento para mantener a *Tommy* quieto en su regazo. Como el señor Troy, también ella, ocasionalmente, miraba a su tía y empezaba a esbozar un tímido intento para defender el vecindario, como si fuera un deber que le adeudase a la señorita Pink.

—¡Oh, señora! No diga que el vecindario es monótono —imploró—. A nuestro alrededor hay algunos paseos preciosos. Y en las colinas la vista es maravillosa.

Lady Lydiard contestó a aquello con algo que fue una obra maestra del desdén bajo la forma de buen humor.

—¡Bah! ¡Bah!

—Su Señoría no debe admirar las bellezas de la Naturaleza —observó la señorita Pink con una compasiva sonrisa—. Cuando seamos más mayores, no dude de que nuestra vista empezará a declinar y...

—Y dejaremos de decir sandeces sobre las bellezas de la Naturaleza —añadió Lady Lydiard—. Odio el campo. Deme Londres y los placeres de la sociedad.

—¡Vamos, vamos! ¡Haga justicia al campo, Lady Lydiard! —pacificó el señor Troy—. Está lleno de una sociedad que no puede encontrarse en Londres... Una sociedad tan buena como la de la ciudad.

—La clase de gente —añadió la señorita Pink— que puede encontrarse, por ejemplo, en este vecindario. Evidentemente, Su Señoría no es consciente de la distinción de las personas que nos rodean por donde quiera que nos volvamos. Puedo citar, entre otros, al Honorable señor Hardyman...

Lady Lydiard, en el acto de servirse un segundo vaso de cerveza, súbitamente, bajó la jarra.

—¿De quién está usted hablando, señorita Pink?

—De nuestro vecino, Lady Lydiard, del Honorable señor Hardyman.

—¿De Alfred Hardyman, el criador de caballos?

—El distinguido caballero propietario de las famosas caballerizas —dijo la señorita Pink, corrigiendo la forma indirecta que había empleado Lady Lydiard para plantear la pregunta.

—¿Tiene por costumbre visitarlas? —demandó la vieja dama, con una súbita expresión de ansiedad—. ¿Lo conocen?

—Tuve el honor de ser presentada al Señor Hardyman en la última exposición floral —replicó la señorita Pink—. Todavía no me ha honrado con su visita.

La ansiedad de Lady Lydiard pareció relajarse momentáneamente.

—Sabía que el criadero de Hardyman estaba en este condado —dijo—, pero no tenía ni idea de que fuese en el vecindario de South Morden. ¿Está muy lejos...?,

¿diez, doce millas?

—A menos de tres millas —contestó la señorita Pink—. Aquí, en el vecindario, estamos muy cerca unos de otros.

Renovada ansiedad nació en Lady Lydiard. Miró fijamente a Isabel. La cabeza de la joven estaba inclinada sobre la áspera testa del perro y su rostro casi se ocultaba por completo de la vista. Por las apariencias, era como si estuviera totalmente absorta en la tarea de agasajar a *Tommie*. Lady Lydiard la sacó de su ensimismamiento con un golpecito del verde abanico.

—Deja que salga *Tommie*, Isabel, y que se vaya a jugar al jardín —dijo—. No estará sentado mucho más, y quizá moleste a la señorita Pink. Señor Troy, ¿sería tan amable de ayudar a Isabel a poner algo de orden en la vida de mi mal entrenado perro?

El señor Troy se puso en pie y, de no muy buena gana, siguió a Isabel fuera de la sala. ¡Van a matarse!, pensó mientras cerraba la puerta.

—¿Tiene idea de lo que quiere decir eso? —le preguntó a su compañera al unirse a ella en el vestíbulo—. ¿Qué tiene el señor Hardyman que suscite tanto interés?

La tez de Isabel cambió de color. Sabía perfectamente que su incontrolada admiración por Hardyman era el motivo que guiaba las peticiones de Lady Lydiard. Si hubiera dicho la verdad, el señor Troy habría vuelto al recibidor, con o sin una buena excusa para hacerlo. Pero Isabel era una mujer, y su respuesta, no hace falta decirlo, fue:

—No lo sé seguro.

Entretanto, la conversación entre las dos mujeres empezó de un modo que habría sorprendido al señor Troy... Ambas estaban en silencio. Por primera vez en su vida, Lady Lydiard estaba considerando lo que iba a decir antes de decirlo. Por su parte, la señorita Pink esperaba oír lo que Lady Lydiard tuviese que opinar y esperaría hasta que se agotasen sus pequeñas dosis de paciencia. Urgida por una terrible curiosidad, fue la primera en hablar.

—¿Tiene algo que decirme en privado? —preguntó.

Lady Lydiard no había acabado aún de reflexionar.

—¡Sí! —contestó, aunque siguió en silencio.

—¿Es algo sobre mi sobrina? —insistió la señorita Pink.

Aún inmersa en sus reflexiones, Lady Lydiard salió súbitamente a la superficie y, como de costumbre, dijo lo que pensaba.

—Sobre su sobrina, Madame. El otro día, el señor Hardyman estuvo en mi casa, y tuvo ocasión de ver a Isabel.

—Sí —dijo la señorita Pink, cortésmente atenta, pero no totalmente interesada.

—Eso no es todo, Madame. El señor Hardyman admira a Isabel; me lo reconoció él mismo y con sus propias palabras.

La señorita Pink escuchaba, cabeceando educadamente. Parecía ligeramente reconocida, nada más.

—Usted y yo pensamos de muy distinta forma en muchas cuestiones —dijo—. Pero ambas debemos reconocer, estoy segura, que sentimos el más profundo interés por el bienestar de Isabel. Debo advertirla, señorita Pink, de que el señor Hardyman, como vecino, es un vecino indeseable mientras Isabel siga en esta casa.

Con aquellas palabras, y con la firme convicción de la gran importancia del asunto, Lady Lydiard había recuperado insensiblemente las maneras y reasumido el lenguaje que debía emplear una dama de su categoría. La señorita Pink, observando el cambio, considerando con ello una expresión de orgullo por parte de su visitante al referirse a Isabel, estableció indirectamente la posición social de la tía de la joven.

—No consigo entender por completo lo que Su Señoría quiere decir —dijo fríamente.

Lady Lydiard, por su parte, miró con no disimulada extrañeza a la señorita Pink.

—¿Le he dicho ya que el señor Hardyman admira a su sobrina? —preguntó.

—Naturalmente —dijo la señorita Pink—. Isabel ha heredado de su desafortunada madre todos sus atractivos personales. Si el señor Hardyman la admira, es porque el señor Hardyman tiene buen gusto.

Los ojos de Lady Lydiard se abrieron cada vez más por la sorpresa.

—¡Buena mujer! —exclamó—. ¿Es posible que no sepa que un hombre que admira a una mujer no se detendrá ahí? Lo próximo que hará (como se lo digo) es enamorarse.

—He oído decir eso —dijo la señorita Pink.

—¿Que *lo* ha oído? —repitió Lady Lydiard—. Si el señor Hardyman llega a Isabel, yo le diré qué es lo que va a ver. Déjelos juntos, Madame..., y verá cómo el señor Hardyman le hace la corte a su sobrina.

—Con las debidas limitaciones, Lady Lydiard, y con mi prioritario consentimiento, naturalmente, no veo ninguna objeción a que el señor Hardyman pueda hablar con Isabel.

—¡Esta mujer está loca! —gritó Lady Lydiard—. ¿Supone usted, señorita Pink, que Alfred Hardyman tiene cualquier posibilidad terrenal de casarse con su sobrina?

Ni siquiera la cortesía de la señorita Pink pudo soportar una pregunta como aquella. Se levantó indignadamente de la butaca.

—¿Se da usted cuenta, Lady Lydiard, de que la duda que expresa es un insulto tanto para mi sobrina como para mí?

—¿Se da usted cuenta de quién es realmente el Señor Hardyman? —remachó Su Señoría—. ¿O juzga su posición por la vocación que perversamente ha elegido seguir? Puedo decirle, si me lo permite, que Alfred Hardyman es el hijo más joven de uno de los más antiguos Barones de la Nobleza de Inglaterra, y que su madre está

emparentada por matrimonio con la familia real de Wurtemberg.

La señorita Pink recibió la noticia sin que se le moviera un solo cabello.

—Una gentildama inglesa es una buena alianza para cualquier hombre que pida su mano —dijo la señorita Pink—. La madre de Isabel (usted no debe ser consciente de ello) era hija de un canónigo inglés...

—Y su padre, farmacéutico en una ciudad de provincias —añadió Lady Lydiard.

—El padre de Isabel —corrigió la señorita Pink— era responsable de la capacidad de la útil y honorable profesión de la medicina. Isabel es, en el estricto sentido de la palabra, una joven gentildama. Si lo contradice, aunque sólo sea por un instante, Lady Lydiard, me obligará a abandonar la habitación.

Aquellas últimas palabras provocaron un resultado que la señorita Pink no había previsto; llevaron a Lady Lydiard a afirmar lo mismo. Como es habitual en estos casos, Lady Lydiard demostró estar por encima de su propia excentricidad. Confrontada a la señorita Pink, empezó a hablar y a comportarse con la graciosa cortesía y la no atrevida confianza que la correspondía.

—Por el bien de Isabel, y para la tranquilidad de mi propia conciencia —respondió—, sólo diré una cosa, señorita Pink, antes de librarla de mi presencia. Considerando mi edad y oportunidades, puedo afirmar que conozco sobradamente las leyes y costumbres que regulan la sociedad de nuestro tiempo. Sin negar la posición social de su sobrina —y sin la más mínima intención de insultarla—, repito que el abolengo que ha heredado el señor Hardyman hace sencillamente imposible que piense siquiera en casarse con Isabel. No debe darle ninguna oportunidad de que se vea a solas con ella. Y haría mejor aún (ya que es su vecino) si dejara que Isabel volviera bajo mi protección al menos, por un tiempo. Me gustaría que pensase en ello cuando mejor le parezca. Mientras tanto, si la he ofendido inadvertidamente, le pido perdón y le deseo buenas tardes.

Hizo una reverencia y avanzó hacia la puerta. La señorita Pink, tan resuelta como siempre por mantener sus pretensiones, hizo un esfuerzo por llevar a la gran dama a su propio terreno.

—Lady Lydiard, antes que usted, debo lamentar haber hablado tan duramente —dijo—. Déjeme que pida su carruaje.

—Gracias, señorita Pink. Mi carruaje está en la taberna de la aldea. Creo que disfrutaré dando un paseo al fresco del atardecer. El señor Troy, no me cabe duda, me apoyará con su brazo. —Se inclinó una vez más y, silenciosamente, abandonó la habitación.

Llegando al pequeño jardín trasero de la villa, a través de una puerta abierta en el más lejano lado del vestíbulo, Lady Lydiard halló a *Tommy* rodando feliz sobre los macizos florales de la señorita Pink y a Isabel y al señor Troy en cerrada consulta

sobre el camino de gravilla. Fue Lady Lydiard la primera en dirigirse al abogado.

—Han llevado los caballos hasta la taberna —dijo—. Présteme su brazo, señor Troy, hasta la aldea, y, a cambio, lo llevaré a Londres conmigo. Quiero su consejo sobre una o dos cosas, y me parece que ésta es una excelente oportunidad.

—Con mucho gusto, Lady Lydiard. ¿Puedo despedirme de la señorita Pink?

—Una palabra de advertencia, señor Troy. Guarde su enfado lejos del sentido de la importancia de la señorita Pink. Y otra cosa, ésta en privado: ¡la señorita Pink está loca!

Mientras se retiraba el abogado, Lady Lydiard pasó el brazo cariñosamente por la cintura de Isabel.

—¿De qué hablabais tan entretenidos el señor Troy y tú? —preguntó.

—Milady, hablábamos sobre la búsqueda de la persona que robó el dinero —contestó Isabel bastante tristemente—. Parece algo más difícil de lo que supuse en un principio. Intento no perder ni la paciencia ni la esperanza... pero es muy difícil, sobre todo, como es el caso, cuando todas las apariencias me señalan; como lo es también esperar, día tras día, vanamente, a que se descubra algo que me libre de culpa.

—Eres una muchacha excelente —dijo Lady Lydiard—; y, para mí, ahora eres más preciosa que nunca. No desesperes, Isabel. Con los medios indagatorios del señor Troy y con mis medios de pago, el descubrimiento del ladrón no puede retrasarse mucho. Si no vuelves bajo mi tutela, volveré a verte. Tu tía odia mi presencia, pero eso me importa un comino —observó Lady Lydiard, dando una nueva muestra de la parte menos digna de su carácter—. ¡Escúchame, Isabel! No quiero que con esto disminuya tu estima por tu tía, pero confío más en tu buen sentido que en el suyo. El señor Hardyman ha tenido que irse a Francia por cuestión de negocios. Es bastante posible que te encuentres con él cuando vuelva. Si es así, mantente a distancia, querida, cortésmente, claro está. ¡Bueno, bueno! No te ruborices, no te estoy riñendo; sólo quiero darte un buen consejo. En tu posición, puede que no seas lo bastante cuidadosa. ¡Aquí está el señor Troy! Ven con nosotros hasta la puerta o no conseguiremos que *Tommie* se aparte de ti; yo sólo soy su segunda favorita; tu afecto es lo que más le importa. Qué Dios te bendiga y te ayude, hija mía. ¡Ojalá pudieras, gracias al Cielo, volver conmigo a Londres! Bien señor Troy, ¿cómo le ha ido a usted con la señorita Pink? ¿Ha ofendido usted a esa terrible gentildama (¡qué horrible palabra!)? ¿O todo ha sido de otra manera y ella le ha dado un beso de despedida?

El señor Troy sonrió misteriosamente y cambió de tema. Su breve charla de despedida con la señora de la casa había sido de tal naturaleza que era mejor no contarla irreflexivamente. La señorita Pink estaba no sólo plenamente segura de que su visitante era la persona peor educada de cuantas, había recibido, sino que, además, acusaba a Lady Lydiard de soliviantar su confianza en la aristocracia de su país natal.

—Por primera vez en mi vida —había dicho la señorita Pink—, me parece que tengo algo que decir con estilo republicano, ¡no me cuesta trabajo admitir que la Constitución de los Estados Unidos *tiene* sus ventajas!

Capítulo XII

La conferencia entre Lady Lydiard y el señor Troy, camino de Londres, condujo a algunos resultados prácticos. Oyendo de su consejero legal que la búsqueda del dinero desaparecido se hallaba momentáneamente estancada, Lady Lydiard hizo uno de aquellas extrañas sugerencias con las que acostumbraba a desconcertar a sus amigos en casos de emergencia. Habían llegado a sus oídos favorables informes sobre el extraordinario ingenio de la policía francesa y propuso enviar a París a por ayuda, tras consultar primero con su sobrino, al señor Felix Sweetsir.

—Felix conoce París tan bien como Londres —observó—. Es un hombre ocioso, y es poco probable que nos saque de problemas si toma el asunto en sus manos. En cualquier caso, es seguro que conocerá a la persona adecuada para dirigirse a ella en nuestro presente caso. ¿Qué dice usted a eso?

El señor Troy, como réplica, expresó sus dudas sobre la conveniencia de emplear extranjeros en una investigación delicada que requería un profundo conocimiento de las costumbres inglesas y del carácter inglés. Desistiendo de sus objeciones, aprobó la idea de consultar al sobrino de Su Señoría.

—El señor Sweetsir es hombre de mundo —dijo el señor Troy—. Planteándole el caso, seguro que nos lo presentará desde otra perspectiva.

Actuando conforme a aquella favorable expresión de opinión, Lady Lydiard escribió a su sobrino. Un día después de visitar a la señorita Pink, el consejo formado por los tres se reunió en casa de Lady Lydiard.

Felix, nunca puntual cuando se trataba de una cita, incluso llegó más tarde en aquella ocasión. Presentó excusas con la mano en la frente y su expresión dio la imagen de languidez y desconsuelo de un hombre dolido.

—Este tiempo de dolores en Inglaterra me ataca los nervios... —dijo el señor Sweetsir—. El horrible peso de la atmósfera, sobre todo después del estimulante aire de París; la intolerable suciedad y monotonía de Londres, ya saben. Me encontraba en la cama, querida tía, cuando recibí tu carta. Puedes imaginarte el estado de total desmoralización en que me hallaba en cuanto te cuente los efectos que las noticias del robo produjeron en mí. Me derrumbé sobre la almohada como si me hubieran pegado un tiro. Su Señoría debería ser un poco más cuidadosa al notificar estas desagradables sorpresas a un hombre sensible. Mas no importa. Mi *valet* es un verdadero tesoro; me trajo unas cuantas gotas de éter en un terrón de azúcar. Le dije: «*Alfred*» (su nombre es Alfred), «*¡vísteme!*» Alfred me vistió. Les aseguro que recordaba mi juventud, cuando me puse mi primer par de pantalones. ¿Había olvidado algo Alfred? ¿Llevaba

los tirantes? ¿No iría a salir en mangas de camisa? ¡Bien, querida tía! ¡Bien, señor Troy! ¿Qué puedo decir? ¿Qué puedo hacer?

Lady Lydiard, que no tenía ninguna simpatía por los enfermos de los nervios, asintió hacia el abogado.

—Cuénteselo —dijo.

—Creo que hablo en nombre de Su Señoría —empezó el señor Troy— si digo que lo primero es que nos dijera lo que representa el caso para usted.

—Cuéntemelo todo —dijo Felix.

Pacientemente, el señor Troy lo contó... y esperó el resultado.

—¿Bien? —dijo Felix.

—¿Bien? —dijo el señor Troy—. ¿En quién recae su sospecha de robo? Usted ve el robo de la orden de pago del banco desde un nuevo punto de vista.

—Acaba usted de mencionar a un clérigo —dijo Felix—. El hombre con quien se envió el dinero. ¿Cuál es su nombre?

—Reverendo Samuel Bradstock.

—Usted lo que quiere saber es el nombre de la persona de la cual sospecho, ¿verdad?

—Sí, por favor —dijo el señor Troy.

—Sospecho del Reverendo Samuel Bradstock —dijo Felix.

—Si has venido para gastar estúpidas bromas —le interrumpió Lady Lydiard—, mejor vuélvete a la cama. Queremos una opinión seria.

—Es una opinión seria —continuó Felix fríamente—. Nunca he sido más sincero en mi vida. Su Señoría no debe saber el primer principio que debe adoptarse en casos de sospecha. Es algo que denominaré exhaustivo sistema de razonamiento. Algo así: ¿debe sospecharse de los sirvientes de la casa? No. ¿De la hija adoptiva de Su Señoría? Las apariencias están en contra de la pobre chica; pero ustedes la conocen tan perfectamente que no pueden creer en las apariencias. ¿Puede sospecharse de Moody? No. ¿De Hardyman... que estaba en la casa en aquellos momentos? ¡Ridículo! Yo también estaba en la casa. ¿Puede sospecharse de mí? ¡Bueno! ¡Esa idea es también ridícula! Así que resumamos: sirvientes, hija adoptiva, Moody, Hardyman, Sweetsir..., todos fuera de sospecha. ¿Quién queda? ¡El reverendo Samuel Bradstock!

La ingeniosa exposición del *exhaustivo sistema de razonamiento* consiguió producir cierto efecto en Lady Lydiard.

—Estás malgastando nuestro tiempo —dijo Su Señoría agudamente—. Sabes tan bien como yo que no estás diciendo más que tonterías.

—Yo creo que no —dijo Felix—. De entre todas las profesiones caballerosas, no conozco ninguna clase de hombre que sea tan ansioso del dinero, ni con tan pocos escrúpulos acerca de la forma de adquirirlo, como los sacerdotes. ¿Hay alguna otra

profesión en la que te molesten tanto para pedirte dinero? ¿Quién envía a sus oficinistas puerta por puerta para pedir unos cuantos chelines y llamarle a eso *ofrendas de Pascua*? Los sacerdotes lo hacen. Bradstock es un sacerdote. Deduzco lógicamente. ¡Rebátemelo si puedes!

Aunque el señor Troy intentó *rebatírsele*, Lady Lydiard se interpuso muy sabiamente.

—Cuando un hombre insiste en decir sinsentidos —dijo—, el silencio es la mejor respuesta; cualquier otra cosa le envalentonaría. —Se volvió hacia Felix—. Tengo que hacerte una pregunta —continuó—. O me das una respuesta adecuada, o me das los buenos días. —Con aquel breve prólogo, inquirió si sería cuerdo y posible contratar los servicios de la policía francesa.

Felix dio exactamente la misma opinión sobre la materia que la que había sido expresada por el señor Troy.

—Es superior en inteligencia —dijo—, pero no superior en coraje a la policía inglesa. Es capaz de hacer maravillas en su propio terreno y entre los suyos. Pero, mi muy querida tía, las dos naciones más distintas en la superficie del orbe son Francia e Inglaterra. La policía francesa puede hablar nuestro idioma, pero es incapaz de comprender nuestro carácter nacional y nuestras costumbres. Envíales a hacer una pesquisa privada en la ciudad de Pekín y acabarán perdiendo el tiempo entre los mismísimos chinos. Envíalos a trabajar en la ciudad de Londres y los ingleses serán, del primero al último, tan misteriosamente impenetrables para ellos como los mismos chinos. Estoy convencido de que el *London Sunday* puede hacerles volver a París, sin más ayuda, desesperados. No hay bailes, ni conciertos, ni teatros, ni siquiera un museo o una galería abierta; menos las licorerías, todas las tiendas cerradas; y nada se mueve salvo las campanas de las iglesias y los vendedores de helados de un penique. Cientos de franceses vienen a verme durante su primera estancia en Inglaterra. Cada uno de ellos se vuelve a París el segundo sábado que pasa entre nosotros antes de tener que enfrentarse de nuevo a los horrores de un segundo domingo en Londres. Pese a todo, si quieres, puedes intentarlo. Envíame un informe por escrito del caso y se lo haré llegar a uno de los oficiales de la Rue Jerusalem, que hará cualquier cosa por mí. Naturalmente —dijo Felix volviéndose hacia el señor Troy—, alguien tendrá el número de la orden de pago. Si el ladrón ha intentado pasar a París con él, mi hombre puede ser de bastante utilidad.

—Tres de nosotros tomamos nota del número de la orden de pago —respondió el señor Troy—. La señorita Isabel Miller, el señor Moody y yo mismo.

—Muy bien —dijo Felix—. Deme el número junto con el resumen del caso. ¿Hay alguna otra cosa que yo pueda hacer para recobrar el dinero? —preguntó, mirando a su tía—. Hay una feliz circunstancia en relación con la pérdida, ¿no es cierto? Que la haya perdido una persona que puede soportarlo. ¡Cielo santo! ¡Imaginen que hubiese

sido yo quien la hubiese perdido!

—Lo mismo me pasa a mí —dijo Lady Lydiard—; no soy tan rica como para soportar *esa* pérdida. El dinero estaba destinado a fines caritativos; y es mi deber pagarlo de cualquier modo.

Felix se levantó y se acercó a la butaca de su tía con paso titubeante, como correspondía a un hombre enfermizo. Tomó la mano de Lady Lydiard y la besó con entusiasmada admiración.

—¡Excelente criatura! —dijo—. No has pensado en ello, pero me has reconciliado con la naturaleza humana. ¡Qué generosa! ¡Qué noble! Me iré nuevamente a la cama, señor Troy, si no necesita nada más de mí. Siento la cabeza turbada y me fallan las piernas. No es importante, me sentiré mejor cuando Alfred me haya desvestido. ¡Dios te bendiga, mi querida tía! Nunca he estado tan orgulloso de estar emparentado contigo como hoy. ¡Buenos días, señor Troy! No olvide el resumen del caso; no se moleste en acompañarme a la puerta. Creo que me caeré escaleras abajo; y, si lo hago, ya se ocupará el portero de recogerme. ¡Envidiable portero! ¡Tan gordo, tan feliz y tan ocioso como un cerdo! ¡*Au revoir!* ¡*Au revoir!* —Estrechó la mano del señor Troy y derivó débilmente por el salón. Sweetsir, puede decirse, se eclipsó. ¡Pero el servicial Sweetsir, nunca era consultado en vano por la afortunada gente que podía llamarle amigo!

—¿Cree usted que está realmente enfermo? —preguntó el señor Troy.

—Mi sobrino ha pasado la cincuentena —respondió Lady Lydiard—, y persiste en vivir todavía como si fuera un joven. Lo que la naturaleza le dice es ¡*Felix, eres viejo!* Y Felix se va a la cama y dice que es cosa de los nervios.

—¿Podemos confiar en su palabra de que escribiré a París? —prosiguió el abogado.

—¡Oh, sí! Puede que se demoré, pero lo hará. A pesar de sus apáticas costumbres, tiene momentos de tanta energía que le sorprendería. Hablando de sorpresas, tengo algo que contarle de Moody. Desde hace uno o dos días, se nota en él un cambio, un cambio a peor.

—¡Me sorprende usted, Lady Lydiard! ¿En qué ha podido empeorar Moody?

—Se lo voy a decir. Ayer fue viernes. Usted salió con él, por asunto de negocios, a primeras horas de la mañana.

El señor Troy asintió y no dijo nada. Había pensado que lo mejor sería no decir nada acerca de la entrevista en la que el Viejo Sharon le había estafado una guinea.

—A lo largo de la tarde —prosiguió Lady Lydiard—, pedí que viniera a verme y me informaron de que Moody había salido nuevamente. Quise saber a dónde. Nadie lo sabía. ¿Había dejado dicho cuándo volvería? No había dejado ningún tipo de recado. Naturalmente, no está en la misma posición que los demás criados. No espero que me pida permiso para salir. Pero siempre espero que deje abajo nota de cuándo

piensa volver. Cuando regresó, tras una ausencia de varias horas, le pedí, claro está, una explicación. ¿Me cree si le digo que se limitó a informarme de que había tenido que salir a resolver unos asuntos de su sola incumbencia? No expresó ningún tipo de excusa, ni ofreció ninguna explicación. Resumiendo, habló como si fuera un caballero independiente. No pensaré que fue así, pero mantuve el temple. Me conformé con hacerle ver que esperaba que aquello no volviese a pasar. Me hizo una reverencia y dijo: «*El asunto aún no ha terminado, milady. No puedo garantizar que no vuelva a requerir mi presencia en un momento u otro*». ¿Qué piensa usted de todo esto? Nueve de cada diez personas le habrían amenazado con prescindir de sus servicios. Empiezo a pensar que soy una mujer maravillosa. Sólo señalé la puerta. A veces he oído que los cerebros de los hombres parecen debilitarse de modos inesperados. Tengo mis dudas acerca del cerebro de Moody, como se lo digo.

Las sospechas del señor Troy tomaron una dirección diferente: apuntaban hacia la hilera de callejas que conducían a los alojamientos del Viejo Sharon. Discretamente silencioso mientras ordenaba sus pensamientos, se limitó a expresar que se encontraba muy sorprendido como para poder ofrecer una explicación válida.

—Espere un momento —dijo Lady Lydiard—. Todavía no he acabado de sorprenderlo. Supongo que habrá visto por aquí a un muchacho con librea, ¿cierto? Bien, es un buen muchacho y se ha ido una semana de vacaciones con sus amigos. La persona adecuada para cubrir su trabajo con botas, zapatos y otros pequeños empleos era, naturalmente, el lacayo más joven, un chaval de apenas unos años más que él. ¿Qué piensa usted que ha hecho Moody? Contrató a un extraño y eso que la casa está llena de ociosos sirvientes dispuestos a ocupar el puesto del botones. Esta mañana he podido oírlo divagar alegremente en las habitaciones de la servidumbre tan alegremente que el ruido y las risas se abrieron paso escaleras arriba hasta el comedor. Me gusta que mis sirvientes estén de buen humor, pero, ciertamente, me molesta que vayan más allá de determinados límites. Le pregunté a mi doncella y ésta me informó de que el ruido era causado por las bromas del viejo desconocido al que nunca habíamos visto. En otras palabras, por la persona con quien mi administrador había cubierto sin más ayuda las ocupaciones del botones en su ausencia. Le hablé a Moody al respecto.

»Contestó de un modo raro y confuso que había ejercido su obligación como mejor había juzgado y que (si él lo deseaba) le pediría al viejo que procurase conservar el buen humor aunque de un modo más moderado. Le pregunté cómo había dado con aquel hombre. *Por accidente, milady*, se limitó a contestar... Y no dijo ni una sola palabra más, ni buena ni mala. Como usted sabe, Moody contrata a los sirvientes; pero en todas las ocasiones anteriores, invariablemente, me ha consultado antes de que el asunto quedase zanjado. Realmente, no me siento muy segura con esa persona que ha sido metida en mi casa de un modo tan extraño... pudiera ser un

borracho, o un ladrón. Me gustaría que hablase usted con Moody, señor Troy. ¿Le importaría tocar la campanilla?

El señor Troy se levantó, como cosa normal, y tocó la campanilla.

Estaba ya convencido, es innecesario decirlo, de que Moody había vuelto a la consulta del Viejo Sharon bajo su propia responsabilidad, pero, lo que aún era peor, se había tomado la incalificable libertad de introducirlo como un espía en la casa. Comunicar aquella aclaración a Lady Lydiard habría, en las circunstancias de aquel momento, simplemente ocasionado prescindir de los servicios del administrador. La única alternativa posible era interrogar a Moody en privado y, tras reprenderlo debidamente, insistir en que la marcha automática del Viejo Sharon sería la única condición para que el señor Troy dejase, consecuentemente, a Lady Lydiard en la ignorancia de la verdad.

—Pienso que puedo entendérmelas con Moody, si es que Su Señoría me permite verlo en privado —dijo el abogado—. ¿Puedo bajar las escaleras y hablar con él en su propia habitación?

—¿Por qué tiene que molestarse? —dijo Lady Lydiard—. Véalo aquí y yo me iré al *boudoir*.

Mientras daba aquella réplica, el lacayo apareció en la puerta del saloncito.

—Mándame a Moody —dijo Lady Lydiard.

La respuesta del lacayo, expresada en aquel mismo momento, tomó una importancia que no existía en las palabras del lacayo.

—Milady —dijo—, Moody ha salido.

Capítulo XIII

Mientras las extrañas actividades del administrador eran tema de conversación entre Lady Lydiard y el Señor Troy, Moody estaba solo en su habitación, ocupado en escribir a Isabel. Al no estar dispuesto a que más ojos que los suyos vieran la dirección, él mismo se ocupó de echarla al correo; el momento que decidió para dejar la casa resultó ser, desgraciadamente, el mismo que Su Señoría propuso para su conversación con el abogado. Diez minutos después de que el lacayo anunciase su ausencia, Moody estaba de vuelta. Pero ya era muy tarde para que pudiera presentarse en el recibidor. En el intervalo, el Señor Troy habíase ido y la posición de Moody había descendido un grado más en la estima de Lady Lydiard.

Isabel recibió la carta en el correo de la mañana del siguiente día. Si se hubiera necesitado cualquier justificación a las sospechas del Señor Troy, los términos en que Moody escribía habrían bastado para suplirla.

Querida Isabel (espero poder llamarla Isabel en este difícil momento, sin ofenderla):

Tengo que hacerle una propuesta sobre la que, la acepte o no, he de pedirle guarde el secreto ante cualquier criatura viviente excepto nosotros dos. Comprenderá mi petición si añado que estas líneas cuentan el modo de encontrar la orden de pago robada.

He entrado, privadamente, en conversaciones con una persona de Londres que es, al menos eso creo, la única lo suficientemente competente para poder ayudarnos a lograr nuestro objetivo. Ha hecho ya muchas otras investigaciones de carácter privado. Conozco algunas de ellas; las demás se mantienen en secreto hasta este momento. La persona a la que aludo desea mantener —en mi presencia— una conversación de media hora con usted. Me apresuro a advertir que es un hombre de aspecto bastante raro y, quizá, peligroso. Tengo que pedirle a usted que olvide su apariencia en consideración a lo que está dispuesto a hacer por usted.

¿Creería usted conveniente vernos un poco más allá de la hilera de villas en que vive su tía, pasado mañana a las cuatro en punto de la tarde? Envíeme sólo una línea para decirme si acepta la cita y conviene con la hora y el lugar.

Suyo afectísimo, su devoto y sirviente amigo,

Robert Moody

La advertencia del abogado de que se cuidase de aceptar inmediatamente cualquier propuesta de Moody acudió a la mente de Isabel en cuanto hubo leído aquellas líneas. Cediendo a la plegaria que se le hacía, Isabel no consultó con el Señor Troy y decidió por sí misma.

No había ningún obstáculo para que eligiese libremente entre sus alternativas. Tras el tardío almuerzo, a las tres en punto, la señorita Pink se retiraba habitualmente a su propia habitación *para meditar*, como ella misma decía. Sus *meditaciones* acababan, invariablemente, con un estruendoso sueño de varias horas; y, durante aquel tiempo, Isabel era libre de hacer lo que mejor le pareciese. Tras considerables dudas, su implícita fe en la sinceridad y devoción de Moody, unidas al sentimiento de curiosidad por ver al compañero elegido por Moody, decidieron a Isabel a dar su consentimiento a la cita.

Ocupando su puesto a espaldas de la casa, en el día y hora fijados por Moody, se creyó completamente preparada para la más desfavorable impresión que el más desagradable de los desconocidos pudiera ofrecer.

Pero la primera aparición del Viejo Sharon —tan sucio como siempre, vestido con un largo, cruzado y gris gabán, con el perrillo corriéndole entre los tobillos y el negro humo de la pipa saliéndole de la boca, con un sombrero alto de color blanco que parecía haber sido recogido del arroyo y una desenvuelta forma de andar— la tomó tan completamente por sorpresa que no pudo agradecer las solicitudes de Moody más que con un apretón de manos. En cuanto al compañero de Moody, mirarle por segunda vez era más de lo que su resolución la permitía. Miró fijamente el doguillo y lo hizo por una buena razón: por todas las apariencias, era el más noble de los dos animales.

En aquellas circunstancias, la entrevista amenazaba con empezar de un modo embarazoso. Moody, descorazonado por el silencio de Isabel, no intentó dar comienzo a la misma; parecía más bien meditar una apresurada retirada hacia la estación que acababa de dejar. Afortunadamente, a su lado estaba el hombre adecuado (por una vez) y en el lugar adecuado. El Viejo Sharon afrontó aquello como si de una emergencia se tratase.

—No soy un viejecito simpático, ¿verdad, querida? —dijo, mirando de soslayo a Isabel con ojos entornados—. ¡Bendita sea! ¡Pronto se acostumbrará a mí! Ya ve, soy uno de esos colores que, al decir de los lenceros, destiñen al lavarse. ¡Y es así por el amor! A primeros de siglo vi cómo mis afectos se marchitaban; y dejé de cuidarme a partir de entonces. La decepción adopta diferentes formas, señorita, en los diferentes

hombres. Creo que no he tenido corazón suficiente para cepillarme el pelo en los últimos cincuenta años. Era una mujer magnífica, señorita Miller, y me dejó caer como si fuera una patata caliente. ¡Maldición! ¡Maldición! No sigamos adelante con este doloroso tema. ¡Oh! ¡Éste es un condado muy hermoso! ¡Tiene un magnífico cielo azul! Me gusta el campo, señorita; lo veo muy pocas veces, ¿sabe? ¿Tiene alguna objeción a que caminemos por la campiña? La campiña, querida, consigue sacar toda la poesía que hay en mi naturaleza. ¿Dónde está el perro? ¡Aquí, *Puggy*! *Puggy*, busca por ahí a ver si encuentras alguna hierba purgante para perros. Es algo muy bueno, ya lo saben, después de una dieta de carne en Londres. ¡Señor! ¡Hay que ver cómo despiertan mis sentidos en esta excelente atmósfera! ¿Parece mi tez más brillante, señorita? ¿Quiere echar una carrera conmigo, señor Moody, o me obligará a retroceder saltando como una rana? No estoy loco, mi querida jovencita, sólo estoy contento. Vivo, ya ve usted, en medio del hedor de Londres; y el aroma de los setos y las flores del campo son demasiado para mí. Me afectan la cabeza. ¡Estoy borracho! Aunque vivo de pan, me emborracho con el aire fresco. ¡Oh, qué hermoso día! ¡Oh, qué joven e inocente me siento! —En aquel punto, la inocencia lo dominó y empezó a cantar—: *Me gustaría ser una mosca para acostarme entre los pechos de mi amor.* ¡Olé! ¡Aquí estamos, entre la suave y agradable hierba! Y, oh, Dios mío, allí hay un terraplén que baja hasta una hondonada. Es irresistible, ¿saben? Señor Moody, tenga mi sombrero y guárdemelo. ¡Voy a bajar rodando por la pendiente!

Tendió el horrible sombrero al sorprendido Moody, dejándolo plantado en lo alto de la cuesta mientras, deliberadamente, rodaba por ella, lo mismo que podía haberlo hecho cuando era niño. Los faldones del largo abrigo volaron locamente a impulsos del viento; el perro le persiguió, saltando por encima y ladrando feliz; gritó y chilló respondiendo al animal sin dejar de girar, cada vez más deprisa; y cuando se levantó, en el fondo, llamó alegremente a los compañeros que tenía por encima de él.

—Ya se lo dije: es como si tuviera veinte años menos.

Aquello no podía seguir resistiéndolo la gravedad humana. El triste y silencioso Moody sonrió, e Isabel hizo lo apropiado para sonreír.

—¿Todavía —dijo el Viejo Sharon— no se ha acostumbrado usted a mí, señorita? Es como si ese hombre llevara una vida equivocada, ¿no es así? Devuélvame mi sombrero, Moody. ¡Y ahora vayamos con los negocios! —Giró en redondo mientras el perro seguía ladrando a sus pies—. ¡Negocios, *Puggy*! —gritó agudamente, y *Puggy*, cerrando la boca instantáneamente, no dijo nada más.

—Muy bien, veamos —continuó el Viejo Sharon una vez se hubo reunido con sus amigos y recuperado el aliento—. Hablemos un poco de usted misma, señorita. ¿Ya le ha contado señor Moody quién soy y lo que voy a hacer por usted? Excelente. ¿Puedo ofrecerle el brazo? ¡No! Parece usted muy independiente. De acuerdo. No tengo nada que objetar. Soy un afable anciano, de verdad. ¿Vamos ahora con Lady Lydiard?

¿Podría decirme en primer lugar cómo trabó conocimiento con ella?

Vagamente sorprendida por la pregunta, Isabel contó su pequeña historia. Observando el rostro de Sharon mientras la joven hablaba, Moody percibió que no estaba haciendo el menor caso a la narración. Sus agudos y descarados ojos observaban las facciones de Isabel ausentemente; los carnosos labios se retorcían con una sardónica y medio satisfecha sonrisa. Le estaba tendiendo alguna especie de trampa, aquello era evidente. Sin una palabra de advertencia —mientras Isabel estaba en medio de una frase—, la trampa se abrió al mismo tiempo que se abrían los labios del Viejo Sharon.

—¡Basta! —cortó—. ¿Cómo consiguió *usted* sellar la carta de Su Señoría, eh?

La pregunta no guardaba relación, ni directa ni indirectamente, con lo que Isabel estaba contando en aquel momento. En la súbita sorpresa de oírlo, miró fijamente a Sharon con ojos de sobresalto. El viejo vagabundo cloqueó para sí mismo.

—¿Ha visto? —le susurró a Moody—. Le pido perdón, señorita —continuó—. No volveré a interrumpirla. ¡Dios mío!, qué interesante, ¿verdad, Moody?

Pero Isabel, aunque habló con perfecta corrección y mesura, declinó seguir con su historia.

—Lo mejor será que le cuente, caballero, cómo sellé la carta de Su Señoría —dijo—. Si puedo aventurar una opinión, *esa* parte de mi historia es la única que se relaciona con los asuntos que hoy está usted tratando conmigo.

Sin más prefacio, describió las circunstancias que la habían llevado a asumir la peligrosa responsabilidad de haber sellado la carta. La errante atención del Viejo Sharon empezó a vagabundear nuevamente: de modo claro, estaba ocupado en tender una nueva trampa. Por segunda vez interrumpió a Isabel en medio de una frase. Parándose en seco súbitamente, señaló unas ovejas que había en la parte más alejada de la campiña que atravesaban en aquel momento.

—¡Qué hermosa vista! —dijo el Viejo Sharon—. Allí hay una fila de inocentes ovejas, una detrás de otra, como de costumbre. Y el astuto perro ovejero está esperando detrás de la valla hasta que las ovejas necesiten sus servicios. ¡Me recuerdan al Viejo Sharon y al público! —Rió entre dientes por la ocurrencia de la notable similitud entre el perro pastor y él mismo, y las ovejas y sus clientes... y se lanzó sobre Isabel con una nueva pregunta—. ¡Dígame! ¿Había visto esa carta antes de sellarla?

—¡Claro que no! —respondió Isabel.

—¿Ni siquiera las señas?

—No.

—Pensando en otras cosas, ¿verdad?

—Muy posiblemente —dijo Isabel.

—¿En un nuevo sombrero, querida?

Isabel sonrió.

—Las mujeres no están pensando siempre en sombreros nuevos —le respondió.

El Viejo Sharon, por todas las apariencias, cambiaba de tema una vez más. Levantó el sucio y magro dedo índice y señaló nuevamente, en aquella ocasión hacia una casa que había a no mucha distancia de ellos.

—Seguro que es una granja —dijo—. Estoy muy sediento después de mi expedición colina abajo. ¿Cree usted, señorita, que me darán un poco de leche?

—Ciertamente —dijo Isabel—. Conozco a esta gente. ¿Quiere que vaya y se lo pida?

—Gracias, querida. Dígame una cosa antes de irse. Es sobre el sellado de la carta. ¿En *qué* estaba pensando mientras lo hacía? —La miró duramente y la tomó con presteza del brazo—. ¿Era en su novio? —preguntó con un susurro.

La pregunta hizo que Isabel recordara instantáneamente que había estado pensando en Hardyman mientras sellaba la carta. Se ruborizó al tiempo que aquel recuerdo le pasaba por la mente. Robert, notando su embarazo, se dirigió a Sharon bruscamente.

—No tiene usted derecho a hacer semejante pregunta a una señorita —dijo—. De aquí en adelante, procure ser más cuidadoso.

—¡Bueno, bueno, no se atosigue! —rogó el viejo taimado—. Un pobre viejo como yo bien puede gastar una broma inocente, ¿eh, señorita? Espero que no se lo tomen a mal si les digo que no pretendía ofender a nadie. Hagan el favor de no guardarme rencor. Vaya, como si fuera un ángel indulgente, a pedirme el vaso de leche.

Nadie apelaba a la dulzura de Isabel en vano.

—Lo haré con mucho gusto —dijo, y se apresuró hacia la granja.

Capítulo XIV

En el mismo momento en que Isabel ya no podía oírlo, el Viejo Sharon palmeó el hombro de Moody para llamar su atención.

—Quería alejarla de aquí —dijo—. Ahora, escúcheme. Mi asunto con ese ángel ha terminado. Debo volver a Londres.

Moody lo miró con desconcierto.

—¡Señor! ¡Qué poco sabe usted de ladrones! —exclamó el Viejo Sharon—. ¿Para qué cree, hombre de Dios, que la he probado dos veces con dos claras trampas? Si quiere una demostración de su inocencia, ahí la tiene, delante justo de las narices. ¿Me ha oído usted preguntarle acerca del sello de la carta justo cuando ella estaba pensando en otra cosa?

—Lo he oído —dijo Moody.

—¿Vio cómo se sobresaltaba y me miraba fijamente?

—Lo hice.

—Bien; puedo decirle que, si ella *hubiera* robado el dinero, nunca se habría sobresaltado ni me habría mirado sorprendida. Habría tenido una respuesta prevista de antemano, por si ocurría algún imprevisto. Hay una cosa que mi experiencia me ha enseñado acerca de los ladrones: cuando el ladrón es una mujer, nunca puede pillárselo por sorpresa. Grábeselo en la memoria, puede que algún día tenga que utilizarlo. ¿Notó usted su rubor y cómo dañaba sus sentimientos, pobre criatura, cuando hablé de su novio? ¿Cree usted que, si fuera una ladrona, habría reaccionado de ese modo? ¡Ella no lo hizo! Un ladrón se habría tranquilizado. El ladrón se habría dicho: *¡Estupendo! Cuanto más hable de novios el viejo loco más lejos estará de encontrar alguna pista que le lleve hasta mí.* ¡Sí, sí! Empezamos a aclararnos, amo señor Moody. He calibrado a los sirvientes; he preguntado a la señorita Isabel; he investigado en cuanto lugares pudieran sernos útiles, ¿y cuál ha sido el resultado? Mi opinión sigue siendo, como cuando vino usted a verme con el abogado —¡cómo lo aborrezco!—, tan clara y sensata como entonces. Tengo al ladrón pintado en la mente —dijo el Viejo Sharon, cerrando los astutos ojos y abriéndolos nuevamente— de una forma tan nítida como lo veo a usted en este mismo instante. Pero, basta —continuó mirando al sendero que conducía a la granja—. Tengo algo particular que decirle y apenas dispongo de tiempo antes de que vuelva esa encantadora joven. ¡Atento! ¿Está usted relacionado con el *valet* del Honorable señor Hardyman?

Los ojos de Moody se clavaron en el Viejo Sharon con una inquisitiva y dudosa mirada.

—¿El *valet* del señor Hardyman? —repitió—. No estaba preparado para oír el nombre de Hardyman.

El Viejo Sharon miró a Moody, a su vez, con una sonrisa sardónica y triunfal.

—¡Vaya! —dijo—. ¿Ya se ha aprendido mi muchacho la lección? ¿Quiere ver al ladrón a través de mis anteojos?

—Empecé a verlo —respondió Moody— cuando nos dio un consejo de una guinea en su domicilio.

—¿Puede susurrar su nombre? —preguntó el Viejo Sharon.

—Aún no. Desconfío de mi propio juicio. Esperaré a que el tiempo le dé la razón.

El Viejo Sharon enarcó las enmarañadas cejas y sacudió la cabeza.

—Con que tuviera usted un poco más de arranque y empuje —le dijo—, sería un inteligente compañero. Como lo es... —Acabó la frase chascando los dedos con una sonrisa de desprecio—. Dejemos los negocios. ¿Va a volver conmigo en el tren o se quedará un rato con la joven?

—Le seguiré en otro tren posterior —respondió Moody.

—En ese caso, tendré que darle instrucciones una vez más —continuó Sharon—. Haría usted muy bien en trabar conocimiento con el *valet* de Hardyman. Préstele dinero, si acaso lo necesita. Haga lo imposible por convertirse en su íntimo amigo. Yo no puedo tomar parte en esto: mi apariencia lucha en mi contra. Usted es el hombre adecuado; es usted respetable desde la copa del sombrero hasta la punta de las botas; nadie sospecharía de usted. ¡No haga objeciones! ¿Puede sobornar al *valet*? ¿O no puede?

—Puedo intentarlo —dijo Moody—. Y, luego, ¿qué?

El Viejo Sharon puso los labios desagradablemente cerca de la oreja de Moody.

—Su amigo, el *valet*, puede decirle quiénes son los banqueros de su amo —dijo—, y puede proporcionarle una muestra de su letra.

Moody retrocedió tan súbitamente como si su vagabundo compañero le hubiera plantado un cuchillo en la garganta.

—¡Maldito viejo! —exclamó—. ¿Me está incitando a la falsificación?

—¡Loco del infierno! —replicó el Viejo Sharon—. ¿Quiere mantener quieta la lengua y oír lo que tengo que decirle? Irá a ver a los banqueros de Hardyman con una nota de su puño y letra (exactamente imitada por mí) en los siguientes términos: *El señor Hardyman presenta sus cumplidos a los señores Tal y Cual y les indica que no está seguro de que se haya efectuado en su cuenta, durante la última semana, un apunte de quinientas libras. Quedaría muy agradecido a los señores Tal y Cual si lo informasen con una líneas de si ese apunte había sido anotado en sus libros y por quién había sido hecho el pago.* Usted esperará la respuesta de los banqueros y me la llevará a mí. Es posible que el nombre que no se atreve a susurrar aparezca en la carta. Si es así, tendremos a nuestro hombre. ¿Es eso falsificación, señor Cabezadura

Moody? Le diré que —si hubiera vivido lo mismo que usted y no supiera del mundo más de lo que usted sabe—, ¡iría y me ahorcaría! ¡Calma! Aquí vuelve nuestra encantadora amiga con la leche. Recuerde sus instrucciones y no se descorazone si mi intuición sobre la nota de los banqueros no conduce a nada. En ese caso, sé lo que hay que hacer y —lo que es más— yo mismo llevaré sobre los hombros el peso de los riesgos y problemas. ¡Oh, Dios! ¡Me temo que voy a tener que beberme la leche!

Con aquel aprensivo pensamiento en mente, avanzó para aligerar a Isabel de la carga que portaba.

—¡Menudo regalo! —gritó, fingiendo una alegría que contrastaba completamente con su sucio rostro—. Una amable y querida señorita ayudando a beber a un viejo con sus delicadas manos. —Hizo una pausa y miró la leche del mismo modo que si estuviera estudiando una dosis de medicina—. ¿Quiere alguien beber primero? —preguntó, ofreciendo la jarra, patéticamente, tanto a Isabel como a Moody—. ¿Saben?, yo no suelo emplear leche verdadera, sino tiza y agua. Desconozco el efecto que una vaca no adulterada puede producir en mi viejo interior. —Probó la leche con sumo cuidado—. ¡Por mi alma! Esto es demasiado bueno para mí. La vaca sin adulterar es un brebaje demasiado fuerte para beberlo solo. Si me lo permiten, lo rebajaré con un poco de ginebra. ¡*Puggy* ven *Puggy*! —Depositó la leche delante del perro y, sacando una petaca del bolsillo, la vació de un trago—. ¡Esto está mejor! —dijo mientras se chupaba los labios con un gesto de alivio infinito—. No sabe cuánto siento, señorita, haber causado tantos problemas para nada; la culpa ha sido de mi ignorancia, no mía. No sabía que era tan indigno de la leche genuina hasta que he tenido ocasión de probarla, ¿me cree? Y ahora también lo saben ustedes —continuó, mirando furtivamente el sendero que conducía a la estación—. Además, empiezo a pensar que tampoco soy digno del aire fresco. Una especie de anhelo parece llegar hasta mí desde la hediondez de Londres. Añoro el hollín de mi niñez y el querido barrio en que me crié. El aire es aquí demasiado ligero para mi gusto, y el cielo demasiado brillante; y, ¡oh, Dios!, cuando uno se ha acostumbrado al estruendo del tráfico —los autobuses y los taxis—, el silencio de estas zonas llega a ser de temer. Le deseo buenas tardes, señorita; me vuelvo a Londres.

Isabel se volvió hacia Moody con el desaliento claramente pintado en el rostro.

—¿Eso es todo lo que tiene que decir? —le preguntó a Moody—. Me dijo usted que nos ayudaría. ¿Quiere que entienda que él puede encontrar al culpable?

Sharon la oyó.

—Podría decir el nombre del culpable —respondió— tan fácilmente, señorita, como si dijera el suyo.

—¿Y por qué no lo hace?

—Porque todavía no es momento de hacerlo, señorita; ésa es una razón. Porque, si menciono el nombre del ladrón, usted pensaría, como hace ahora mismo, señorita

Isabel, que estoy loco; y usted, señor Moody, creería haber tirado el dinero; ésa es otra razón. Ya lo verán, si pueden esperar un poco más.

—Será porque usted lo dice —replicó Isabel—. Si pudiera dar usted el nombre del ladrón, yo creo que debería hacerlo ahora.

Isabel se volvió con el ceño fruncido nublando su agradable rostro. El Viejo Sharon la siguió. Incluso sus toscas sensibilidades parecían sentir la irresistible ascendencia de la belleza y la juventud.

—¡Y lo diré! —empezó—. Somos parcialmente amigos, lo sabe; me partiría el pecho por demostrarlo. Tenían leche en la granja. ¿Cree que tendrán una pluma, tinta y papel?

Isabel respondió sin volverse para mirarle.

—¡Naturalmente que tienen!

—Y una barra de lacre.

—Me atrevería a afirmarlo.

El Viejo Sharon clavó sus sucias garras en el hombro de la joven y la forzó a mirarlo sin llegar a agitarla.

—¡Pues, vamos! —dijo—. La tranquilizaré con algo de información por escrito.

—¿Por qué quiere escribirle? —preguntó Isabel llena de sospechas.

—Porque quiero imponer mis condiciones, querida, antes de hacerla partícipe del secreto.

Diez minutos después los tres se hallaban en el salón de la casa. En la granja sólo se encontraba la esposa del granjero. La buena mujer tembló de la cabeza a los pies al ver al Viejo Sharon. En toda su inofensiva existencia, nunca antes había contemplado la humanidad bajo el aspecto con el cual, en aquel instante, se le presentaba a la vista.

—¡Dios nos proteja, señorita! —susurró a oídos de Isabel—. ¿Cómo va usted con una compañía como ésa? —Instruida por Isabel, la mujer llevó los materiales necesarios para escribir y lacrar... y, una vez hecho, se retrepó detrás de la puerta—. Le ruego me disculpe, señorita —dijo, con una última mirada horrorizada a su venerable visitante femenina—, pero la verdad es que no puedo seguir viendo esa montaña de porquería en mi immaculado salón. —Con aquellas palabras, desapareció y no se la volvió a ver.

Totalmente indiferente a la acogida que le dispensaban, el Viejo Sharon escribió; incluyó lo que había escrito en un sobre y lo lacró (en ausencia de cualquier instrumento más útil para aquel propósito) con la embocadura de la pipa.

—Ahora, señorita —dijo—, deme su palabra de honor —se detuvo para mirar a Moody con una mueca—, y usted la suya, de que no romperá el sello de este sobre hasta que haya pasado una semana a partir de hoy. Esas son las condiciones señorita Isabel, con las que le doy la información. ¡Si no deja de discutir conmigo, encenderé la vela y quemaré la carta!

Era inútil discutir con él. Isabel y Moody hicieron las promesas que les pedía. Con una pronunciada reverencia, entregó el sobre a Isabel.

—Cuando haya pasado una semana —dijo el Viejo Sharon—, su opinión sobre mí posiblemente sea mejor que ahora. Buenas tardes, señorita. ¡Vámonos, *Puggy*! ¡Despidámonos de la terrible limpieza del campo y volvamos a la alegre suciedad de Londres!

Asintió hacia Moody, echó una mirada de reojo a Isabel, se rió entre dientes para sí mismo y dejó la granja.

Capítulo XV

Isabel bajó la mirada hacia la carta que tenía en las manos, la consideró unos instantes y se volvió hacia Moody.

—Me siento tentada a abrirla —dijo.

—¿Después de la promesa? —la reprobó Moody gentilmente.

Isabel planteó una objeción con lógica de mujer.

—¿Es una promesa en firme —preguntó— la que se hace a alguien tan sucio, irrespetuoso y presumido viejo como Viejo Sharon? ¡Me maravilla que confíe en una persona en la que yo no lo hago!

—Dudé lo mismo que usted —respondió Moody— cuando lo vi por primera vez en compañía del señor Troy. Pero hubo algo en su primera conclusión sobre el caso que alteró mi opinión sobre él para mejorarla. Desprecio su apariencia y modales tanto como usted, incluso me avergüenza habérselo presentado. Y todavía no estoy del todo seguro de haber actuado sensatamente contratando los servicios del señor Sharon.

Isabel escuchaba ausentemente. Tenía algo más que decir y estaba considerando cómo hacerlo.

—¿Puedo hacer una pregunta delicada? —dijo.

—La pregunta que quiera.

—¿Ha...? —Dudó y lo miró embarazada—. ¿Ha pagado usted mucho dinero al señor Sharon? —concluyó, reuniendo valor súbitamente.

En vez de contestar, Moody sugirió que ya era hora de regresar a la villa de la señorita Pink.

—Puede que su tía se haya intranquilizado por usted —dijo.

Isabel inició el recorrido del sendero que salía de la granja silenciosamente. Volvió al tema del dinero del señor Sharon mientras regresaban por el camino que atravesaba la campiña.

—Estoy segura de que no se ofenderá usted conmigo —dijo educadamente— si reconozco que me siento preocupada por los gastos. No puedo impedir que use su dinero como si fuera mío, pero yo casi no tengo ahorros propios.

Moody le suplicó que no siguiera con aquel tema.

—¿A qué mejor causa puedo dedicar mi dinero que a servir sus intereses? —preguntó—. Mi único objetivo en la vida es aliviarla de sus actuales preocupaciones. ¡Sería el más feliz de los hombres si consiguiera que tuviera usted un solo momento de felicidad gracias a mis esfuerzos!

Isabel lo tomó de la mano y lo miró con lágrimas de agradecimiento en los ojos.

—¡Qué bueno es usted conmigo, señor Moody! —dijo—. Quisiera poder decirle lo profundamente que agradezco su amabilidad.

—Puede hacerlo fácilmente —contestó con una sonrisa—. Llámeme Robert, no señor Moody.

Isabel tomó el brazo de Moody con una familiaridad que a éste le encantó.

—Si fuese usted mi hermano, me gustaría llamarle Robert —dijo Isabel—, y sé que ningún hermano se hubiera portado conmigo más devotamente que usted.

Moody miró ávidamente el brillante rostro vuelto hacia él.

—¿No puedo esperar ser para usted nada más entrañable y querido que un hermano? —preguntó tímidamente.

Isabel inclinó la cabeza y no dijo nada. Los recuerdos de Moody volvieron a la tosca referencia de Sharon sobre su *novio*. Isabel se había turbado al oír la pregunta. ¿Qué habría hecho si hubiese sido Moody quien la hubiese formulado? La cara respondió por ella: palideció; Isabel parecía más seria que de costumbre. Ignorando como ignoraba los métodos femeninos, el instinto le dijo a Moody que aquélla era una mala señal. ¿Serían sus nacientes colores una confesión de que, uniendo tiempo y gratitud, llegaría a amarlo? Moody observó que la inevitable conclusión sólo se producía en su propia mente.

—Espero no ofenderla —dijo tristemente.

—Oh, no.

—Me gustaría no haberlo dicho. Espero que no piense que la he servido movido por algún motivo egoísta.

—No lo pienso, Robert. Nunca pensaría eso de usted.

Aquello no satisfizo a Moody.

—Incluso en el caso de que usted estuviese casada con otro hombre —siguió sinceramente—, no habría habido diferencia en lo que intentaría hacer por usted. No me importaría lo que pudiera costarme, seguiría adelante para su bien.

—¿Por qué habla así? —gritó Isabel apasionadamente—. Ningún hombre podría reclamar tanto como usted mi aprecio y gratitud. ¿Cómo puede pensar de ese modo? No tengo secretos. Ni amigos a los que usted no conozca. Conténtese con esto, Robert, y no siga con este tema.

—¿No he de volver a hacerlo nunca? —preguntó, con la atontada persistencia de un hombre agarrado a un clavo al rojo.

En otro momento y en otras circunstancias, Isabel hubiérale respondido con dureza. En aquel momento, su respuesta fue de una perfecta cortesía.

—No de momento —dijo—. Desconozco mi propio corazón. Deme tiempo.

Su gratitud trató de aferrarse a aquellas palabras, lo mismo que el náufrago que intenta agarrarse al proverbial tablón salvador. La tomó de la mano y, súbita y

cariñosamente, apretó los labios contra ella. Isabel no mostró confusión. Lo lamentaba por él, ¡pobre desdichado!

¿Y aquello era todo?

Pasearon, tomados del brazo, silenciosamente. Cruzando el último campo entraron de nuevo en el camino que conducía a la hilera de villas en que vivía la señorita Pink. Las mentes de los dos estaban llenas de preocupación. Ninguno vio que un caballero se acercaba a lomos de un caballo, seguido por un mozo de cuadra. Avanzaba lentamente, el caballo iba al paso, y sólo observó a los dos viandantes cuando estuvo cerca de ellos.

—¡Señorita Isabel!

Isabel se sorprendió, levantó la vista y vio a... Alfred Hardyman.

Iba ataviado con un traje impecable de brillante color tostado y un sombrero puntiagudo de fieltro ligeramente más oscuro y del mismo color que, con un sentido pintoresco, mejoraba su apariencia personal. Su placer al descubrir a Isabel tuvo las mismas características que el de otras ocasiones más ordinarias. Se sentaba en su caballo, un magnífico ejemplar de caza, fácil y graciosamente. Los ligeros guantes de color ambarino le sentaban perfectamente. Su obediente sirviente, en otra excelente montura, esperaba tras él. Era la personificación del rango y el abolengo o de la salud y la prosperidad. Qué contraste a los ojos de la mujer con el tímido, pálido y melancólico hombre que, vestido con un traje de un negro inoportuno, mirando de un modo incómodo, había bajo él, y ella sintió y vio lo que él sentía: ¡su profunda posición inferior! A pesar de sí misma, el traicionero rubor cubrió el rostro de Isabel, en presencia de Moody, y con los ojos de Moody observándola con desconfianza.

—Ésta es una muestra de buena suerte que difícilmente hubiera esperado —dijo Hardyman con la fría, tranquila y monótona forma de hablar que empleaba habitualmente en presencia de Isabel—. He vuelto de Francia esta misma mañana y he hablado ya con Lady Lydiard con la esperanza de verla a usted. No estaba en casa, y usted se hallaba en el campo, y los sirvientes ignoraban la dirección. No he podido sacar nada de ellos, salvo que estaba usted con alguien de su familia. —Miró a Moody mientras hablaba—. ¿Lo he visto ya antes? —preguntó descuidadamente—. Sí; con Lady Lydiard. Usted es su administrador, ¿verdad? ¿Cómo está usted? —Moody, con la mirada clavada en el suelo, respondió silenciosamente con una reverencia. Hardyman, indiferente por completo a que el administrador de Lady Lydiard hablase o no, se volvió en la silla y miró a Isabel con admiración—. Empiezo a pensar que al fin ha cambiado mi suerte —continuó con una sonrisa—. Estaba dando un paseo alrededor del criadero, desesperado por volver a verla, Isabel, ¡y me la encuentro en medio del camino! Espero que esté tan contenta de verme como yo de verla a usted. No me contesta, ¿eh? ¿Puedo hacer otra pregunta? ¿Reside usted en nuestro vecindario?

Para Isabel no había más alternativa que contestar a aquella última pregunta. Hardyman la había encontrado paseando y no había dudas en cuanto a las inevitables consecuencias de aquel hecho, aunque Hardyman fuese lo suficientemente cortés para no mencionarlas con palabras.

—Sí, señor —contestó con timidez—, resido en el vecindario.

—¿Y quién es su pariente? —prosiguió Hardyman con su fácil modo de hablar—. Lady Lydiard me dijo, cuando tuve el placer de verla, que tenía usted una tía que vivía en el campo. ¡Tengo muy buena memoria, señorita Isabel, para cualquier cosa relacionada con usted! ¿Se trata de su tía? ¿Sí? Conozco a todo mundo por los alrededores. ¿Cuál es el nombre de su tía?

Isabel, que aún seguía con la mano apoyada en el brazo de Moody, se sintió ligeramente temblorosa cuando Hardyman hizo aquella pregunta. Si hubiera estado hablando con alguien de su misma categoría, Isabel habría sabido cómo contestar directamente a la cuestión. Pero ¿qué decirle a aquel magnífico caballero en su excelente montura? Le habría bastado a Hardyman con enviar a su criado a la aldea para que preguntase con quién vivía la joven de Londres para que, como respuesta, una docena de voces por lo menos hubiera señalado directamente hacia su tía. Lanzó a Moody una suplicante mirada y pronunció el distinguido nombre de su tía.

—¿La señorita Pink? —repitió Hardyman—. ¿Debo conocer seguro a la señorita Pink? —Acudieron a su memoria los últimos festejos en que le habían presentado a desconocidos—. ¿Fue en el certamen de arquería? ¿En el reparto de premios de la escuela de gramática? ¿No? ¿Sería entonces en la exposición floral?

Había sido en la exposición floral. Isabel se lo había oído decir a la señorita Pink por lo menos cincuenta veces, y se vio obligada a admitirlo.

—No sabe cuánto me avergüenza no haberme acordado —prosiguió Hardyman—. La verdad es que he estado muy ocupado. Soy muy malo devolviendo visitas. ¿Va usted camino de su casa? Déjeme acompañarla y yo mismo le pediré excusas a la señorita Pink.

Moody miró a Isabel. Fue una mirada que duró sólo un momento, pero la joven la comprendió perfectamente.

—Me temo, señor, que mi tía no podrá tener el honor de recibirlo hoy —dijo.

Hardyman estuvo de acuerdo. Sonrió y palmeó el cuello del caballo.

—Mañana, entonces —dijo—. Mis cumplidos. Acudiré por la tarde. Déjeme ver... La señorita Pink vive en... —Esperó como si quisiese que Isabel ayudase a su traicionera memoria una vez más. La joven volvió a titubear. Hardyman se volvió a mirar a su lacayo. El caballero encontraría la dirección aunque no tuviera ni idea de cuál era. Además, estaba la pequeña hilera de casas que se veían en la parte más alejada del camino. Isabel señaló las villas, como una necesaria concesión de sus buenos modales, antes de que el mozo se la anticipase.

—Mi tía vive allí, señor. En una casa llamada El Césped.

—¡Ah, naturalmente! —dijo Hardyman—. Tendría que haberme acordado, pero tengo tanto que pensar sobre el criadero. Me temo que al hacerme viejo mi memoria ya no es tan buena como antes. Me alegra haberla visto, señorita Isabel. Vengan usted y su tía a ver mis caballos. ¿Le gustan los caballos? ¿Le gusta montar? Tengo una yegua ruana muy tranquila y adecuada para que monten las jovencitas. Pienso que a usted le iría bien. ¿Le dará usted a su tía mis más sinceros saludos? ¿Sí? ¡Me alegra mucho haberla visto! Nuestro aire mejora con su presencia. Espero que su estancia entre nosotros sea larga. No puedo dejar de pensar en el placer de verla. ¡Adiós, señorita Isabel; adiós, hasta mañana!

Se tocó el ala del sombrero despidiéndose de Isabel, asintió hacia Moody y siguió su camino hacia el criadero. Isabel volvió la vista hacia su compañero. Los ojos de Moody seguían observando el suelo. Pálido, silencioso, inmóvil, esperando como perro hasta que la damisela hizo ademán de que avanzasen de nuevo hacia la casa.

—¿No se habrá enfadado usted conmigo porque haya hablado con el señor Hardyman? —le preguntó a Moody ansiosamente.

El hombre levantó la cabeza ante el sonido de su voz.

—¿Enfadado con usted, querida? ¿Por qué iba a estar enfadado?

—Parece usted muy cambiado, Robert, desde que hemos visto al señor Hardyman. No podía dejar de hablarle, ¿verdad?

—Ciertamente, no.

Siguieron paseando hacia la villa. Isabel seguía molesta. Había algo en la silenciosa sumisión de Moody que convertía cuanto ella dijera o hiciese en algo que le dolía y humillaba.

—¿No estará usted celoso? —dijo Isabel, sonriendo tímidamente.

Moody intentó no dar importancia a sus palabras.

—No tendré tiempo para estar celoso hasta que no haya acabado con todos los asuntos que la conciernen —respondió.

Isabel le apretó el brazo tiernamente.

—No debe temer nunca, Robert, que los nuevos amigos me hagan olvidar al mejor y más querido amigo, al mismo que ahora tengo junto a mí. —Hizo una pausa y levantó la vista hacia él de un modo lleno de compasiva ternura que fue maravilloso de ver—. Podré ponerme fuera de alcance mañana, cuando el señor Hardyman llame —dijo—. Es a mi tía a quien quiere ver, no a mí.

Era muy generoso lo que decía. Pero, mientras que la mente de Isabel se ocupaba tan sólo con el presente, la de Moody estudiaba el futuro. Había aprendido a las mil maravillas la dura lección del autosacrificio.

—Por mucho que piense —dijo suavemente—, no piense en mí.

Llegaron a la verja de la villa. Moody le tendió la mano para despedirse.

—¿Quiere entrar? —preguntó Isabel—. ¡Entre!

—Ahora no, querida. He de regresar a Londres tan pronto como pueda. Debo hacer algo por usted y lo mejor es acabar cuanto antes.

Isabel escuchó sus excusas sin prestar atención.

—No se porta usted como de costumbre, Robert —dijo—. ¿Por qué? ¿En qué está pensando?

Moody estaba pensando en el brillante rubor que iluminó su rostro cuando habló con Hardyman; pensando en la invitación para verla en el criadero y que montase la yegua ruana; pensando en la posición totalmente indefensa en la que quedaba él mismo frente a Isabel y frente al caballero de alta cuna que tanto la admiraba. Pero dejó para sí mismo sus terrores y dudas.

—El tren no me esperará —dijo, y la tendió la mano nuevamente.

Isabel no sólo estaba perpleja; estaba realmente confundida.

—¡No me deje de un modo tan frío! —rogó. Sus ojos bajaron y los labios le temblaron ligeramente—. Deme un beso de despedida, Robert. —Dijo aquellas palabras suave y tristemente, a pesar de los hondos y piadosos sentimientos hacia él. Moody se sobresaltó; su rostro se despejó súbitamente; sus pensamientos recobraron la esperanza. Un momento más tarde, el cambio llegó; al momento siguiente, Moody lo comprendió.

Mientras tocaba la mejilla con los labios, Moody palideció.

—No se olvide —dijo en un tono bajo y vacilante, y la dejó.

La señorita Pink encontró a Isabel en el vestíbulo. Refrescada por su inquebrantable descanso, la ex profesora se hallaba en un excelente marco mental cuando recibió las noticias de su sobrina.

Al ser informada de que Moody en persona había viajado hasta South Morden para informar de los avances de las investigaciones, la señorita Pink lo aprobó altamente como sustituto del señor Troy.

—El señor Moody, como hijo de un banquero, es un caballero por nacimiento —observó—; y ha sido muy condescendiente al aceptar ser el administrador de Lady Lydiard. Lo que he visto de él, cuando ha venido a acompañarte, me ha predisposto mucho a su favor. Mi confianza en él, Isabel, es tan grande como la tuya, y es, en todos los aspectos, superior al señor Troy. ¿Has encontrado algunos amigos, querida, mientras paseabas?

La respuesta a aquella pregunta produjo una especie de transformación en la señorita Pink. El alegre culto al rango de su nación se alegró mientras hablaban del mensaje de Hardyman. Parecía más alta y joven que de costumbre. Era todo sonrisas y dulzura.

—Por lo menos, Isabel, has visto el nacimiento y crianza bajo su verdadero aspecto —dijo—. En la sociedad de Lady Lydiard no es posible hacerse una idea

correcta de la aristocracia británica. Observa al señor Hardyman cuando venga mañana a vernos y verás la diferencia.

—El señor Hardyman es tu visitante, no el mío. Iba a pedirte que me dejarás quedarme arriba, en mi cuarto.

La señorita Pink resultó sensiblemente impresionada.

—¡Eso es lo que has aprendido en casa de Lady Lydiard! —observó—. No, Isabel. Tú ausencia sería una falta de buenos modales y eso no puedo permitirlo. Estarás preparada para recibir a nuestro distinguido visitante conmigo. ¡Y acuérdate de esto! —añadió la señorita Pink del modo más expresivo—. Si por casualidad el señor Hardyman preguntara el motivo por el que has dejado la casa de Lady Lydiard, ¡no menciones ni una sola palabra acerca de las desgraciadas circunstancias que te relacionan con la pérdida de la orden de pago! Me metería bajo tierra si una sola palabra de lo que realmente ha pasado llegase a oídos del señor Hardyman. Hija mía, ahora yo estoy en el lugar de tu difunta madre; tengo derecho a exigirte silencio sobre este horrible tema, y a ordenártelo imperativamente.

Con aquellas irritadas palabras, la señorita Pink sembró la semilla de la cosecha de problemas que se avecinaba.

Capítulo XVI

Pagando su cortesía a la ex profesora al día siguiente, Hardyman hizo un uso excelente de las oportunidades que se presentaban para que aquélla visitara el criadero de caballos al día siguiente. Su propio carruaje fue puesto a disposición de Isabel y de su tía; y su propia hermana estaba presente para conferir especial distinción a la recepción de la señorita Pink.

En un país como Inglaterra, donde anualmente se suspende la Legislatura para honrar una carrera de caballos, es natural y adecuado que el confort de los caballos sea la primera consideración en un criadero de caballos. Nueve décimas partes de la finca de Hardyman estaban destinadas, de un modo u otro, al noble cuadrúpedo de frente hundida y larga nariz. La pobre humanidad se contentaba con alojamientos de segunda y tercera categoría. Las tierras ornamentales se extendían pobremente y eran de limitada extensión... y, hasta la propia vivienda, era, literalmente, un criadero. Un porche y una cocina, una *smoking room*, un dormitorio y una cámara dispuesta para un amigo, todo ello escasamente amueblado, lo bastante para las modestas necesidades del propietario de los terrenos. Si uno quería recrear los ojos con el lujo, debía ir a los establos.

Una vez descrita la cuadra, la presentación de la hermana de Hardyman debería ser el siguiente paso en aplicación de la lógica.

La Honorable Lavinia Hardyman estaba, como todo el mundo social sabía, casada desde muy joven con el general Drumblade. Se decía que era un gran negocio, pero aquello no era decir mucho para describir a la señora Drumblade como la más liosa de las mujeres de su edad en toda Inglaterra. El escándalo era la razón de su existencia: poner a la gente en situaciones equívocas, divulgar secretos y destrozar personajes, minar amistades y agravar enemistades... Aquéllas eran las fuentes de alegría con que tan peligrosa mujer mantenía una inagotable cadena de buen humor que hacía de ella un brillante astro de la esfera social. Era una de esas privilegiadas pecadoras de la sociedad moderna. La peor travesura que pudiera hacer era definida como prueba de su *excelente vitalidad*. Mostraba una gran familiaridad que (dentro de su clase), apenas se descubría como indolencia disfrazada. Su poder de autoconvicción encontraba siempre a alguien dispuesto a aceptarla en sus propios términos y como ella quería. Era una de esas grandes y poderosas mujeres de terminantes modales, volubles lenguas y ojos saltones que lo arrasan todo ante sí. La sociedad de más abolengo se consideraba modestamente en peligro de caer en la abulia en ausencia de la señora Drumblade. Incluso Hardyman —que la veía tan poco

como le era posible, cuya francamente recta naturaleza rechazaba por instinto a su propia hermana— consideraba que ninguna otra persona sería más apta para hacer la recepción agradable a la señorita Pink mientras él mismo concretaba sus atenciones en su sobrina. La señora Drumblade aceptó el puesto que se le ofrecía con la mejor disposición del mundo. En su fuero interno, colocó una suposición de los motivos de su hermano con la mayor injusticia. Creía que las intenciones de Hardyman hacia Isabel aventuraban los mayores beneficios. Ayudar a aquel fin, mientras su relativa proximidad a la joven se suponía que era para cuidarse de ella, era la idea de *diversión* de la señora Drumblade. Sus peores enemigos admitían que la Honorable Lavinia tenía cualidades seductoras, y que su magnífico sentido del humor era uno de sus mayores méritos.

¿Era la señorita Pink una persona capaz de resistir las fascinaciones de la señora Drumblade? ¡Viva la ex profesora! Antes de que llevara cinco minutos en el criadero, la hermana de Hardyman la había pescado, capturado y sacado a tierra. ¡Pobre señorita Pink!

La señora Drumblade podía asumir una gran gravedad de modales cuando las circunstancias lo requerían. Fue grave, fue digna, cuando Hardyman hizo las presentaciones. No pudo decir que estaba encantada por ver a la señorita Pink —el vocabulario usual en la sociedad no era para los oídos de la señorita Pink—, pero dijo que conocerla era un privilegio. Era tan raro encontrar personas de elevado intelecto entre la sociedad. La señora Drumblade fue informada acto seguido de sus triunfos en la educación de la juventud. La señora Drumblade no había recibido la bendición de los hijos, pero tenía sobrinos y sobrinas, y estaba preocupada por su educación, especialmente por la de las sobrinas. ¡Había que ver lo dulce y modesta que era Isabel! Quería que sus sobrinas, era su mayor deseo, se pareciesen a Isabel cuando creciesen. El problema era encontrar el método adecuado de educación. Reconocía que tenía motivos egoístas para haber querido conocer a la señorita Pink. Que fueran al criadero, sin duda, a ver los caballos de Alfred. A la señora Drumblade no le interesaban los caballos; su interés era el asunto de la educación. Confesó incluso que había aceptado la invitación de Alfred para poder conocer a la señorita Pink. Habría amplias posibilidades, confirmó, para poder mantener una pequeña conversación al respecto. Era, quizá, ridículo hablar, a su edad, de que se sentía como si fuera una de las pupilas de la señorita Pink, pero aquello expresaba exactamente la naturaleza de las aspiraciones que pasaban por su mente. En aquellos términos, abriéndose camino con certera precisión, la señora Drumblade tendió una red de adulación alrededor de la señorita Pink hasta que tuvo a la inocente mujer, en el sentido completo de la palabra, segura. Antes de que hubiera pasado revista a todos los caballos, Hardyman e Isabel estaban fuera de la vista, y la señora Drumblade y la señorita Pink, perdidas en los vericuetos de los establos.

—¡Esto es bastante estúpido para mí! Lo mejor que podemos hacer es volver y ponernos cómodas en el salón. Cuando mi hermano nos eche en falta, ya vendrá, en compañía de su encantadora sobrina, a buscarnos a la casa. —Bajo aquel camuflaje, la separación fue completa. La señorita Pink siguió hablándole a la señora Drumblade de la educación una vez llegaron al salón, mientras que Hardyman e Isabel se iban a los potreros del lado más remoto de las cuadras.

—Me temo que estará usted un poco cansada —dijo Hardyman—. ¿Quiere darme el brazo?

Isabel estaba en guardia: no había olvidado lo que Lady Lydiard le había dicho.

—No, gracias, señor Hardyman. Soy mejor andarina de lo que usted pudiera creer.

Hardyman siguió con la conversación con su habitual estilo directo y resuelto.

—No sé si me creerá —observó— si le digo que hoy es uno de los días más felices de mi vida.

—Hubiera jurado que era siempre feliz —respondió Isabel cautelosamente—, teniendo un lugar tan agradable como éste para vivir.

Hardyman contestó con una de sus afirmativas negaciones.

—Un hombre no es feliz por sí mismo —dijo—. Es feliz por su compañía. Precisamente por eso, estoy muy feliz con usted.

Isabel se detuvo en seco y apartó la vista. El lenguaje de Hardyman había sido quizá un poco demasiado explícito.

—Nos hemos perdido de la señora Drumblade y de mi tía —dijo Isabel—. No las veo por ninguna parte.

—Las verá enseguida; sólo se han quedado un poco rezagadas. —Con aquella seguridad, volvía, obstinadamente, a su tema principal—. Sí, quiero hacerle una pregunta. No soy un hombre mujeriego. Abro mi mente a cualquiera, mujeres incluidas. ¿Le gusta haber venido hoy aquí?

La seriedad en Isabel no pudo resistir aquella pregunta tan directa.

—Ha sido un verdadero placer —dijo sonriendo— visitar el criadero.

Hardyman pasó fácilmente por encima del obstáculo del criadero para dirigirse al de su dueño.

—¿Le gusta haber venido aquí? —repitió—. ¿Le gusto yo?

Aquello iba en serio. Isabel retrocedió un poco y lo miró. Hardyman esperaba la respuesta con la más impenetrable gravedad.

—Me parece que espera usted ardientemente que responda esa pregunta —dijo Isabel.

—¿Por qué no?

—Nuestra relación ha sido muy corta, señor Hardyman. Y si *usted* piensa que

pueden olvidarse las diferencias entre nosotros, creo que yo debo recordarlas.

—¿Qué diferencias?

—Las de clase.

Hardyman se detuvo en seco y marcó el énfasis de sus siguientes palabras clavando el bastón en la hierba.

—Si he dicho algo con lo que se haya sentido menospreciada —empezó—, dígamelo claramente, señorita Isabel, y le pediré perdón. Pero no me abofetee con mi categoría. Me desligué de todos esos sinsentidos cuando adquirí este criadero y me vine a vivir entre caballos. ¿Qué tiene que ver la clase social de un hombre con sus sentimientos? —Siguió hablando y, mientras tanto, clavó de nuevo el bastón enfáticamente—. Le pregunto muy seriamente si le gusto por una muy buena razón: usted me gusta. Sí, así es. Recordará el día en que sangré al perro de Lady Lydiard; bien, he encontrado desde entonces una serie de incorrecciones en mi vida que nunca antes había sospechado. Puede que no lo entienda, pero desde entonces nada parece igual. Anoche me quedé yo solo fumándome una pipa, y, créame, no la paladeé. Esta mañana he desayunado solo. Y tampoco he disfrutado con ello. Lo que quiero decir es que, si iba a venir a comer, eso sería agradable... y que me agradaría. Torpemente descrito, eso es lo que siento. No paso cinco minutos solo sin pensar en usted de un modo u otro, desde el primer día en que la vi. Cuando un hombre llega a mi edad, y adquiere mi experiencia, sabe lo que quiere decir. En inglés llano, que mi corazón está en manos de una mujer. Y que usted es esa mujer.

Isabel había hecho varios intentos para interrumpirlo. Pero, cuando la confesión de Hardyman llegó a su punto culminante, la joven insistió para poder ser atendida.

—Le ruego que me disculpe, señor —le interrumpió seria—. Me parece que lo mejor será volver a la casa. Mi tía es aquí una extraña y no sabe dónde nos encontramos.

—No veo que necesitemos a su tía —observó Hardyman del modo más positivo.

—La necesitamos —replicó Isabel—. No quiero decir que se haya equivocado, señor Hardyman, al hablarme como lo ha hecho, pero no estoy muy segura de no haberme equivocado yo al escucharlo.

La miró con una sorpresa sin tapujos y le hizo detenerse e intentar que le comprendiera mejor.

—No tenía intención de ofenderlo —dijo Isabel ligeramente confundida—. Sólo quería recordarle que hay algunas cosas que un caballero de su posición... —Se detuvo, intentó acabar la frase, fracasó y empezó otra—. De haber sido una joven dama de su misma categoría —prosiguió Isabel—, quizá le hubiera agradecido el cumplido y le habría contestado seriamente. Pero, según están las cosas, siento decirle que me sorprende y desagrada. Sé que no puedo decirle más. Poco más puedo imaginar exigir. Pero puedo imaginarme —por inadecuada que sea mi conducta—

que tengo algún derecho a su respeto.

Escuchando cada vez más impacientemente, Hardyman la tomó de la mano y la cortó con otra de sus abruptas preguntas.

—¿Cómo ha pensado eso? —preguntó.

Isabel no respondió; se limitó a mirarlo con reprobación e intentó soltarse.

Hardyman le cogió la mano más fuerte aún.

—¡Creo que piensa que soy un maldito canalla! —dijo Hardyman—. Puede que no sea de lo mejor, señorita Isabel, pero no soy nada de eso. ¿Cómo he podido faltarle al respeto? Sólo le he dicho que era usted la mujer a la que tenía en el corazón. ¿Bien? Espero que esto no le moleste. ¡Isabel Miller, quiero que sea usted mi esposa!

Isabel sólo pudo responder a aquella extraordinaria propuesta de matrimonio con un gesto de sorpresa que le hizo temblar de la cabeza a los pies.

Hardyman la rodeó con los brazos con tanta ternura que hasta su más viejo amigo se habría sorprendido.

—Tómese el tiempo que quiera para pensarlo —dijo, volviendo nuevamente a un inusual tono tranquilo—. Si me conociera un poco mejor, no se confundiría conmigo y no me miraría como si temiera creer lo que oye. ¿Qué hay de maravilloso en que quiera que se case conmigo? No soy un santo. Cuando era más joven, no fui mejor (ni tampoco peor) que otros hombres jóvenes. Ahora estoy entrando en la madurez. Ya no busco romances ni aventuras, sino una fácil existencia con una cariñosa mujer que sea una buena esposa. Es usted esa mujer, se lo repito. Lo sé por lo que he visto de usted, y por lo que he podido escuchar por Lady Lydiard. Dice que es prudente, y de carácter dulce, y afectuosa; a eso puedo añadir que tiene el rostro y la figura que a mí me gustan, y las modestas costumbres y la bendita ausencia de palabras malsonantes en su vocabulario que tanto abundan entre las jóvenes que frecuento. Ése es mi punto de vista: pienso por mí mismo. ¿Qué me importa que sea hija de un duque o de un tendero? Yo no me quiero casar con su padre, sino con usted. Le he dicho mis razones con plena sinceridad. Sólo me queda una pregunta por hacer antes de que volvamos con su tía. Usted no la contestó cuando se la hice hace ya un rato. ¿Le gusto yo?

Isabel lo miró tímidamente.

—En mi posición, señor —respondió—, ¿tengo algún derecho a que me guste? ¿Qué pensarían sus familiares y amigos si yo dijera que sí?

Hardyman la tomó de la cintura con un ligero apretón admonitorio de su brazo.

—¡Caramba! ¿Otra vez con eso? Es un curioso modo de contestar a un hombre llamarle *Señor* y hacerle respaldarse tras su rango como si éste fuera un refugio. Odio hablar de mí mismo, pero está usted forzándome a ello. Ésta es mi posición en el mundo: tengo un hermano mayor; está casado y tiene un hijo que lo sucederá en el título y en las propiedades. ¿Lo entiende? ¡Muy bien! Hace años deposité mi parte de la categoría (con todo lo que eso significa) a hombros de mi hermano. Es un buen

muchacho y ha llevado mi dignidad por mí desde entonces sin malograrla. En cuanto a lo que la gente pueda decir, o que, de hecho, dicen desde que me dedico al criadero de caballos, incluidos mis padres, si son inteligentes, y por tales los tengo, no pondrán trabas volviendo a repetírmelo todo. No, no. Inviértalo si puede, señorita Isabel, si soy soltero o si soy casado, o si soy sencillamente Alfred Hardyman, y cualquiera que me conozca sabe que siempre voy por mi propio camino, y que me complace hacerlo. Si no le agrado, sería la mayor amargura de mi vida; pero, sin embargo, hable honestamente.

¿Qué mujer, en el caso de Isabel, hubiera tenido capacidad de resistencia suficiente para no rendirse un poco ante una llamada como aquélla?

—Ni siendo un ser insensible —respondió cálidamente— hubiera dejado de sentir el honor que me hace y agradecerérselo.

—¿Quiere eso decir que me acepta por esposo? —preguntó Hardyman esperanzado.

Isabel estaba arrinconada; pero (siendo mujer) intentó escapársele de entre los dedos en el último momento.

—¿Me perdonará —dijo— si le pido un poco más de tiempo? Estoy tan desconcertada que no sé qué es lo mejor que puedo hacer o decir. Mire, señor Hardyman, sería vergonzoso para mí hacer algo que pudiera ofender a su familia. Tengo la obligación de pensarlo. Sería muy angustioso para usted (por no decir para mí misma) si sus amigos me cerraran la puerta. Podrían decir que soy una joven intrigante que se ha aprovechado de su buena opinión para abrirme paso en el mundo. Lady Lydiard me ha advertido muchas veces para que no sea ambiciosa sobre mí misma y para que no olvide mi lugar en la vida, pues me trata como a su hija adoptiva. Efectivamente. Efectivamente, no puedo decirle lo que siento sobre su bondad y sobre el cumplido, el inmenso cumplido que me hace. Mi corazón es libre y sigue sus propias inclinaciones. —Se contuvo, consciente de que estaba a punto de decir más de lo necesario—. Deme unos cuantos días —rogó—, para que pueda ver si consigo pensar claramente en todo esto. Sólo soy una joven y me deslumbra el futuro que pone usted ante mis ojos.

Hardyman se encantó con aquellas palabras como si fueran el acicate que necesitaba para continuar.

—¡Siga su propio camino tanto en esto como en todo lo demás! —dijo con un desacostumbrado fervor, tanto en el lenguaje como en los gestos—. Me alegra tanto oír que su corazón está abierto a mí y que sus inclinaciones están de mi parte...

Isabel protestó inmediatamente ante aquella tergiversación de lo que realmente había dicho.

—¡Oh, señor Hardyman, me confunde usted!

Le contestó como había contestado a Lady Lydiard cuando ella había intentado

hacerle comprender las oportunas relaciones de Alfred con Isabel.

—¡No, no! No quiero confundirla. Agradezco cada palabra que dice. ¿Cómo voy a esperar que se case conmigo, como ha dicho usted tan notablemente, sin darle un día o dos para que centre sus pensamientos? Es suficiente para mí que estudie esa perspectiva. Si Lady Lydiard la trata como una hija, ¿por qué no iba a hacer de usted mi esposa? Atiendo a las razones que aduce de casarse con un hombre para mejorar su propia posición. Me gusta que sea ambiciosa, aunque el Cielo sabe que no puedo hacer mucho por usted, salvo amarla con todo mi corazón. Es un gran alivio saber que Su Señoría está de acuerdo con mi...

—¡No está de acuerdo, señor Hardyman! —protestó la pobre Isabel—. Está usted completamente confundido si cree que...

—¡Sí, sí! No pretendo representar las palabras de Su Señoría, ni las suyas; pero me veo forzado a hablar como siento. No se preocupe; todo está bien, lo entiendo. Ha hecho usted de mí el más feliz de los mortales. Cabalgaré mañana hasta la casa de su tía para escuchar lo que tenga que decirme. ¡Piense en ello cuando llegue a su casa! No debe pasar ni un día sin que nos veamos. La amo, Isabel. ¡La amo muchísimo! — Se detuvo y la besó cariñosamente—. Sólo me recompensa —explicó— con tiempo para pensarlo.

Isabel se apartó de él, resuelta, no irritada. Antes de que la joven pudiera hacer un tercer intento para poner las cosas en claro, la campanilla que anunciaba el almuerzo sonó en la casa y apareció un sirviente, enviado, sin duda, en su busca.

—No se olvide de mañana —resumió Hardyman confidencialmente—. Iré temprano y luego me dirigiré a Londres a comprar el anillo.

Capítulo XVII

Tras el día en que Isabel comió en el criadero de Hardyman, los sucesos acaecieron uno tras otro a toda velocidad.

Al día siguiente (novenio del mes), Lady Lydiard envió a por su administrador y le pidió explicaciones acerca de su hábito de dejar repetidamente la casa sin indicar ninguna razón que justificase su ausencia. Lady Lydiard no discutió sus derechos a la libertad de acción, cosa no permitida a los sirvientes ordinarios. Su objeción a la forma de proceder de Moody se relacionaba enteramente con el misterio que la envolvía y la falta de certeza de que la casa estuviera atendida hasta su vuelta. Bajo aquellos términos, Su Señoría creía tener derecho a una explicación. La habitual reserva de Moody —reforzada en aquella ocasión por el temor al ridículo de que sus esfuerzos por servir a Isabel acabaran con el fracaso—, hizo que Moody no hiciese confidencia a Lady Lydiard, eludiendo responder y llenándola de obstáculos y dudas. Trató respetuosamente de que Su Señoría le diera un plazo de varias semanas para explicarse. El temperamento de Lady Lydiard se resintió con aquella petición. Le indicó a Moody, claramente, que era culpable de un acto de presunción al poner condiciones a Su Señoría. El administrador recibió la reprimenda con resignación ejemplar; pero mantuvo inamovibles sus condiciones. El resultado de la entrevista no daba lugar a muchas dudas. Examinadas las cuentas y halladas escrupulosamente correctas, se negó a aceptar la liquidación de salario que le ofrecieron. Al día siguiente dejó de estar al servicio de Lady Lydiard.

El décimo día del mes, Su Señoría recibió una carta de su sobrino.

La salud de Felix había mejorado. Pensaba seguir en el extranjero hasta finales de mes. Entre tanto, había escrito a su amigo de París, y había tenido el placer de adelantar una respuesta. La carta incluida anunciaba que la orden de pago perdida de quinientas libras esterlinas había sido objeto de una vigilante investigación en París. No se había detectado pista alguna sobre ella. La policía francesa ofrecía enviar a Londres a uno de sus mejores hombres, perfectamente conocedor del idioma británico, si Lady Lydiard deseaba utilizarlo. Estaba plenamente capacitado para trabajar con el oficial inglés que condujera la investigación si era necesario. El señor Troy fue consultado acerca de la conveniencia de aceptar aquella propuesta, a la que objetó que los términos pecuniarios eran extravagantemente altos. Sugirió esperar un poco antes de enviar una respuesta a París; y, mientras tanto, consultaría en Londres a un procurador de gran experiencia en asuntos de robo y cuya opinión podría dispensarlos por completo de utilizar a la policía francesa.

Siendo un hombre libre, Moody era capaz de seguir sus propias inclinaciones para cumplir las instrucciones que había recibido del Viejo Sharon.

El curso recomendado por Sharon repelía el respeto propio y el sentido de la delicadeza que eran virtudes innatas en el carácter de Moody. Le horrorizaba tener que trabar amistad con el *valet* de Hardyman; rechazó la idea de hacer que el hombre le diera una muestra de la escritura manuscrita de su amo. Tras algunas consideraciones, decidió acudir al agente que recogía las rentas de las casas de Hardyman en Londres. Por ser un viejo conocido de Moody, aquella persona no dudaría en darle las señas de los banqueros de Hardyman, si es que los conocía. El experimento, llevado a cabo en aquellas favorables circunstancias, fue un éxito completo. Moody acudió a la vivienda de Sharon el mismo día, con las señas de los banqueros en una libreta de notas. El viejo vagabundo, muy divertido por los escrúpulos de Moody, vio claramente que, al tiempo que escribía la escueta carta de Hardyman en tercera persona, importaba poco la caligrafía empleada, y que no hacía falta firma alguna. Una vez completa la carta, siguiendo el patrón que Sharon le había sugerido a Moody, con un respetable mensajero (tanto como lo permitían las apariencias) fue enviada al banco. Media hora después se recibía la respuesta. Añadía una dificultad más a las ya existentes acerca del dinero perdido. No se había hecho ningún pago de quinientas libras en las fechas mencionadas en la cuenta de Hardyman.

El Viejo Sharon no pareció descorazonarse con aquel fracaso.

—Dele recuerdos míos a la joven —dijo con su acostumbrada impudicia—, y dígale que estamos cada vez más cerca de atrapar al ladrón.

Moody lo miró sin saber si hablaba en broma o en serio.

—¿Puedo meter un poco más de información en esa cabezota suya? —preguntó Sharon. Al hacerlo, abrió un periódico y señaló un párrafo que informaba, entre las noticias deportivas, de la reciente visita de Hardyman a una subasta de caballos celebrada en una ciudad del norte de Francia—. Sabemos ya que no se cobró la orden de pago en su cuenta —observó Sharon—. ¿Qué más puede hacerse con ella? ¿Pagar los caballos que compró en Francia! ¿Lo ve ahora con más claridad? Muy bien. El siguiente paso es saber si el dinero sigue allí. Alguien debe cruzar el canal para buscar la orden. ¿Cuál de nosotros dos cruzará el canal con una palangana blanca bajo el brazo? ¡El Viejo Sharon, naturalmente! —Se detuvo para ver cuánto dinero quedaba de la suma depositada por Moody para financiar la pesquisa—. ¡Excelente! —prosiguió—. Me queda para pagar la ida y la vuelta. No salga de Londres hasta que reciba noticias mías. No puedo decir cuándo lo llamaré pidiendo ayuda. Si hay dificultad en hallar la orden de pago, su mano tendrá que hacer un nuevo viaje al bolsillo. ¿Podría conseguir que el abogado se uniera a usted? ¡Señor, hay que ver lo que quiere su dinero! Es una desgracia que no pudiera sacarle más que una guinea. Se

me separa la carne de los huesos cuando lo pienso.

Aquella misma noche, el Viejo Sharon partió para Francia, de Dover rumbo a Calais.

Pasaron dos días sin recibirse noticias del agente de Moody. Al tercero, recibió cierta información de Sharon, no de él mismo, sino por una carta de Isabel Miller.

Una vez más, mi querido Robert —escribía—, mi juicio ha demostrado ser mejor que el suyo. El odioso viejo ha confirmado mis peores suposiciones. Ojalá y sea castigado. Llévelo ante un magistrado y demándelo por haberlo estafado su dinero. Le envió la carta lacrada que me dio en la granja. La semana de plazo que me pidió expiró ayer. ¿Puede ser nadie tan insolente e inhumano? Me ofende e irrita tanto el dinero que se ha gastado usted con ese viejo ladrón que no puedo escribir más. Suya, afectuosa y agradecida, Isabel.

La carta en la que el Viejo Sharon había pretendido (para tranquilidad de Isabel) escribir el nombre del ladrón, contenía las siguientes líneas:

Es usted una joven encantadora, querida, pero todavía la falta mucho para lograr la perfección... Ésta es una lección de paciencia. Me enorgullece y alegra enseñársela. El nombre del ladrón es, de momento, señor... (en blanco).

Para Moody, sólo cabía decir una cosa: ¡el estilo era el del Viejo Sharon! La carta de Isabel era de un infinito valor para él. Festejó los ojos con las palabras que había antes de la firma, escrita por ella misma: «*Suya, afectuosa y agradecida*». La palabra *afectuosa*, ¿no quería decir que empezaba a considerarlo? Tras besar las palabras, le escribió una carta reconfortante, en la que se reconocía vigilante de Sharon y señalaba que no le daría más dinero hasta que no hubiera justificado el primero.

Pasó una semana. Moody (ansioso por ver a Isabel) esperó en vano noticias de Francia. Decidió no retrasar más su visita a South Morden, pero justo entonces recibió una nota entregada por el botones del Viejo Sharon en los siguientes términos:

El biejo ha buelto y lespera pa verle.

Capítulo XVIII

Las noticias de Sharon no eran de carácter alentador. Se había encontrado con serias dificultades y había gastado todo el dinero de Moody para superarlas.

Se había hecho, no obstante, un descubrimiento de importancia. Un caballo apartado de la venta había sido el único que mereciese la aprobación de Hardyman. El animal estaba valorado en la elevada cifra de 1200 francos —unas ciento ochenta libras en dinero británico— y la cifra había sido liquidada mediante una orden de pago. El vendedor (un propietario de caballos francés residente en Bruselas) había vuelto a Bélgica tras completar las negociaciones. Sharon había dado con su dirección, y le escribió a Bruselas, incluyendo en su carta el número de la orden de pago perdida. Dos días después recibió respuesta, en la que se le informaba de que el citado criador de caballos había tenido que volver a Inglaterra a causa de la enfermedad de un paciente y que no había dejado ninguna dirección a la que pudiera escribirse. Al oír aquello, y al habersele acabado el dinero, Sharon había regresado a Londres. Quedaba en manos de Moody la decisión de seguir o no la investigación del propietario de caballos. Existía una cuenta que detallaba en lo que se había gastado el dinero. Y Sharon, en tanto, con la pipa en la boca y el perro en el regazo, esperaba órdenes.

A Moody le hubiera gustado tomarse un tiempo para considerar los hechos y poder decidir. En el entreacto, se aventuró a recordar un nuevo curso de actuación surgido en su mente por los informes de Sharon.

—Me parece —dijo— que hemos tomado el camino más alejado de nuestros intereses, cuando el más válido se hallaba más cerca de nosotros. Si el señor Hardyman hubiera pasado la orden de pago robada, lo sabe usted tan bien como yo, lo habría hecho inocentemente. A pesar del tiempo y del dinero malgastados para averiguarlo en el extranjero, ¿por qué no pedirle al señor Hardyman que nos dé el número de la orden de pago? Usted no puede pensarlo todo, ya lo sé; pero me parece raro que no se le haya ocurrido esta idea antes de ir a Francia.

—Señor Moody —dijo el Viejo Sharon—, tengo que herir sus sentimientos. Usted es un hombre sin fe yo no le agrado. ¡Lo mismo que pensaba yo de Hardyman hace pocas semanas! —exclamó intempestivamente—. ¿Ha pensado realmente que un caballero de su posición hablaría conmigo de cuestiones de dinero? Sabe usted muy pocas cosas si lo cree así. La noche pasada envié a uno de mis hombres (el más respetablemente vestido) a vigilar el criadero de Hardyman y ver qué información podía recoger. Mi hombre volvió con una dolorosa huella de zapato, muy dura, señor,

y del propio Hardyman.

—Me arriesgaría a recibir la patada —replicó Moody tranquilamente.

—¿Y a hacerle la pregunta a Hardyman?

—También.

—Muy bien —dijo Sharon—. Si quiere recibir una respuesta de sus propios labios, a pesar de la bota, el caso quedará cerrado, a menos que quiera que yo haga el trabajo de a pie. ¡Mire esto, Moody! Si me hace el favor de entenderme, sabrá que la opinión que le di al abogado por una guinea es la única válida. Déjele saber que el loco es él, no usted, por abotonarse los bolsillos y negarse a creerme. ¡Y otra cosa le digo! —siguió el Viejo Sharon, recayendo en su habitual insolencia—. Está usted enamorado, lo sabe, de esa encantadora joven. También me gusta a mí. Cuando se casen, invíteme a la boda. Me sacrificaré: me cepillaré el pelo y me lavaré para hacerles los honores.

Volviendo a su casa, Moody encontró dos cartas esperándolo sobre la mesa. Una de ellas estaba matasellada en South Morden. Abrió aquélla en primer término.

La escribía la señorita Pink. Las primeras líneas eran una urgente llamada a mantener las circunstancias de la pérdida de las quinientas libras en el más estricto silencio en general y, más en particular, con el señor Hardyman. Las razones que la urgían a plantear tan extraña demanda se expresaban en los siguientes términos:

Mi sobrina Isabel está, me alegra decírselo, comprometida con el señor Hardyman. Si el más pequeño hecho pudiera llevarlo a asociarla, por injusto y cruel que fuera, con la sospecha del robo, el matrimonio podría no celebrarse. Y el resultado que ese hecho tendría para ella, y para todos los que a ella estamos ligados, sería una desgracia para el resto de nuestras vidas.

En el espacio en blanco que había al pie de la página, del puño y letra de Isabel, se había añadido:

Por muchos cambios que pudiera haber en mi vida, el lugar que ocupa usted en mi corazón no podría ser llenado por nadie: es el lugar de mi más querido amigo. Le ruego que me escriba y me diga que no está ni apenado ni irritado conmigo. Mi única preocupación es que recuerde que siempre seré su amiga y que siempre le diré el estado de mis sentimientos. Mi único deseo es honrarlo y quererlo siempre como podría honrar y querer a un hermano.

La carta se le cayó a Moody de las manos. Ni una palabra —ni un solo suspiro—

salió de sus labios. Sin lágrimas, silenciosamente, se convulsionó por el dolor de una punzada. En un silencio lloroso, contempló cómo se resquebrajaba su vida.

Capítulo XIX

El relato vuelve a South Morden y a los hechos que siguieron a la petición de mano de Isabel.

Decir que la señorita Pink, hinchada por el triunfo, subió, moralmente hablando, desde la tierra para flotar entre las nubes, es indicar débilmente el efecto que produjo en ella lo que su sobrina le contó de lo que había pasado en el criadero. Atacada por un flanco por su tía y por el otro por Hardyman, y débilmente defendida, en el mejor de los casos, por sus propias dudas y confusiones, Isabel acabó por rendirse a la discreción. Como miles de mujeres en circunstancias parecidas, se sentía incierta hasta el último grado del estado de su propio corazón. Hasta dónde se extendía la invencible influencia de la favorecida posición de Hardyman en lo que concernía a su creencia de estar unida a él, estaba más allá de su poder de autoexamen para poder dilucidarlo. La deslumbraba por partida doble, tanto por su cuna como por su celebridad. Nadie en Inglaterra, ni en toda Europa, había sido reconocido como superior a él en su propio terreno. ¿Cómo podría Isabel —ella o cualquier otra mujer— resistir la influencia de su clara mente, de su firmeza de propósitos, de aquella resolución que nada le debía a nadie y que nadie de su categoría podía vencer, adornadas como estaban con aquellas atractivas cualidades y por las aparentes y personales ventajas como las que mostraba su propia ascendencia? Isabel estaba fascinada, pero no tranquila. En sus momentos de soledad, se tumbaba con dolientes pensamientos acerca de Moody, pensamientos que la dejaban perpleja e irritada. Siempre se había portado con él honestamente; nunca lo había incitado a pensar que su amor por ella pudiera ser algún día correspondido. Es más, sabiendo como sabía que su propia conducta era irreprochable, sentía sin embargo ciertas simpatías hacia él. En las vigilantes horas de la noche, Isabel oía susurrantes voces que decían: *¡Piensa en Moody!* ¿Había un creciente cariño hacia aquel buen amigo dentro de su corazón, un cariño del que no era consciente? Intentó detectarlo... a pesar de que era realmente lo peor. Todo estaba demasiado profundo para poder ser descubierto y considerado, aun en el caso de que realmente existiera, si es que había mejor origen que su propio capricho morboso. En la brillante luz del día, en los pocos activos deberes de la vida, Isabel lo olvidaba. Pensaba en lo que tendría que pasar el día de la boda; probaba de forma privada el enunciado de su nueva firma: Isabel Hardyman, y el aspecto que tendría la rúbrica cuando tuviera derecho a usarla. En su conjunto, podría decirse que el tiempo pasaba suavemente, con algunas ocasionales paradas o inconvenientes que eran soportadas con total facilidad por la propia conducta

ascendente de Isabel. Con su sumisión acostumbrada, hubo dos ocasiones en las que su resolución por seguir su propio camino no fue recompensada por la victoria. Se negó a escribir a Moody o a Lady Lydiard para anunciarles su compromiso; y desaprobó firmemente la política de ocultamiento de la señorita Pink en lo referente al robo en casa de Lady Lydiard. Su tía sólo podía asegurarla como una cómplice pasiva de una serie de consideraciones sobre su parentesco familiar en los más duros términos.

—Si la desgracia te afectase a ti solamente, querida, te dejaría decidir. Pero yo también estoy involucrada, pues soy tu pariente más próximo; y, lo que es más, incluso la memoria de tu padre y de tu madre puede resultar afectada por la calumnia. —Aquellos términos exagerados, que como el exagerado lenguaje no era más que una equívoca arma del arsenal de la estulticia y los prejuicios, afectaron a Isabel. A regañadientes y tristemente, accedió al silencio.

La señorita Pink informó a Moody en primer lugar acerca del compromiso, reservándose para un día más tarde el supremo placer de informar a Lady Lydiard del evento que la audaz mujer había declarado como cosa imposible. Para sorpresa de su tía, justo antes de que cerrara el sobre, Isabel se le adelantó y de un modo poco convincente pidió permiso para añadir, una postdata a la carta que ella misma se había negado a escribir. Isabel cerró el sobre en cuanto alzó el lápiz y se retiró a su alcoba con un dolor de cabeza (dolor de cabeza fingido) para el resto del día.

Mientras la pregunta del matrimonio aún seguía en debate, ocurrió un suceso que ejerció una fuerte influencia en los futuros planes de Hardyman.

Recibió una carta del Continente que reclamó su más urgente atención. Uno de los soberanos de Europa había decidido efectuar algunos cambios radicales tanto en las monturas como en el equipo de un regimiento de caballería; y se requería la asistencia de Hardyman para la importante tarea relativa a la selección y compra de caballos. Ajustando sus propios intereses a la requisitoria, Hardyman hubo de reconocer que sus obligaciones con su ilustre corresponsal hacían totalmente imposible el que pudiera presentar una disculpa. En dos semanas, como mucho, tendría que dejar Inglaterra; y pasaría un mes, o incluso más, antes de que le resultara posible volver.

En aquellas circunstancias, propuso, con su habitual modo precipitado, que se adelantase la fecha de la boda. El plazo legal, un plazo necesario, permitía que la ceremonia pudiera celebrarse en dos semanas. Isabel podría acompañarle en su viaje y disfrutarían de una brillante luna de miel en una corte extranjera. Ella se negó nuevamente, no sólo a aceptar la oferta, sino incluso a considerarla. Mientras que la señorita Pink se explayaba en su elocuencia ante la brevedad de la noticia, su sobrina basaba su resolución en hechos más importantes. Hardyman aún no había anunciado el propuesto matrimonio ni a sus parientes ni a sus amigos; e Isabel no se

determinaría a convertirse en su esposa hasta que primero se hubiera asegurado una cortés y tolerante recepción por sus familiares, aunque mantenía la esperanza de no recibir una calurosa bienvenida por su parte.

Hardyman no era un hombre que cediese fácilmente, ni siquiera con frivolidades. En el caso que nos ocupa, sus más queridos intereses lo forzaban a que Isabel reconsiderase su posición. Todavía intentaba vanamente sacudir la decisión de Isabel cuando el correo nocturno le llevó una carta a la señorita Pink que introducía un nuevo elemento de discordia en la discusión. La carta era nada menos que la réplica de Lady Lydiard a la recibida anunciando el compromiso de Isabel, enviada el día anterior por la señorita Pink.

La respuesta de Su Señoría era extraordinariamente corta. Sólo contenía estas líneas:

Lady Lydiard agradece el envío de la carta de la señorita Pink en la que se le requiere a que no diga nada al señor Hardyman acerca de la orden bancaria perdida en su carta, y que asuma que ello es debido a que la señorita Isabel Miller ha sido pedida en matrimonio por el señor Hardyman y podría resultar perjudicada en su estima si los hechos llegasen a su conocimiento. La señorita Pink puede estar tranquila. Lady Lydiard no tiene la menor intención de hacer saber sus asuntos domésticos al señor Hardyman. Con respecto a la petición de mano, Lady Lydiard no duda ni de la perfecta sinceridad ni de la buena fe de la señorita Pink; pero, al mismo tiempo, declina positivamente a creer que el señor Hardyman quiera hacer de la señorita Isabel Miller su esposa. Lady L. se rendirá tan sólo ante el adecuado certificado... y ante nada más.

Un trozo de papel doblado, dirigido a Isabel cayó de entre las páginas de aquella característica carta cuando la señorita Pink pasó de la prima a la segunda hoja. Lady Lydiard se dirigía a su hija adoptiva en los siguientes términos:

Estaba a punto de salir de casa para visitarte de nuevo cuando recibí la carta de tu tía. Mi pobre niña, no hay palabras que puedan decir lo preocupada que estoy por ti. Te has sacrificado a las locuras de la mujer más loca de cuantas viven. Por el amor de Dios, procura no ser la siguiente víctima de los planes de un libertino. Vuelve conmigo inmediatamente, Isabel, y te prometo cuidar de ti.

Fortificada por aquellas palabras, y ayudada por la indignación de la señorita Pink, Hardyman presionó nuevamente sobre Isabel con renovados bríos. Isabel no intentó rebatir sus argumentos y se limitó a mantener su decisión firmemente. Sin ánimos de los padres de Hardyman, la joven se negó firmemente a convertirse en su esposa. Irritado por las palabras de Lady Lydiard, Hardyman perdió el dominio de sí mismo que tan eminentemente lo distinguía en los asuntos normales de la vida y mostró el dominante y déspota temperamento que era una parte innata de su disposición. La elevada mente de Isabel se lamentó de los duros términos en los que le habló. Con las más claras palabras, se liberó del compromiso y, sin esperar más excusas, salió de la habitación.

Una vez juntos, Hardyman y la señorita Pink llegaron a un acuerdo que respetaría los escrúpulos de Isabel y que, al mismo tiempo, desmentiría la insultante afirmación de Lady Lydiard sobre su falta de creencia en el honor de Hardyman, mediante un anuncio público y formal del matrimonio.

Se propuso dar una fiesta en el jardín de la granja en un plazo de una semana, con el expreso propósito de presentar a Isabel a la familia y amigos de Hardyman como su prometida. Si su padre y su madre aceptaban la invitación, la única objeción de Isabel para consentir su unión se vendría por tierra. Hardyman podría, en aquel caso, pedir un retraso de unos pocos días ante su corresponsal imperial; y el matrimonio podría celebrarse antes de que hubiera de salir de Inglaterra. Isabel, por la intercesión de la señorita Pink, tuvo que aceptar las excusas de su enamorado y, si la recepción por parte de los padres de Hardyman era favorable hacia ella, tendría que dar su consentimiento (incluso así de no muy buena gana) para que se celebrase la ceremonia que haría de ella la esposa de Hardyman.

El resultado de la entrevista fue parcialmente un éxito y nada más. Lord Rotherfield se negó a ver a su hijo más joven; y prometió que, por cualquier circunstancia, evitaría estar presente en la fiesta. Pero, por mediación expresa de Lady Rotherfield, tuvo que hacer algunas concesiones forzadas.

—He considerado a Alfred por una persona muy poco cuerda —dijo Lord Rotherfield— desde que dio la espalda a todas sus perspectivas para hacerse criador de caballos. Si nos decidimos juntos a declinar la sanción de este nuevo hecho —no quiero decir de falta de lucidez, sino más bien de exceso de lo absurdo— por su parte, es imposible predecir a qué indignos extremos podría llegar. Temporizaremos con Alfred y, mientras tanto, intentaré conseguir alguna información acerca de esa joven llamada Miller y que parece vivir en South Morden. Si quedo satisfecho con el honroso carácter, elevada educación y presentables costumbres de la joven dejaré que Alfred siga su propio camino. Alfred está fuera de los límites de la sociedad; y la señorita Miller no tiene padre ni madre que compliquen las cosas, lo que es un notable mérito por su parte; y resumiendo, si el matrimonio no es por completo

desastroso, el camino más sabio (al no tener medio de evitarlo) será aceptarlo. No diré nada a Alfred sobre lo que me propongo hacer. Le diré claramente que no confío en él. Tú simplemente le dirás que necesito algún tiempo para recapacitar y que, a menos que a mis oídos llegue información de lo contrario, debe esperar la sanción de tu presencia en su almuerzo, o *lunch* o lo que sea. He de ir a la ciudad en uno o dos días, y quiero comprobar lo que saben los amigos de Alfred de la última de sus muchas locuras, si es que encuentro a alguno de ellos en el club.

Volviendo a South Morden con una mente no muy serena, Hardyman encontró a Isabel en un estado de depresión que lo dejó perplejo y alarmado.

La noticia de que la madre de Hardyman quizá no se presentase en la fiesta del jardín cayó como una losa en la mente de la joven. La única explicación que ella podía dar a su cambio era que el tiempo extremadamente desapacible de los últimos días la había puesto un tanto lánguida y nerviosa. Sin que satisficiera, naturalmente, aquella réplica a sus pregunta, Hardyman preguntó por la señorita Pink. Le dijeron que la señorita Pink no podía verlo. Era de constitución tendente al asma y, tras haber recibido ciertos informes que la decían que podía recaer en la enfermedad, se encontraba (siguiendo las indicaciones del doctor) encerrada en su habitación. Hardyman volvió a la granja de un mal humor que hizo caer sobre todos sus empleados, desde el entrenador de los caballos a los mozos de cuadra.

Aunque la apología hecha por la señorita Pink no era más que la pura verdad, había que confesar que Hardyman tenía razón al no quedarse conforme con las excusas de Isabel por la melancolía que la oprimía. Aquella misma mañana había recibido la respuesta de Moody a las líneas que le había dirigido en la carta que le escribiera su tía; y todavía no se había recobrado del efecto que le había causado.

Me es imposible decir honestamente que no estoy disgustado (escribía Moody) por las noticias de su compromiso de matrimonio. La información me ha destrozado. Cuando miro hacia el futuro no veo más que un insípido vacío. No es culpa suya, no se la puede culpar de ningún modo. Recuerdo un tiempo en que, al haberlo sabido, habría hecho o dicho cosas que más tarde habría lamentado amargamente. Ese tiempo ha pasado. Mi temperamento se ha suavizado desde que he hecho amistad con usted cuando se encontraba en problemas. Al menos, con esto desaparecen mis locas esperanzas, y quizá también la sincera simpatía que siento por usted. Le tengo que pedir honestamente que acepte mis más queridos deseos por su felicidad, y el resto me lo quedo para mí. Déjeme decir una palabra sobre los esfuerzos que estoy haciendo para ayudarla desde el día en que salí de casa de Lady Lydiard.

Tenía esperanzas (por razones que no vienen al caso) de interesar al propio señor Hardyman para que nos ayudase en nuestra investigación. Pero los deseos de su tía, en la carta que me envió, han cerrado mis labios. Sólo quiero pedirle que, en el momento adecuado, me dejé mencionar los últimos descubrimientos que hemos realizado; dejo a su discreción que, cuando el señor Hardyman sea su esposo, le haga las preguntas que, en otras circunstancias, le hubiera hecho yo mismo.

Es, claro está, posible que la opinión que tengo acerca de la capacidad del señor Hardyman para ayudarnos sea un error. En ese caso, si todavía desea usted que la investigación siga siendo llevada de un modo privado, le rogaría que me dejara seguir dirigiéndola, como un gran favor a su devoto amigo.

No necesita preocuparse por los gastos. He recibido una herencia que es por sí misma una pequeña fortuna.

Con el mismo correo que recibí la carta de su tía, recibí unas líneas de un abogado que me pedía que le fuera a ver con relación a los asuntos de mi difunto padre. Esperé un día o dos antes de tener el coraje suficiente para verlo, a él o a nadie; y fui a su oficina. Habrá oído que el banco de mi padre cayó en quiebra en una época de pánico comercial. El delito era atribuible a la traición de un amigo a quien le había prestado una gran cantidad de dinero, y que le pagaba los intereses anualmente, sin reconocer que hasta el último penique de aquella cifra se había perdido en especulaciones desafortunadas. El hijo de aquel hombre prosperó en los negocios, y ha dedicado de un modo muy honorable una parte de su fortuna a pagar a los acreedores de su padre. La mitad de la suma que se le debía a mi padre ha llegado a mis manos como pariente más cercano; la otra mitad la recibiré pasado algún tiempo. ¡Si mis esperanzas hubieran sido recompensadas, habría compartido con usted mi prosperidad! En las circunstancias actuales, tengo más que de sobra para mis actuales necesidades de hombre solitario, y totalmente dispuesto a gastarlo en su servicio.

Dios la bendiga y la ayude, querida. Sólo me queda pedirle que acepte un pequeño regalo que recibirá junto con los que le hagan por el día de la boda. R. M.

El tono estudiadamente considerado y delicado en que estaban escritas aquellas líneas tuvo sobre Isabel el efecto contrario al pretendido por el escritor. Isabel se echó

a llorar en medio de un apasionado torrente de lágrimas; y en la segura soledad de su propia alcoba, se la escaparon unas desesperadas palabras:

—Me gustaría haberme muerto antes de encontrarme con Alfred Hardyman.

En los días siguientes, disgustos y dificultades mezclados con una especie de fatalidad rodearon el anuncio de matrimonio.

El asma de la señorita Pink, desarrollada por el desfavorable tiempo, desafió el arte del doctor, y dejó a la desafortunada dama como prisionera en su alcoba el día de la fiesta. Las invitaciones de Hardyman fueron rechazadas en algunos casos; y en otros aceptados por los maridos y devueltas con una nota de excusas por las esposas. Su hermano mayor hizo una apología para sí mismo y para su mujer. Felix Sweetsir escribió:

Con gusto, querido Alfred, si la salud me permitiera salir de casa.

Lady Lydiard, invitada especialmente por la señorita Pink, no envió respuesta. La única circunstancia animosa era el silencio de Lord Rotherfield. Mientras no se recibiera indicación en contrario, era un signo de que permitía que su esposa sancionase el matrimonio con su presencia. Hardyman escribió a su corresponsal imperial, diciéndole que saldría de Inglaterra lo antes posible, y pidiéndole perdón por no haberse expresado más definitivamente a causa de ciertos asuntos domésticos que era necesario solucionar antes de salir para el Continente. Si no tenía tiempo para volver a escribir, prometió que enviaría un telegrama avisando de su salida. Más tarde, Hardyman recordó las dudas que lo turbaban mientras escribía la carta. En su bosquejo de la misma había mencionado, como excusa por no estar totalmente seguro de sus movimientos, que esperaba casarse inmediatamente. En la copia definitiva, el vago presentimiento de algún accidente se plantó en su mente dolorosamente, lo que le hizo cambiar las palabras referentes a su matrimonio por la indefinida frase de *asuntos domésticos*.

Capítulo XX

Llegó el día de la fiesta del jardín. No llovía, pero el aire era fuerte y el cielo estaba lleno de pesadas nubes.

Unas horas antes de la llegada de los invitados, Isabel llegó sola al criadero, presentando las excusas de la desafortunada señorita Pink, todavía prisionera en su alcoba por el asma. En la confusión producida en la finca por las preparaciones para entretener a la concurrencia, la única sala en la que Hardyman pudo recibir a Isabel con la certeza de no ser interrumpidos era el *smooking-room*. Hardyman la condujo a aquel refugio natural, todavía reservada y silenciosa, todavía sin recobrar del todo sus habituales modales.

—Si viniera algún invitado antes de tiempo —le dijo Hardyman a su criado—, le dices que estoy ocupado en los establos. Debo tener unas horas de tranquilidad para poder hablar contigo —dijo, volviéndose hacia Isabel—, porque sino no podré hacer los debidos honores a mis invitados. Lo peor de dar esta fiesta no puede expresarse con palabras. Casi hubiera preferido presentarte a mi madre y mandar al diablo todas las buenas maneras.

Transcurrió media hora tranquila; y el primer invitado, un desconocido para los criados, apareció en la puerta de la finca. Era un hombre de mediana edad, y no deseaba molestar al señor Hardyman.

—Esperaré en el jardín —dijo— y no molestaré a nadie.

El hombre de mediana edad que se expresaba con tan comedidas palabras no era otro que Robert Moody.

Cinco minutos más tarde, un carruaje atravesó la puerta. Una dama de avanzada edad descendió de él, seguida por un gordo y blanco *Scotch terrier*, que ladraba a cuantos des conocidos veía. No es necesario presentar ni a Lady Lydiard ni a *Tommie*.

Informada de que el señor Hardyman se encontraba en los establos, Lady Lydiard le tendió una carta al lacayo.

—Dale esto a tu amo y dile que no lo voy a entretener más de cinco minutos. —Tras aquellas palabras, Su Señoría empezó a deambular por el césped. Miraba a su alrededor con penetrante mirada; no sólo vio la tienda que se había plantado en la hierba para acomodar a los invitados, sino que entró en ella, y estuvo observando cómo los camareros preparaban el almuerzo. Volviendo al otro mundo, se percató de que el césped del señor Hardyman estaba en bastante mal estado. Parches de terreno seco y pequeños agujeros y grietas se abrían por doquier bajo los efectos del calor del verano, anunciando que el césped, lo mismo que todo lo demás de la finca, había sido

abandonado para prestar una atención exclusiva a los caballos. Llegando hasta unos arbustos que se alzaban en uno de los lados del campo cercano, Su Señoría percibió a un hombre que se acercaba a ella lentamente, aparentemente absorto en sus pensamientos. El hombre se acercó un poco más. Lady Lydiard se acercó las gafas a los ojos y lo reconoció: Moody.

No se produjo ningún tipo de embarazo por la otra parte ante el inesperado encuentro. Lady Lydiard había, no hacía mucho, pedido a su anterior administrador que la visitase; lamentaba, con su franco corazón, los términos en que se habían separado, y deseaba reparar el duro lenguaje que empleara cuando le despidió. En la amistosa charla que siguió a la reconciliación, Lady Lydiard no sólo se enteró de las noticias de la herencia pecuniaria de Moody, sino que, notando su cambio de aspecto para peor, consiguió sacarle la confesión de su desafortunada pasión por Isabel. Descubrirlo, después de lo que había reconocido, paseando por los alrededores de la finca de Hardyman, tomó a Su Señoría totalmente por sorpresa.

—¡Cielos santos! —exclamó con su voz más grave—. ¿Qué está *usted* haciendo aquí?

—Mencionó usted la fiesta del señor Hardyman, milady, cuando tuve el honor de visitarla —respondió Moody—. Pensando en ello más tarde, me pareció que era la mejor ocasión que podía encontrar para hacer un pequeño regalo de bodas a la señorita Isabel. ¿Hay algo de malo en que le pregunte al señor Hardyman si puedo poner mi regalo en su plato, para que lo encuentre cuando se sienta a almorzar? Si Su Señoría lo cree así, me iré inmediatamente y enviaré el regalo por correo.

Lady Lydiard lo observó atentamente.

—¿No querrá humillar a la chica —preguntó Lady Lydiard— diciendo que se casa por rango y por dinero? ¡Tengo que..., debo decírselo!

El blanco y deteriorado rostro de Moody se ruborizó ligeramente.

—No, milady —respondió—. Isabel no se habría comprometido con el señor Hardyman a menos que sintiera por él —como siente, me atrevo a decirlo— el mismo afecto que yo sentía por ella. Es duro de reconocer; pero debo confesar, por hacerla justicia... ¡qué Dios la bendiga!

La generosidad expresada en aquellas sencillas palabras alcanzó las mejores simpatías de la naturaleza de Lady Lydiard.

—Deme la mano —dijo, con un destello de su generosa mente brillándola en los ojos—. Tiene usted un gran corazón, Moody. Isabel Miller es una loca al no casarse con usted... ¡y algún día se dará cuenta!

Antes de que pudieran intercambiar otra palabra, la voz de Hardyman pudo escucharse desde el otro lado de los arbustos, pidiendo a su criado irritadamente que encontrase a Lady Lydiard.

Moody se retiró todo lo que pudo por el paseo, al tiempo que Lady Lydiard

empezó a avanzar en la dirección opuesta, para encontrarse con Hardyman a la entrada del seto. Se inclinó rígidamente y le rogó a Su Señoría el porqué honrarlo con su visita.

Lady Lydiard le contestó sin dar muestras de percibir la frialdad de la recepción.

—No me he encontrado muy bien, señor Hardyman, pues en caso contrario me habría visto usted antes. Mi única meta al presentarme aquí por mí misma es presentarle mis excusas por el modo en que le escribí que dejaba en tela de juicio su honor. Cometí una injusticia, y he venido para rogarle que me disculpe.

Hardyman reconoció aquellas francas excusas de un modo tan sincero como el que se había empleado para ofrecérselas.

—No diga más, Lady Lydiard. Y déjeme decir que, ahora que está usted aquí, mi pequeña fiesta se sentirá muy honrada al recibirla.

Lady Lydiard presentó gravemente sus razones para no aceptar la invitación.

—Desapruebo tan firmemente los matrimonios desiguales —dijo, caminando lentamente hacia la casona— que no puedo dar mi conformidad a ellos con mi presencia. Siempre he estado interesada en el bienestar de Isabel Miller; y honestamente puedo decir que estaré muy contenta si su vida de matrimonio demuestra que mis antiguos prejuicios acerca de usted no tenían justificación. Le doy las gracias por la invitación; y permítame decirle que quisiera que mi franqueza no lo hubiera ofendido.

Se inclinó ligeramente y miró alrededor buscando a *Tommie* antes de dirigirse hacia el carruaje que la esperaba en la puerta. Por la sorpresa de ver a Moody, había olvidado ver si el perro la seguía cuando cruzó el seto. Lo llamó e hizo sonar el cascabel de la cadena del animal. No se veía ni un signo de *Tommie*. Hardyman ordenó a los sirvientes que buscasen al perro por la granja y fuera de ella inmediatamente. La orden fue obedecida con toda la necesaria actividad e inteligencia, y fue completamente infructuosa. Por lo que pudo verse, llegado el momento, *Tommie* se había perdido.

Hardyman prometió buscar al perro por toda la granja, y que lo devolvería al cuidado de uno de sus propios hombres. Con aquellas corteses promesas, a Lady Lydiard no le quedó otro remedio que contentarse. Cuando se marchó iba en un deprimido estado mental.

Primero Isabel... y ahora Tommie, pensó. Estoy perdiendo a todos los que me hacen agradable la vida.

Volviendo de la puerta del jardín, tras haberse despedido de su visitante, Hardyman recibió de su criado un montón de cartas que acababan de llegar para él. Caminando lentamente por el césped mientras las abría, no recibió más que excusas por parte de los invitados diciendo que no podían asistir a la fiesta a la que previamente habían aceptado acudir. Se metió las cartas en el bolsillo en cuanto oyó

unos pasos a sus espaldas. Mirando a su alrededor, se encontró cara a cara con Moody.

—¡Vaya! ¿Ha venido a comer? —preguntó Hardyman violentamente.

—He venido, señor, con un pequeño regalo para Isabel para honrarla por su matrimonio —respondió Moody tranquilamente—. Y le pido su permiso para ponerlo en la mesa, para que pueda verlo cuando sus invitados se sienten a la mesa.

Al tiempo que hablaba, abrió una caja de un joyero que contenía un brazalete de oro sin labrar con una inscripción en la parte interior del mismo: *A la señorita Isabel Miller, con los mejores deseos de Robert Moody.*

Por sencillo que fuera, el diseño del brazalete era de una belleza poco frecuente. Hardyman había notado la agitación de Moody el día en que se encontró con Isabel cerca de la casa de su tía, y había sacado sus propias conclusiones. Su rostro se oscureció por un momentáneo ataque de celos al ver el brazalete.

—¡Muy bien, viejo amigo! —dijo con contemporizadora familiaridad—. ¡No sea modesto! ¡Espere y dáselo a ella usted mismo!

—No, señor —dijo Moody—. Prefiero dejarlo, por favor, y que hable por sí mismo.

Hardyman no comprendía la delicadeza de sentimientos que dictaba aquellas palabras, y, sin saber muy bien por qué, se ofendió. Estaba a punto de hablar, influenciado por sus indignos sentimientos, cuando la voz de Isabel llegó a sus oídos, llamándolo desde la casona.

El rostro de Moody se contrajo con una súbita expresión de dolor al reconocer la voz.

—No me retenga más, señor —dijo triste—. ¡Buenos días!

Hardyman lo dejó sin más ceremonia. Moody, avanzando lentamente, penetró en la tienda. Los preparativos del almuerzo habían terminado completamente; no había nadie. Los lugares que habían de ocupar los invitados estaban señalados con unas tarjetas en las que se habían escrito sus nombres. Moody encontró la de Isabel, y colocó el brazalete dentro de la servilleta plegada que había en el plato. Durante un momento, con una mano apoyada en la mesa, se detuvo a pensar. La tentación de comunicarse una vez más con Isabel antes de perderla para siempre estaba más allá de su capacidad de resistencia.

Si pudiera persuadirla a que escribiera una palabra diciendo que le ha gustado el brazalete, pensó, tendría un consuelo que me permitiría volver a mi vida solitaria. Sacó una libreta, arrancó una hoja, y escribió:

Sólo una línea para decirme que acepta mi regalo y mis mejores deseos. Póngala bajo el cojín de su silla y la encontraré cuando no haya nadie en la tienda.

Dobló el papel y lo metió en la caja del brazalete y, en vez de dejar la granja, como había sido su intención, regresó al refugio del seto.

Capítulo XXI

Hardyman se dirigió hacia la casa. Encontró a Isabel ligeramente agitada. Y allí, a su lado, moviendo la cola lentamente, y mirando a Hardyman con ojo inquieto, como esperando recibir una posible patada, ¡estaba el perdido *Tommie*!

—¿Se ha ido Lady Lydiard? —preguntó Isabel impacientemente.

—Sí —dijo Hardyman—. ¿Dónde has encontrado al perro?

Del modo en que se habían desarrollado los acontecimientos, era el perro quien había encontrado a Isabel.

La aparición de la nota de Lady Lydiard en la *smoking-room* había sido un suceso alarmante para la hija adoptiva de Lady Lydiard. Era culpablemente consciente de no haber respondido a la nota de Su Señoría, la incluida en la carta de la señorita Pink, y no había seguido los consejos de Lady Lydiard en cuanto a no ceder a las atenciones de Hardyman. Cuando éste se levantó para dejar la sala y recibir a su visita en el campo, Isabel le suplicó que no dijera nada de su presencia en la granja a menos que Lady Lydiard cambiara de opinión y pidiera verla. Una vez sola en la *smoking-room*, escuchó súbitamente un ladrido familiar en el pasillo. Abrió la puerta ¡y se encontró a un acelerado *Tommie* lanzando uno de sus chillidos de alegría! La curiosidad lo había llevado a la casa. Había escuchado voces en la *smoking-room*, y reconocido la voz de Isabel; y había esperado, con su habitual astucia y su habitual desconfianza por los extraños, hasta que Hardyman salió de su alcance. Isabel lo besó y lo acarició y lo llevó de nuevo al jardín, temiendo que Lady Lydiard volviera a buscarlos. Una vez regresó a la *smoking-room*, se sentó ante la ventana esperando el retorno de Hardyman. Cuando los sirvientes llegaron para buscar al perro, sólo pudo decirles que la última vez que lo viera estaba en el campo, no muy lejos de la casona. Cuando se abandonó la infructuosa búsqueda y una vez el carruaje hubo atravesado la puerta de la granja, ¡quien sino *Tommie* salió arrastrándose de debajo de una cesta dada la vuelta! Cómo había conseguido volver a la *smoking-room* (a menos que Isabel se hubiera olvidado de cerrar la puerta por completo) nadie podría decirlo. Pero allí estaba, determinado a quedarse con Isabel, y manteniéndose en su escondrijo hasta que oyó las ruedas del carruaje que lo informaban de que su dueña legal abandonaba la finca. Isabel llamó a Hardyman con la esperanza de que pudiera detener el carruaje. Pero éste se encontraba ya lejos de su alcance, y nadie sabía por cuál de las dos carreteras habría tirado, pues ambas conducían a Londres. Ante aquella emergencia, Isabel sólo podía mirar a Hardyman y preguntar lo que había pasado.

—No puedo prescindir de ningún criado hasta que acabe la fiesta —respondió—.

Tendremos que atar al perro en los establos.

Isabel sacudió la cabeza. *Tommie* no estaba acostumbrado a estar atado. Causaría problemas, y sería apaleado por los caballerizos.

—Yo cuidaré de él —dijo—. No quiere apartarse de mí.

—Hay algo más por lo que preocuparse además del perro —replicó Hardyman de forma irritada—. ¡Mira estas cartas! —Se las sacó del bolsillo mientras hablaba—. ¡Hay por lo menos siete hombres, todos los cuales se dicen mis amigos, que aceptaron mi invitación y que me escriben el mismo día de la fiesta para pedirme disculpas por no poder asistir! ¿Sabes por qué? Temen a mi padre... Me había olvidado decirte que es tanto Ministro de la Corona como Lord. ¡Cobardes sinvergüenzas! Habrán oído que no pensaba venir y prefieren ponerse de su parte. ¡Vamos, Isabel! Hay que quitar sus nombres de la mesa del almuerzo. ¡Ninguno de ellos volverá a cruzar mi puerta!

—Me siento culpable por lo que pasa —respondió Isabel tristemente—. Te separo de tus amigos. Todavía estás a tiempo, Alfred, de cambiar de opinión y dejarme marchar.

La rodeó con el brazo con una cariñosa violencia.

—Sacrificaría con gusto a todos mis amigos con tal de no perderte. ¡Vamos!

Salieron de la casa. En la entrada de la tienda, Hardyman notó que el perro seguía a Isabel pegado a sus tobillos, y volcó su mal humor, como usualmente hacen los hombres, en la más cercana e inofensiva criatura que pudo encontrar.

—¡Lárgate, bicho asqueroso! —gritó. La cola de *Tommie* abandonó su habitual posición curvada por encima de la espalda; y las patas de *Tommie* (con la cola entre ellas) se lanzaron al galope hacia la amistosa seguridad de la cesta de la *smoking-room*. Es en esas insignificantes circunstancias es en lo que más suelen fijarse las mujeres. Isabel no dijo nada, pero pensó para sí misma:

¡Ojalá hubiera mostrado su verdadero carácter cuando lo encontré por primera vez!

Entraron en la tienda.

—Te leeré los nombres —dijo Hardyman—. Busca las tarjetas y las quitas. ¡Un momento! Yo miraré las tarjetas. Eres la clase de mujer que le gusta a mi padre. Me reconciliaré con él en cuanto te vea, cuando nos hayamos casado. ¡Si uno solo de estos hombres le pide un favor, yo me ocuparé, aunque pasen años, de ser un obstáculo en su camino! Aquí, toma el lápiz y haz una marca en las tarjetas para que no se me olvide; la misma marca que les pongo a mis caballos cuando no me gustan: una cruz dentro de un círculo. —Sacó la libreta. Las manos le temblaban por el odio cuando tomó el lápiz de Isabel y dejó la libreta sobre la mesa. Acababa justo de leer el nombre del primer falso amigo, e Isabel encontrado la tarjeta, cuando apareció un sirviente con un mensaje:

—La señora Drumblade ha llegado, señor, y desea verle para tratar un asunto de la mayor importancia. Hardyman salió de la tienda no de muy buena gana.

—Espera aquí —le dijo a Isabel—. Volveré inmediatamente.

La joven se quedó cerca del sitio que la tocaba ocupar en la mesa. Moody había dejado una de las esquinas de la caja visible para que llamase su atención. Un minuto más tarde, la nota y el brazalete estaban sus manos. Se dejó caer en la silla, dominada por las conflictivas emociones que nacían en ella al ver el brazalete y leer la nota. Bajó la cabeza y las lágrimas le inundaron los ojos. *¿Son todas las mujeres tan ciegas como para no ver lo noble y bueno de los hombres que las aman?*, se preguntó tristemente. *Mejor así*, pensó con un amargo suspiro. *No le merezco*.

Cuando empuñaba el lápiz para escribir su respuesta en el anverso de su propia tarjeta, el sirviente apareció de nuevo en la entrada de la tienda.

—Mi amo le pide que vaya a la casa, señorita, inmediatamente.

Isabel se levantó, colocando el brazalete y la nota en el bolso de cuero repujado de plata (un regalo de Hardyman) que colgaba de su cinturón. En su precipitación por dar la vuelta a la mesa y salir, no notó que golpeaba ligeramente la agenda de Hardyman, colocada junto al borde, y que ésta caía a la hierba. La agenda cayó en uno de los parches provocados por el calor en los que Lady Lydiard había fundado la evidencia de la abandonada condición del césped de la granja.

—Debes oír las agradables noticias que mi hermana acaba de darme —dijo Hardyman cuando Isabel se reunió con ellos en el recibidor—. La señora Drumblade me dice, con toda autoridad, que mi madre no va a venir a la fiesta.

—Será por alguna razón, evidentemente, querida Isabel —añadió la señora Drumblade—. ¿Tienes alguna idea de cuál puede ser? No he podido ver a mi madre, y todo lo que he hecho para poder verla ha fracasado.

Mientras hablaba, miraba a Isabel inquisitivamente. La máscara de simpatía de su rostro estaba admirablemente compuesta. Nadie que poseyera tan sólo un conocimiento superficial del carácter de la señora Drumblade podría sospechar el modo en que estaba disfrutando, totalmente en secreto, la embarazada posición en que había dejado a su hermano con las noticias. Dudando instintivamente si el amigable aspecto de la señora Drumblade era tan sincero como aparentaba, Isabel respondió que no conocía a Lady Rotherfield, y que por lo tanto le resultaba imposible explicar la causa de la ausencia de Su Señoría. Mientras hablaba, los invitados empezaron a llegar en rápida sucesión, y el tema fue abandonado como una cosa que se cae por su propio peso.

No fue una fiesta muy alegre. El cercano matrimonio de Hardyman había sido el tema de muchos cotilleos maliciosos; y el carácter de Isabel, como en otras ocasiones parecidas, había sido objeto de todas las maledicencias que podían inventar cualquier tipo de escándalo. La ausencia de Lady Rotherfield confirmaba el convencimiento

general de que Hardyman se había hecho un desgraciado por sí solo. Los hombres estaban más o menos molestos. Las mujeres descubrían que Isabel estaba, personalmente hablando al menos, más allá del alcance de las más hostiles críticas. Su belleza era considerada como una evidente ofensa; sus refinadas y corteses maneras, como una perfecta actuación; *realmente deplorable, querida, en una chica tan joven*. El General Drumblade, un alto y aburrido veterano, en un estado de sorpresa crónica (después de su propia experiencia matrimonial) ante la locura de Hardyman al ir a casarse, extendía un amplio círculo de melancolía, fuera donde fuese e hiciera lo que hiciese. Su experta esposa, implantando sus elevados ideales en la mente de todos con algo parecido a una coquetona alegría, intensificó el depresivo efecto de la torpeza del general mediante el más efectivo contraste. Tras esperar hora y media por su madre, y esperar en vano, Hardyman los condujo a la tienda desesperadamente. *Cuanto antes les dé de comer y me libre de ellos*, pensó salvajemente, *¡antes me quedaré tranquilo!*

La comida fue atacada por los invitados con cierta ferocidad silenciosa, cosa que los camareros observaron como cosa notable, aun con su amplia experiencia. Los hombres bebieron bastante, pero con sorprendente poco efecto en sus mentes; las mujeres, con la única excepción de la amigable señora Drumblade, dejaron a Isabel deliberadamente fuera de las conversaciones que mantenían entre ellas. El General Drumblade, sentado cerca de ella en uno de los puestos de honor, le fue contando a Isabel de forma confidencial cosas acerca del *infernial temperamento de mi cuñado, Hardyman*. Un joven Marqués, al otro lado de la joven —apenas un muchacho, elegido, para que diera un discurso de agradecimiento, por su rango superior— se levantó, en un estado de trepidante nerviosismo, para anunciar a la audiencia que Isabel era la novia de su anfitrión. Pálido y tembloroso, consciente de haber olvidado las palabras memorizadas, el desafortunado miembro de la nobleza empezó:

—Señoras y caballeros, tengo una idea... —Se detuvo, se llevó la mano a la cabeza, se dio un buen golpe, y volvió a sentarse; había demostrado su propia situación con una brevedad inigualable y una sinceridad perfecta mediante un discurso de seis palabras.

Mientras la consternación en algunos casos, y la diversión en otros, estaban aun en alza, el *valet* de Hardyman apareció, se acercó a su amo y le dijo con un susurro:

—Me gustaría hablar un momento afuera con el señor.

—¿Qué diablos quieres? —preguntó Hardyman irritado—. ¿Eso es una carta? ¡Dámela ahora mismo!

El *valet* era francés. En otras palabras, sabía lo que tenía que hacer. Su amo lo había olvidado. Le entregó la carta muy dignamente y salió de la tienda. Hardyman la abrió. Palideció al tiempo que la leía; la arrugó entre las manos y la tiró sobre la mesa.

—¡Dios! ¡Eso es mentira! —exclamó furiosamente. Los invitados quedaron confundidos. La señora Drumblade encontró la carta a su alcance, y fríamente se apoderó de ella; reconoció la letra de su madre; y leyó las siguientes líneas:

*Acabó de convencer a tu padre para que me dejara escribirte.
Por el amor de Dios, rompe tu compromiso por mucho que te
cueste. Tu padre ha oído, de fuentes bien informadas, que la señora
Isabel Miller dejó casa de Lady Lydiard bajo sospecha de robo.*

Mientras su hermana leía la carta, Hardyman se abrió paso hasta la silla de Isabel.

—Tengo que hablar contigo inmediatamente —susurró—. ¡Ven fuera! —Se volvió, la tomó del brazo y miró hacia la mesa—. ¿Dónde está la carta? —preguntó. La señora Drumblade se la tendió, hábilmente arrugada de nuevo, tal y como la había encontrado encima de la mesa.

—No van a ser malas noticias, ¿verdad, querido Alfred? —dijo, con su tono más afectado. Hardyman la arrancó literalmente la carta de la mano y salió de la tienda con Isabel.

—¡Lee! —dijo cuando estuvieron solos—. Y dime si es verdad o si es falso.

Isabel leyó la carta. Por un momento, la impresión la dejó sin palabras. Se recobró y le devolvió la carta.

—Es verdad —respondió.

Hardyman se echó hacia atrás como si le hubieran pegado un tiro.

—¿Es verdad que eres culpable? —preguntó.

—No; soy inocente. Todos los que me conocen creen en mi inocencia. Es cierto que las apariencias estaban en mi contra. Todavía lo están. —Tras decir aquello, esperó, tranquila y firmemente, sus siguientes palabras.

Hardyman se pasó la mano por la frente con aspecto más tranquilo.

—Es bastante malo —dijo, hablando también tranquilamente—. Pero el remedio también es bastante claro. Volvamos a la tienda.

Isabel no se movió.

—¿Por qué? —preguntó.

—¿Supones que yo no creo en tu inocencia? —preguntó Hardyman—. El único modo de decírselo al mundo, es convertirte en mi esposa, a pesar de que todas las apariencias te señalen. Te quiero demasiado, Isabel, para perderte. Vuelve conmigo y anunciaré nuestro matrimonio a mis amigos.

La tomó de la mano y la besó.

—Es muy generoso y bueno de tu parte —respondió la joven—, pero no puede ser.

Dio un paso para estar más cerca de ella.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

—Fue contra mi voluntad —continuó—, pero mi tía no me permitió decirte la verdad. Me equivoqué al consentirlo; no volveré a equivocarme. Tu madre tiene razón, Alfred. Después de lo que ha pasado, no he de convertirme en tu esposa hasta que no se demuestre mi inocencia. Y todavía no se ha demostrado.

El enojo volvió a aparecer en la cara del hombre una vez más.

—Cuidado —dijo—. No estoy de humor para jugar con todo esto.

—No lo estoy haciendo —respondió Isabel en voz baja.

—¿Realmente quieres decir justo lo que estás diciendo?

—Quiero decirlo.

—No seas obstinada, Isabel. Piénsatelo.

—Eres muy amable, Alfred. Mi deber me resulta muy penoso. Me casaré contigo —si todavía lo deseas— cuando recobre mi buen nombre. No antes.

Dejó una mano aún en su brazo y con la otra señaló a los distantes invitados, todos saliendo de la tienda para fumar unos cigarrillos.

—Recobrarás tu buen nombre —dijo Hardyman— el día en que te conviertas en mi esposa. Ni el peor enemigo asociaría *mi* nombre con una sospecha de robo. Recuérдалo, y piensa un poco antes de decidir. Mira a toda esa gente. Si no cambias de opinión mientras llegamos a la casa, será el adiós para nosotros, y un adiós definitivo. Me niego a esperarte; me niego a aceptar un compromiso condicional. Espera y piensa. Andan lentamente; dispondrás unos cuantos minutos.

Todavía tomado de su brazo, observó cómo los invitados se apartaban de su vista gradualmente. Hasta que hubo un grupo junto a la puerta de la casa no volvió a hablar, ni le permitió hacerlo a Isabel.

—Ahora —dijo—, ha llegado el momento en que demuestres tu frialdad. ¿Me darás el brazo y vendrás conmigo para reunirte con ellos? ¿O me dirás adiós para siempre?

—¡Perdóname, Alfred! —empezó, gentilmente—. No puedo consentir, por hacerte justicia, en ocultarme tras tu nombre. Es el nombre de tu familia; y ellos tienen derecho a esperar que no lo degrades.

—Quiero una respuesta clara —la interrumpió, severamente—. ¿Cuál es? ¿Sí o no?

Isabel lo miró con una mirada triste y compasiva. La voz era firme y le respondió con una de las palabras que él deseaba. La palabra fue:

—¡No!

Sin dirigirle la palabra, sin siquiera mirarla, Hardyman se volvió y se dirigió hacia la casa.

Atravesando silenciosamente el grupo de visitantes —todos los cuales estaban ya enterados de lo que pasaba por boca de su hermana—, con la cabeza baja y los labios

herméticamente cerrados, entró al vestíbulo, y tocó la campanilla para comunicarse con las habitaciones del capataz, en los establos.

—¿Sabes que iba a irme al extranjero por asuntos de negocios? —dijo cuando apareció el hombre.

—Sí, señor.

—Me marchó hoy mismo en el tren de la noche hacia Dover. Ordena que monten al caballo instantáneamente en el remolque. ¿Hace falta algo antes de que me vaya?

Las inexorables necesidades de los negocios hicieron valer sus exigencias por la obediente mediación del capataz. Irritado por la espera, Hardyman se sentó en el escritorio, firmando cheques y aceptando cuentas, con el remolque esperándole en el establo.

Un golpe en la puerta lo interrumpió en medio del trabajo.

—¡Adelante! —exclamó fuertemente.

Levantó la vista, esperando ver a uno de los invitados o a uno de los sirvientes. Quien entró en la habitación fue Moody. Hardyman soltó la pluma y miró severa y fijamente al hombre que se había atrevido a interrumpirle.

—¿Qué diablos quiere *usted*? —preguntó.

—He visto a la señorita Isabel y he hablado con ella —replicó Moody—. Señor Hardyman, creo que está en su mano poder solucionar este asunto. Se lo pido por la señorita, señor, pero no deje Inglaterra antes de haberlo hecho.

Hardyman se volvió hacia el capataz.

—¿Este hombre está borracho o loco? —preguntó.

Moody actúo tan calmada y resueltamente como si aquellas palabras no se hubieran pronunciado.

—Lamento mi intromisión, señor. No lo molestaré con explicaciones; sólo le haré una pregunta. ¿Tiene usted anotado cuál era el número de la orden de pago con la que efectuó sus compras en Francia?

Hardyman perdió el control.

—¡Maldito sinvergüenza! —gritó—. ¿Ha estado fisgando en mis asuntos particulares? ¿Acaso es cosa *suya* saber lo que estuve haciendo en Francia?

—¿Se venga *usted* de una mujer negándose a decirle el número de una orden de pago? —replicó Moody firmemente.

La respuesta se abrió paso a través de la ira de Hardyman hasta su sentido del honor. Se levantó y avanzó hacia Moody.

Durante un momento, los dos hombres se miraron fijamente y en silencio.

—Es usted bastante descarado —dijo Hardyman, cambiando súbitamente de la irritación a la ironía—. Le haré justicia a la dama. Miraré en la agenda.

Metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta; buscó en los otros bolsillos; echó una mirada a los objetos que había encima del escritorio. El libro no estaba.

Moody lo miró con un sentimiento de desesperación.

—¡Oh! ¡Señor Hardyman, no me diga que ha perdido la agenda!

Se sentó de nuevo al escritorio, con una naciente sumisión debida al nuevo desastre.

—Todo lo que puedo decirle es que puede buscarla usted mismo con toda libertad —replicó—. Se me debe de haber caído por alguna parte. —Se volvió impacientemente hacia el capataz—. ¡Sigamos! ¿Cuál es el siguiente cheque? ¡Me volveré loco si sigo aquí mucho rato!

Moody lo dejó y se encaminó hacia las dependencias de los sirvientes.

—El señor Hardyman ha perdido la agenda —dijo—. Búsquenla, dentro y fuera de casa, en el jardín y en la tienda. ¡Diez libras de recompensa para quien la encuentre!

Sirvientes y camareros se dispersaron inmediatamente, ansiosos por la prometida recompensa. Los hombres que dirigieron sus pasos hacia el exterior de la casa dividieron sus fuerzas. Algunos fueron a examinar el césped y los macizos de flores. Otros se fueron derechos hacia la tienda vacía. Estos últimos estaban tan completamente absortos en perseguir el objeto que no fueron capaces de notar que molestaban a un perro que comía un almuerzo robado con los trozos de comida dejados en los platos. El perro se tiró bajo los manteles en cuanto vio entrar a los hombres, esperando, oculto, hasta que se fueron, y saliendo cuando pudo para acabar el refrigerio.

Moody se apresuró a volver al sitio (muy cerca del seto) donde le esperaba Isabel.

Lo observó fijamente mientras Robert contaba su entrevista con Hardyman, con una expresión en sus ojos que el hombre no había visto antes: una expresión que hacía que su corazón latiese locamente y que le hizo cortar el relato antes de llegar a su fin.

—Comprendo —dijo Isabel en voz baja cuando Moody se detuvo confundido—. Ha hecho un nuevo sacrificio por mi bienestar. ¡Robert! ¡Creo que es usted el hombre más noble que haya alentado nunca!

Los ojos del hombre se hundieron en los de la damisela; se ruborizó como un niño.

—Todavía no he hecho nada por usted —dijo Moody—. No desespere del futuro si no aparece la agenda. Sé quién es el hombre que recibió la orden; sólo tengo que dar con él para dilucidar si la orden de pago es la robada o no.

Isabel sonrió tristemente por su entusiasmo.

—¿Ha vuelto a ver al señor Sharon para pedirle ayuda? —preguntó—. La jugarreta que me hizo me ha hecho perder toda *mi* confianza en él. No sabe, lo mismo que yo, quién es el ladrón realmente.

—Se equivoca, Isabel. Él lo sabe... y yo lo sé. —Se detuvo y le hizo una señal

para que se mantuviera también ella en silencio—. Uno de los sirvientes se acercaba a ellos.

—¿Ha aparecido la agenda? —preguntó Moody.

—No, señor.

—¿Ha salido el señor Hardyman de la finca?

—Ahora mismo, señor. ¿Tiene usted más instrucciones para nosotros?

—No. Por si apareciera la agenda, aquí tiene mi dirección en Londres.

El hombre tomó la tarjeta y se retiró. Moody ofreció el brazo a Isabel.

—Estoy a su servicio —dijo— por si desea volver a casa de su tía.

Paseaban cerca de la tienda, por el campo, cuando un caballero se acercó a ellos procedente de la casa. Para Isabel era un desconocido. Moody reconoció en él inmediatamente al señor Felix Sweetsir.

—¡Oh! ¡Nuestro buen Moody! —gritó Felix—. ¡Hombre envidiable! Parece tan joven como siempre. —Se quitó el sombrero para saludar a Isabel; sus brillantes ojos sin descanso se detuvieron en seco cuando éstos descansaron en Isabel—. ¿Tengo el honor de dirigirme a la futura señora de Hardyman? ¿Aceptaría mis más sinceras felicitaciones? ¿Qué ha sido de nuestro buen amigo Alfred?

Moody respondió por Isabel.

—Si preguntara en la casa, señor —dijo—, descubriría que está equivocado, por lo menos, al dirigir sus preguntas a esta joven.

Felix se volvió a poner el sombrero con la más convincente apariencia de sorpresa y desilusión.

—¿Debo entender que hay algo erróneo? —dijo dirigiéndose a Isabel—. No obstante, me avergüenza que mi ignorancia pueda haber causado un momento de dolor. Le ruego que acepte mis más expresivas disculpas. He llegado hace tan sólo un instante; mi salud no me ha permitido estar presente en el almuerzo. Permítame expresar mis más ardientes esperanzas de que el asunto pueda solucionarse a completa satisfacción de todas las partes. ¡Buenas tardes!

Inclinó la cabeza con elaborada cortesía y se volvió hacia la casa.

—¿Quién era? —preguntó Isabel.

—El sobrino de Lady Lydiard, el señor Felix Sweetsir —respondió Moody, con una súbita austeridad de tono y una súbita frialdad de modales que sorprendieron a Isabel.

—¿No le cae bien? —dijo.

Mientras la joven hablaba, Moody se detuvo para atender a uno de los mozos de cuadra que aparentemente había sido enviado a darle un recado. Se volvió y su rostro volvió a ser visible para Isabel. Moody le apretó la mano significativamente.

—Mire bien a ese hombre —susurró—. Es el momento adecuado para advertirla. ¡El señor Felix Sweetsir es el peor enemigo que tiene!

Isabel lo escuchó con sorprendido silencio. Moody siguió con una voz que temblaba por la emoción controlada.

—Duda de que Sharon sepa quién es el ladrón. Duda de que yo sepa quién es el ladrón. ¡Isabel! Tan seguro como que el cielo está sobre nosotros que allí está el desgraciado que robó la orden de pago.

Le soltó el brazo lanzando un grito de terror. Lo miró como si pusiera en tela de juicio que estuviera en sus cabales.

La volvió a tomar la mano y esperó durante un momento para tranquilizarse.

—Escúcheme —dijo—. La primera vez que consulté a Sharon nos dio al señor Troy y a mí mismo su opinión. Dijo: *Sospecho de la última persona de la que se podría sospechar*. Aquellas palabras, basadas en las preguntas formuladas antes de pronunciar una opinión, se me clavaron en la mente como si me las hubieran grabado con un cuchillo. Sospeché inmediatamente del sobrino de Lady Lydiard. ¡Espere! Desde entonces, no le he dicho a nadie cuál era mi sospecha. Sabía en mi propio corazón que desde siempre había sentido gran antipatía por el señor Sweetsir, y desconfiaba por ello. Pero volví con Sharon y dejé el caso en sus manos. Sus investigaciones me descubrieron que el señor Sweetsir tenía *deudas de honor* (como las llamaría un caballero), debidas a las apuestas, contraídas con bastantes personas, y entre ellas una apuesta perdida con el señor Hardyman de quinientas libras. Posteriores investigaciones demostraron que el señor Hardyman se había ocupado de encabezar las declaraciones que decían que el señor Sweetsir era un moroso, y que lo expulsaran de los clubes y del hipódromo. Tenía la ruina a la vista si no pagaba su deuda al señor Hardyman el último día que le quedaba, el día antes de que la orden de pago desapareciese. En la misma mañana, Lady Lydiard, hablándome de la visita que le había hecho su sobrino, me dijo: *Si le hubiera dejado hablar, Felix me habría pedido dinero; se le veía en la cara*. Sólo un momento, Isabel. No sólo estoy seguro de que el señor Sweetsir sacó la orden de pago de quinientas libras del sobre, sino que estoy convencido de que ha sido él quien le ha contado a Lord Rotherfield las circunstancias que la obligaron a salir de casa de Lady Lydiard. Si se casaba usted con Hardyman, podía encontrarse en el sitio adecuado para descubrir al ladrón. Usted, y no yo, podría, en ese caso, haber descubierto por su marido que la orden de pago robada era la misma con la que el señor Sweetsir pagó su deuda. Llegado a ese punto, puede contar con ello, se aseguraría de conseguir trincar sus planes. ¡Un villano más depravado que cualquier que haya colgado antes de un cadalso!

Se detuvo con aquellas palabras. La impresión de la revelación, la pasión y vehemencia con que había hablado, abrumaron a Isabel. Temblaba como una niña asustada.

Mientras todavía intentaba apaciguar y tranquilizar a Isabel, escuchó un suave quejido a sus pies. Bajó la vista y vio a *Tommie*. Al verse al fin descubierto, expresó

su sentido de la notoriedad con un ladrido. Algo cayó de su boca. Mientras Moody se agachaba para recogerlo, el perro corrió hacia Isabel y la acarició los pies con la cabeza, esperando que le tirara encima un pañuelo para empezar uno de esos juegos de escondite de los que tanto se habla. Isabel lo empezó a acariciar, pero se detuvo al escuchar un grito de Moody. Había llegado su turno de echarse a temblar. Le falló la voz cuando pronunció la siguiente frase:

—¡El perro ha encontrado la agenda!

Abrió el libro con manos titubeantes. Había un librito de apuestas, con el acostumbrado calendario. Moody buscó la fecha del día después del robo.

Constaba la siguiente anotación: *Felix Sweetsir. Paga 500 libras. Orden de pago número núm. 8, 70564, fechada el 15 de mayo de 1875.*

Moody sacó del bolsillo del abrigo su nota con el número de la orden de pago perdida.

—Lee, Isabel —dijo—. No confío en mi memoria.

Isabel lo leyó. El número y la fecha de la orden de pago de la agenda correspondían exactamente con el número y fecha de la orden de pago que Lady Lydiard había metido en la carta. El señor Moody le pasó la agenda a Isabel.

—Aquí está la prueba de su inocencia —dijo—. ¡Gracias al perro! ¿Escribirá al señor Hardyman y le dirá lo que ha pasado? —preguntó, con la cabeza gacha y los ojos fijos en el suelo.

Le respondió con un súbito color iluminando su rostro.

—*Usted* le escribirá —dijo—, cuando llegue el momento.

—¿Qué momento? —preguntó.

Isabel le pasó las manos alrededor del cuello y le apoyó la cabeza en el pecho.

—El momento —susurró— en que yo sea su esposa.

Un bajo gruñido de *Tommie* les recordó que también él tenía derecho a ser escuchado.

Isabel se puso de rodillas y saludó a su viejo camarada con el beso más cariñoso que le había dado desde el día en que se conocieron.

—Bonito —le dijo, poniéndose en pie de nuevo—, ¿qué puedo hacer para recompensarte?

Tommie rodó de espaldas más lentamente que de costumbre por el copioso almuerzo de la tienda. Levantó las cuatro patas al aire y miró perezosamente a Isabel con sus brillantes ojos marrones. Si los perros pudieran hablar, *Tommie* habría dicho:

—He comido demasiado; ráscame la tripa.

Nota final

Las personas de mente especulativa fueron informadas de que el siguiente documento se encontraba a la venta, y sabían que el documento era válido por la cantidad citada en el mismo.

Pagaré a Lady Lydiard la suma de quinientas libras (500 libras). Felix Sweetsir.

Su Señoría se hizo poseedora del giro pecuniario en unas circunstancias rodeadas por un halo de interés romántico. Fue aquélla la última comunicación que había de recibir de su atrapado sobrino; y había una nota unida, algo que no puede dejar de aumentar de valor a los ojos de todas aquellas personas de recto proceder que ayudan a la circulación del papel moneda.

Las siguientes líneas eran de carácter puramente confidencial:

Nota: Nuestro excelente Moody me informa, querida tía, de que has decidido (contra toda opinión) negarte a cualquier acción legal. No tengo la menor idea de lo que eso quiere decir, pero me siento muy agradecido hacia Moody por recordarme que en algunas circunstancias soy tan importante para ti.

Me encuentro a punto de salir hacía el Continente para recuperar la salud. Uno generalmente olvida algo importante cuando va a empezar un viaje. Antes de que Moody llamase, había olvidado por completo mencionar que había tomado quinientas libras tuyas para devolverlas poco después.

En la ocasión a que me refiero, sus palabras me dieron a entender que no me las dejaría si se las hubiese pedido. Obviamente, el único camino que quedaba era cogerlas sin preguntar. Las tomé mientras Moody fue a servirme un poco de curaçao; conseguí volver a tiempo a la galería de retratos para recibir el licor de manos del administrador.

Naturalmente podrás preguntarte por qué fue necesario que lo consiguiera por mí mismo (considerando mi expresión acerca de un préstamo como una anotación de índole financiera) de una manera parecida a un «crédito obligado». Actuaba motivado por algo que

debía aumentar mi honor. Mi posición en aquella época era realmente crítica. Mi crédito con los prestamistas había llegado a fondo; mis amigos empezaban a darme la espalda. O conseguía dinero o humillaba a mi familia. Si hay algún hombre vivo que se sienta muy unido a su familia, ése soy yo. Tomé el dinero.

Considera, como mi tía (y no digo nada de mí mismo), que hubiera adoptado la otra alternativa. Expulsado del club de jockey, expulsado del Tattersall, expulsado del club de apuestas; en resumen, denunciado públicamente como moroso ante la más noble institución de Inglaterra, el hipódromo... y todo ello para cerrarle la boca al mayor bruto que conozco, ¡Alfred Hardyman! No permitas que destroce tus sentimientos (y los míos) insistiendo en ello. Es tuyo el privilegio de haber salvado el honor de la familia; no puedo reclamar para mí mismo más que el mérito inferior de haberte dado la oportunidad de hacerlo.

Mi pagaré, es necesario decirlo, va junto con estas líneas. ¿Puedo hacer algo por ti en el extranjero? F. S.

A esto sólo es necesario añadir (en primero lugar) que Moody tenía totalmente razón al suponer que F. S. fue la persona que informó al padre de Hardyman de la posición de Isabel al salir de casa de Lady Lydiard; y (en segundo lugar) que Felix había hecho saber los acontecimientos a la policía francesa alterando únicamente el número de la orden de pago robada.

¿Qué falta por escribir? Nada queda salvo despedirse (algo un tanto lamentable por parte del escritor) de los personajes que han participado en esta historia.

Adiós a la señorita Pink, que aún lamenta que la respuesta que le diera Isabel al señor Hardyman aquel terrible día fuese un No.

Adiós a Lady Lydiard, que discrepa de la señorita Pink, y que habría lamentado que la respuesta de aquel terrible día hubiese sido Sí.

Adiós a Moody y a Isabel, cuya historia se cierra junto con el libro del clérigo en el día de su boda.

Adiós a Hardyman, que vendió la granja y los caballos, y empezó una nueva vida entre los colonos norteamericanos.

Adiós al Viejo Sharon, quien, mártir de su promesa, se cepilló el pelo y se lavó la cara para hacer los honores a la boda de Moody; y, con la frialdad necesaria, declaró en el intervalo de los estornudos que *nunca volveré a hacerlo*.

Y por último, ¿decir adiós a *Tommie*? No. El escritor tiene que darle a *Tommie* la

cena dentro de media hora, y será entonces cuando se despida de él.



WILKIE COLLINS, nació el 8 de enero de 1824 en Londres (Inglaterra), hijo de Harriet Geddes y del pintor William Collins. Estudió pintura en su niñez y más tarde leyes en Lincoln's Inn, aunque jamás ejerció la abogacía, dedicando todo su tiempo a la literatura, profesión que le llevó a convertirse en el impulsor de la novela detectivesca en el Reino Unido. Después de redactar en 1848 una biografía de su padre, Collins escribió el título histórico *Antonina o la caída de Roma* (1850) su primera novela, continuada por *Basil* (1852), un libro alabado por Charles Dickens, a quien le unía una estrecha amistad desde 1851. En 1858 Wilkie se enamoró de una mujer viuda llamada Caroline Graves, con quien convivió durante largos años. *La dama de blanco* (1860) le granjearía la inmortalidad. Novela de intriga y misterio victoriana aparecida por entregas en «Household Worlds», publicación dirigida por Dickens en la que colaboraba desde el año 1856. El empleo de diversas perspectivas, la captación de sugerentes atmósferas, su retrato de personajes y la habilidad para la creación de complejas tramas fueron algunos de los factores clave del éxito de los textos de Collins.

Posteriormente y de manera prolífica publicó varios libros de relatos y novelas como *El secreto de Sarah* (1857), *Sin nombre* (1862), *Armada* (1866), *La piedra lunar* (1868), uno de los primeros títulos de detectives en la historia de la literatura británica. *Doble engaño* (1873), *La ley y la dama* (1875), *El Hotel encantado* (1878), *Las hojas caídas* (1879), *La hija de Jezabel* (1880), *El legado de Caín* (1889), o la novela póstuma *Blind Will* (1890), libro terminado de escribir por su íntimo amigo

Walter Besant. El mismo año de la publicación de *La piedra lunar*, Collins, sin dejar a Caroline, comenzó también una relación amorosa con Martha Rudd. Wilkie Collins, que sufría de agudos dolores reumáticos y era habitual consumidor de láudano, murió el 23 de septiembre de 1889. Tenía 65 años.